

ANTONIO DE GUEVARA (1480? - 1545)

LIBRO AURO DE MARCO ANTONIO

LIBRO SEGUNDO

ÍNDICE:

CARTA I.

Embiada por Marco Emperador a Catulo Çensorino, en la qual habla de la muerte de su muy querido hijo, el infante por nombre Veríssimo.

CARTA II.

Embiada por Marco Aurelio Emperador a un su amigo llamado Çincinato, porque siendo cavallero se tornó mercader. Es letra de notar.

CARTA III.

Embiada por Marco Emperador a Mercurio, vezino de Samia, en la qual le consuela por una nao que se le abnegó en la mar cargada de plomo.

CARTA IV.

Embiada a Cornelio por Marco Emperador, en la qual habla de los trabajos de la guerra y de la vanidad del triumpho.

CARTA V.

Embiada por Marco Emperador a Torquato, vezino de Gayeta, consolándole en un destierro. No declara la causa por que fue desterrado.

CARTA VI.

De Marco Emperador embiada a Domiçio, vezino de Capua, consolándole en un destierro, el qual fue desterrado por un ruido que se levantó en Roma entre él y otro vezino sobre un cavallo.

CARTA VII.

Embiada por Marco Emperador a Claudio y Claudina porque, siendo viejos, bivían a manera de moços. Es letra de notar.

CARTA VIII.

Embiada por Marco Emperador a Labinia, noble biuda romana, consolándola en la muerte de su marido.

CARTA IX.

Embiada por Marco Emperador a un su muy querido amigo, por nombre Antígono, desterrado de Roma a la isla de Siçilia, consolándole en un triste caso que le acaesçió.

CARTA X.

Embiada por Marco Emperador al mesmo Antígono, en la qual habla de los iuezes crueles, y en ella pone cosas notables.

CARTA XI.

Embiada por Marco Emperador a Lamberto, su governador en la isla de Hellesponto, quando desterró a los truhanes de Italia.

CARTA XII.

Embiada por Marco Emperador a Catulo, su muy espeçial amigo, en la qual le cuenta las nuevas de Roma. Es letra de notar.

CARTA XIII.

Embiada por Marco Emperador a las enamoradas romanas porque, estando él en Rhodas, representaron dél una farsa en unas fiestas en Roma.

CARTA XIV.

Embiada por Marco Emperador a Bohemia, amiga suya antigua, porque le embió a dezir que se quería con él ir a la guerra.

CARTA XV.

De la dicha, su amiga Bohemia, en respuesta de la a ella embiada, y es letra de notar.

CARTA XVI.

Embiada por Marco Emperador a Macrina, donzella romana, de la qual se enamoró viéndola a una ventana.

CARTA XVII.

Embiada por Marco Emperador a la sobredicha Macrina, en la qual le manifiesta cada día por ella tener mayor pena.

CARTA XVIII.

Embiada por Marco Emperador a Libia, hermosa dama romana, de la qual se enamoró viéndola en el templo de las vírgines vestales.

CARTA XIX.

Embiada por Marco Emperador a Pyramón, su pariente y amigo muy antiguo suyo, en la qual le consuela en un gran desconsuelo que tenía.

Comiença el segundo libro llamado *Áureo*, en el qual se ponen muchas cartas por Marco Aurelio, XVII Emperador de Roma, por él embiadas a diversas personas, en las quales muestra la

subtileza de su ingenio y la profundidad de su doctrina. Fueron traducidas por el dicho Reverendo Padre fray Antonio de Guevara, uno de los predicadores en la Capilla de la Sacra, Cessárea, Cathólica Magestad.

CARTA I

Embiada por Marco Emperador a Catulo Çensorino, en la qual habla de la muerte de su muy querido hijo, el infante por nombre Veríssimo.

Marco, Çensor nuevo y moço, embía salud y reverençia a ti, Catulo Çensorino, antiguo y viejo. Si, escriviéndote dos cartas, no quieres responder una, si es por no poder, callo; si por no querer, quéxome; si es por olvido, accúsote; si por tenerme en poco, appello; si por soñarlo, no creas en sueños; y si no quieres que valgan por testamento de me gloriarse dellas como de amigo, valgan por codiçillo, avisándome y reprehendiéndome como padre a hijo.

Obligados están los moços virtuosos de honrar a los viejos cuerdos, y no menos los viejos sabios como tú de alumbrar y doctrinar a los moços muy moços como yo. Iusta cosa es que las nuevas fuerças de la moçedad suplan y sirvan a las ya quebrantadas por la senectud, y por semejante su larga experiençia desengañe a nuestra tierna edad y natural ignorançia. Aquélla es moçedad mal empleada adonde sobran las fuerças del cuerpo y faltan las virtudes del ánima; y aquélla es honrada senectud, en la qual, quanto más se secan las fuerças y nervios de fuera, tanto más retoñecen y reverdeçen las virtudes de dentro. Vemos por experiencia que en el árbol, quando se cogen las frutas y se caen las hojas y se secan las flores, están más verdes y son más provechosas sus raýzes. Quiero dezir que, passada la primavera de la iuventud y el verano de la moçedad, y venido el invierno de la vejez podrida, ya la fruta de la carne, caídas las hojas de los favores, y marchitas las flores de los deleites, y seca la corteza de las vanas esperanças de fuera, razón es que entonçes sean muy mejores las raýzes de sus obras de dentro.

Los viejos más se han de preçiar de obras buenas que no de canas blancas, porque la honra por vida buena y no por cabeça blanca se ha de dar. Aquélla es gloriosa república, y fortunado el príncipe que es señor della, adonde ay iuventud para los trabajos y ançianidad para los consejos. Como se sustenta la naturaleza del bivar se ha de aver la poliçia en el gobernar, y es que ni todas las fructas vienen iunctas ni se acaban iunctas, sino que quando comiençan unas acaban otras, y de esta manera, vosotros doctrinando y nosotros obedesçiendo, como padres viejos y pollos nuevos en el nido del Senado, cayéndose las plumas a unos, ternán ya los cañones otros; y ansí, no pudiendo bolar los padres cansados, serán mantenidos por los hijos tiernos.

A ley de bueno te iuro, y assí te vea yo con reposo, mi Catulo, tenía en propósito de no escrevirte renglón ogaño, porque estava reñida mi pluma con tu pereza, sino que la poquedad de mi juicio y el gran peligro de mis offiçios siempre reclaman por tus consejos. Este privilegio tiene la sabiduría en la casa donde mora, que a los sabios haze señores de simples y a los simples esclavos de sabios.

Pienso me has olvidado, pensando que ya la muerte del infante Veríssimo, mi querido hijo, con el largo tiempo la tengo puesta en olvido. Ocasión tienes para pensarlo, porque muchas cosas el

tiempo cura que la razón no sana; mas en este caso no sé cuál es mayor: el engaño tuyo o el dolor mío. Yo te iuro por los dioses inmortales que no están tan apoderados los hambrientos gusanos en las entrañas del desdichado hijo, como los crudos dolores en el corazón del lastimado padre. Y aun de verdad no ay comparación, porque el hijo murió una vez y su padre muere cada momento. ¿Qué más quieres que te diga, sino que ha él embidia de la muerte y a mí compasión de la vida se ha de tener, porque él muriendo bive y yo biviendo muero?

En los desastrados casos de la vida y en los mañosos reveses de la fortuna, a do la maña aprovecha poco y la fuerza menos, parésceme a mí que el mejor remedio es sentirlo como hombre y dissimularlo como discreto. Si todos todas las cosas como las sienten de dentro en el corazón las mostrasen de fuera con la lengua, pienso que los ayres romperían con sospiros y la tierra regarían con lágrimas. ¡O!, si al corazón lastimado con lástimas de veras le viesen los ojos corporales, yo te iuro que allí viesen cómo es más una gota de sangre que él suda dentro, que todas sus lágrimas que ellas lloran de fuera. No tienen comparación los grandes dolores del cuerpo con el más pequeño que tiene el espíritu. Para todos los trabajos de los cuerpos tienen inventado remedio los hombres, pero el triste corazón, si habla, no le oyen; si llora, no le veen; si se queixa, no le creen. ¿Qué hará, el triste, sino aborrecer la vida con que muere y amar la muerte con que biva?

Las virtudes heroicas en los heroicos no consisten en sufrir las passiones del cuerpo, sino las del ánima. Éstas, éstas son las que alteran los humores sin mostrarlo en el gesto, echan la calentura sin alterar el pulso, házennos arar con los pechos, arrodillar en el suelo, sufrir el agua hasta la boca, tomar la muerte sin dexar la vida, y finalmente alárgannos la vida porque más penemos y niégannos la sepultura porque no descansemos. Pero considerando que si me atribulan las tribulaciones, también me empalagan las consolaciones, y que siempre tengo o hambre de uno o hastío de otro, tomo este remedio: dello dissimulando con la lengua, dello llorando con los ojos, dello sintiendo con el corazón, passo mi vida como quien espera perder lo que tiene y jamás cobrar lo que perdió.

Esto digo porque, si no me vees ya hazer humo de lloros y bozes como solía en la muerte de mi hijo, no pienses que es porque no arde el corazón, sino que con el gran calor está consumida la humedad de los ojos, y hechas brasas se queman entre sí las tristes entrañas. ¡O!, mi Catulo, ¿y agora sabes tú cuánto pierde un honrado padre en perder un hijo bueno? De todas las cosas son los dioses largos sino de darnos hijos virtuosos.

Curiosamente lo he mirado, que adonde ay mayor abundancia de altos estados, ay mayor hambre de buenos herederos. Gran lástima es de oýrlo, y muy mayor de verlo: ver a los padres cómo suben por ricos y ver a los hijos descender por viçiosos; ver los padres honrar a sus hijos y ver los hijos infamar a sus padres; ver los padres dar descanso a sus hijos y ver los hijos dar mala vejez a sus padres; ver los padres morir porque mueren sus hijos tan temprano y ver los hijos llorar porque mueren sus padres tan tarde; y finalmente la honra y riquezas que sus padres les procuraron con mucho cuidado, ellos lo pierden con mucho descuido. De una cosa sey çierto, que las riquezas puédenlas allegar con fuerzas y mañas los padres, pero que las han de sustentar con solas virtudes los hijos. Jamás los dioses dexarán que sea perpetuo lo que con mala intención huvo principio, y en periuyzio de otro está fundado y de mal heredero esta poseído. Y como los hados tristes de los padres lo permitan, que las riquezas dexadas a sus hijos sirvan a los viçios

por su passatiempo dellos que son viçiosos, ellos lo meresçiendo y los dioses lo mandando, paresçe el heredero y lo heredado.

Mira bien qué te diré: yo tenía dos hijos, a Cómmodo, el príncipe, y a Veríssimo, el infante. Murió el menor en edad y mayor en virtud. Siempre imaginé que, biviendo el bueno, avía de ser pobre, y agora que me quedó el malo, pienso de ser rico. Diréte por qué: los dioses son tan piadosos, que a padre pobre no dan hijo malo y a padre rico apenas dan hijo bueno. Y como en toda prosperidad siempre ha de aver alguna siniestra fortuna, que tarde que temprano allí nos arma la çancadilla do vee que caeremos con mayor lástima, y por eso permitten que lo que los padres cobdiçiosos allegaron con mucho trabajo mueran con esta lástima de dexarlo a hijos viçiosos muy mal empleado.

Dígote verdad, que lloro tanto al hijo que los dioses me dexaron como al que me llevaron, porque la poquedad del bivo haze immortal la memoria del muerto. La mala yazija y conversaçión de los que biven nos haze sospirar por la buena compañía de los que mueren. El malo siempre reclama por su maldad que le quiten la vida, y el bueno siempre meresçe que le lloren su muerte. Dígote de verdad, mi Catulo, que pensé perder el seso quando vi morir al infante mi hijo, pero consuélome que él de mí o yo dél avíamos de ver esto, y que los dioses me lo emprestaron y no me lo dieron, y que ellos son los herederos y yo soy usufructuario, y que todas las cosas se han de medir por su voluntad iusta, y no por nuestro querer desordenado. Pienso que quando me mataron al hijo, restituí lo ageno, y no que me tomaron lo mío. Mas pues fue voluntad de los dioses de dar al hijo descanso como a bueno y lastimar al padre porque era malo, doyles graçias por el tiempo que me dexaron gozar su vida. Offrízcoles la paçiençia que he tenido en su muerte, ruégoles mitiguen con este castigo su ira, y pídoles que, pues quitaron la vida al infante, hagan de buenas costumbres al príncipe.

Acá he sabido en Roma la tristeza que por mi tristeza has tenido allá en Samia; ruego a los dioses piadosos te dexen ver buen gozo de tus hijos y me dexen pagarte con alegría lo que tú has llorado por mi pena. Mi Faustina te saluda, y avrías compassión de verla. Con los ojos llora, con el coraçón sospira; con las manos se lastima, con la lengua se maldize; ni come de día, ni duerme de noche; ama las tinieblas, aborresçe al luz; y no me maravillo que lo que se crió en las entrañas se sienta en las entrañas. Es tan estraño el amor de las madres, caso que esté el hijo en la sepultura muerto, siempre ellas le tienen en el coraçón bivo. Regla general es lo que mucho fue amado en la vida siempre dexar mucha lástima en la muerte.

Hágote saber que passo vida muy triste, porque nuestro la cara alegre caresçiendo el coraçón de alegría, y entre los hombres cuerdos, teniendo los dolores bivos y mostrando las caras alegres, no es otra cosa sino enterrarse en vida caresçiendo de sepultura. Mucho te paresçerá que he hecho, pero yo te iuro por los dioses immortales que es mucho más lo que siento. Muchas vezes me paresçe que quiero rebentar por no osar llorar con los ojos lo que tengo represado en las entrañas. Yo tengo necessidad de comunicar contigo algunas cosas: vente a Bietro porque hablemos en ellas. Pues los dioses tuvieron por bien de llevarme al hijo tan deseado, quiérome consolar contigo, que eres amigo muy querido.

Pocos días ha que vinieron unos embaxadores de los rhodos, a los quales di los más de mis cavallos. De la Ulterior España me traxeron ocho cavallos, ay te embió los quatro. Querría que

saliesen tales, que dellos tuvieses contentamiento. Los dioses sean en tu guarda, y a mí y a mi Faustina nos den alguna alegría. Marco, el muy lastimado, te escribe de su propria mano.

CARTA II

Embiada por Marco Aurelio Emperador a un su amigo llamado Çincinato, porque siendo cavallero se tornó mercader. Es letra de notar

Marco, edil çensorino, a ti, Çincinato el capuano, embía salud para la persona y esfuerço contra la siniestra fortuna.

Desde la fiesta de Bereçinta, madre de los dioses, ni criado de tu casa he visto, ni letra de tu mano he leído, la qual cosa me ha puesto sospecha que o tu salud ha corrido peligro, o a nuestra amistad tienes en menospreçio. No te descuides con tan gran descuido, ni nos olvides con tan gran olvido, porque no es tanto tu trabajo en escrevir, quanta es nuestra consolaçión en tus cartas leer, y si empereza tu mano por su trabajo, esfuérçela tu coraçón por mi descanso. En esto se paresçen los verdaderos amigos, en que yo vele por quitarte de todo pesar y tú te desveles por hazerme todo plazer.

Bien sabes que lo poco que ay de tu Capua al mi Monte Celio no fue causa que nosotros fuésemos amigos; pues lo que ay de aquí al Illírico no es razón que nos torne estraños. Los vinos delicados, quanto más son desterrados, tanto mayor fuerça toman; y los verdaderos amigos, quanto se van apartando más sus personas, tanto han de venir más iuntándose sus voluntades. Dime, te ruego, Çincinato: pues siempre me hallaste fiel en tu serviçio, ¿por qué estás sospechoso de mi deseo? Las hojas verdes de fuera arguyen no estar seco el árbol de dentro, y las buenas obras en público pregonan qué tales sean las entrañas en secreto. Donde no ay perfecto amor siempre ay quiebra en el serviçio, y el que perfectamente ama perfecta y perpetuamente sirve. Yo estoy afrontado assí de tu pereza en me mandar como de mi covardía en te escrevir. Quiérote confessar una verdad: que si tanto huviera tenido de atrevimiento como de voluntad y pensara que la poquedad de mi letra satisfiziera a la grandeza de tu juicio, quedara por mal echada, mas no por corta, como quien echa lança.

En los tiempos passados, quando yo era moço y tú eras viejo, tú a mí consejos y yo a ti dineros nos dávamos; mas agora que tus canas te sentençian por viejo y tus obras te accusan de moço, razón es que tú socorras a mi pobreza con dineros y yo a tu liviandad remedie con consejos. Por lo mucho que te quiero y por lo que en ley de amistad devo, te quiero avisar lo que el hombre cuerdo deve hazer, y es esto: acordarse de los benefiçios que ha reçebido, olvidar las iniurias que le han hecho; estimar en mucho lo poco suyo, no tener en nada lo mucho ageno; favorecer a los buenos y dissimular con los malos; ser grave con los mayores y communicable con los menores; a los presentes hazer buenas obras y de los absentes dezir buenas palabras; las graves pérdidas de fortuna tenerlas en poco y las muy pequeñas de la honra tenerlas en mucho; por una cosa no aventurar muchas y por muchas dubdosas no aventurar una cierta; y finalmente ser amigo de uno y enemigo de ninguno. Estas cosas ha de tener el que entre los buenos por buenos se quiere contar.

He sabido dexaste ser pretor de la guerra y te metiste por mar y por tierra en mercadería: espantado me has dexar de conquistar a los enemigos como romano y tomar offiçio con que persiguas a tus amigos como tyranno. ¿Quieres hazer mal a los domésticos y dexar a los estraños? ¿Quieres quitar la vida a quien nos da vida y quitar la muerte a quien nos quita la vida? ¿Quieres a los bulliciosos dar assosiego y a los assosegados quitar su reposo? ¿Quieres dar a los que nos toman lo nuestro y tomar a los que nos dan de lo suyo? ¿Quieres librar a los condenados y condemnar a los innoçentes? ¿Quieres ser tyranno de tu república y no defensor de tu patria? Pues a todo esto se aventura el que dexa las armas y se mete en mercadería.

Estado he pensando entre mí qué te movió a dexar la cavallería, donde tenías tanta honra, y tomar offiçio donde se te seguía tanta ignominia. Por çierto, no siento otra excusa sino que por viejo ya no podías saltar en las sierras, y agora asentado robarás en las plaças. En los viejos vieja enfermedad es que, faltándole las fuerças de fuera, luego se arman con maliçias de dentro (digo de los muy cobdiçiosos). Una cosa te quiero dezir: que has tomado offiçio en el qual lo que los otros tus compañeros hurtaron en muchos días tú se lo coheches en una hora, y después verná tiempo en que tú lo pierdas en un momento, y assí permiten los dioses que uno sea castigo de muchos, y el tiempo largo castiga a todos.

¿Qué es esto, mi Çinçinato? En la casa de Çinçino, tu padre, lanças, que no escrivanías, estaban colgadas; las salas llenas de armas, que no de fardeles, vimos; los portales poblados de cavalleros, que no de merchantes, estaban. Por çierto la vimos escuela de nobles y no como agora cueva de ladrones. ¡O!, Çinçinato, maldito seas tú y tu offiçio, en el qual queréis los mercaderes bivar pobres por morir ricos, y torno a dezir que seréis malditos porque la cobdiçia de un malo se ha de cumplir en periuyzio de muchos buenos. No quiero lastimarte con tus passados, mas quiérote avisar de la miseria tuya y de tus advenideros. Si pensase que tu cordura tenía tan al cabo al mundo y a sus liviandades como el mundo tiene a ti y a tus días, como paresçe por tus canas escusaría a mí de trabajo en persuadirte y a ti de fastidio en oírme; pero a puerta de tan gran descuido, razón es se toque el aldava de algún aviso.

Por fina que sea la navaja, tiene neçessidad de passar por la muela, y por claro que sea el iuyzio, de tiempo a tiempo tiene neçessidad de consejo. Muchas vezes yerran los hombres cuerdos, no porque quieren errar, sino que las cosas son de tal qualidad, que su cordura no abasta a poderlas açertar, y por eso es menester que su voluntad se desmarañe, su iuyzio se desolline y su paresçer boto se desembote, y de quando en quando tome un filo en el paresçer ageno. Mira bien, Çinçinato, que adonde los çimientos no son fixos, los edifiçios son peligrosos, los omenajes de este mundo sobre que rondamos los hijos de vanidad sobre arena están fundados, y por muy sumptuosos que sean, un poco de ayre los mueve y un poco de calor de prosperidad los abre y una lluvia de adversidad los desmorona y a poco tiempo, quando no catamos, todo por tierra se allana. Aunque las palas sean de plata y los açadones de oro, y los açadoneros sean reyes y caven mil años hasta desentrañar la tierra en los abismos, no hallarán roca firme ni peña biva donde estén firmes sus mayoradgos y perpetuos sus estados.

Todas las cosas los dioses immortales communicaron a los hombres mortales, sino la immortalidad, y por eso se llaman ellos immortales, porque nunca mueren, y nosotros nos llamamos caducos porque al fin todo ha fin. Por duros que estén los muros, la mucha antigüedad los haze estar carcomidos. Solas dos cosas están libres, las cuales la fortuna no las puede dexar a

trasmano ni el tiempo las ponga en olvido, y son la fama buena o mala con los hombres, y la pena y gualardón de buenos o malos con los dioses. ¡O!, mi Çinçinato, acábanse las personas ¿y no se han de acabar las haziendas? Que verde, que madura, que podrida, de apartarse ha en algún tiempo la fruta del árbol florido, y no lo tengo en nada, porque esto es morir al natural, sino que muchas veces en hoja y flor nos lo lleva la elada de una enfermedad o el pedrisco de una desdicha. Enojosa, costosa, reboltosa y prolixa es de texer la tela, mas quanto se teixe en muchos días se corta en un momento. Por semejante, lastimosa cosa es ver a un hombre con cuánto trabajo se acaba de criar y en estado de honra se poner, y después, quando no catamos, él y ello lo vemos todo peresçer sin memoria de nada quedar.

¡O!, mi Çinçinato, por el amor que nos tenemos te ruego, y por los dioses inmortales te coniuero, no creas al mundo, el qual tiene por condiçión debaxo de poco de oro asconder mucho orín, y so color de una verdad cargarnos de mill mentiras, y con un breve deleite nos mezcla diez mill pesares; a los que muestra más amor engaña con gran engaño; a quien da más de sus bienes le procura mayores daños; a los que le sirven de burla haze merçedes de veras, y a los que le aman de veras dales los bienes de burla; y finalmente, al sueño más seguro nos despierta con mayor peligro. Pues ¿qué quieres dél?, dime.

Una cosa te quiero dezir, y me paresçe que no la debes olvidar, y es que más fe han menester los hombres para no creer las vanas vanidades que vemos con los ojos que no para creer las grandes maravillas que oýmos con los oýdos. En una cosa he mirado, y por larga experiençia la he cognoçido, que pocas casas pintadas ni estados encumbrados hemos visto en Roma que a poco tiempo no tengan graves cuidados en su coraçón, crudas enemistades con sus vezinos, mayores invidias de sus herederos, descomedidas importunidades de sus amigos, dobladas maliçias de sus enemigos, enojosas goteras de pleitos en el Senado; y a las vezes, por quitar una gotera de su hazienda, hazen quatro en su honra; y finalmente lo que con mucho cuidado allegaron para el hijo que más querían, con mucho descuido se lo goza otro heredero que no pensavan.

Justa sentençia es los que engañaron a muchos con muchas malas obras en la vida se hallen engañados de sus vanos pensamientos en la muerte. Crudos serían los dioses, y muy grave de sufrir a los hombres, si lo que allegaron los malos para un solo heredero en perjuizio de muchos buenos se lo dexasen gozar en paz por muchos años. Sobrada locura me paresçe nasçer llorando, morir suspirando y biviendo: la regla para medir por todas partes se ha de igualar.

¡O!, Çinçinato, ¿quién te ha engañado?, que para una jarra de agua que has menester del piélagos deste mundo para pasar la mísera vida, quieres desollar las manos con la soga de los cuidados, y quebrantar el cuerpo en la polea de tantos trabajos, y aventurar tu honra propia por una herrada de agua agena, y por hinchir un cántaro de estos bienes quieres sufrir mill peligros, y en tan vil exerçio no dudas perder el crédito, y al fin al fin yo te iuro que quedes tan muerto de sed al pie del piélagos como quando estavas sin agua en el campo.

Si conmigo te aconsejaras, vista ya tu edad, pidieras a los dioses la muerte para descansar como viejo cuerdo, y no riquezas para mal biviendo como moço loco. A muchos he llorado en Roma con lágrimas de los ojos quando los veía deste mundo partir, y a ti, mi Çinçinato, he llorado y lloro con gotas de sangre de mi coraçón por verte al mundo tornar. La amistad mía, el crédito del

Senado, la sangre de tus passados, la autoridad de tu persona y la honra de tu patria huviera de refrenar tu cobdiçia. ¡O!, Çinçinato, las canas honradas que se van a caer en nobles exerçiçios se han de ocupar. Cata, amigo, que vale más seguir la razón por las sendas de los buenos que no la común opinión que es el camino ancho de los malos, porque, si es estrecho para los pies el uno, no tiene polvo con que çiegue los ojos como el otro.

A los moços livianos que procuran liviandades escúsalos la ignorança, pero la cobdiçia desordenada en los viejos házeles con trabajo tener la vida, con enojo tomar la muerte y en uno y en otro quedar con infamia. ¡O!, Çinçinato, toma, toma este consejo de amigo: no cures cargar del sevo pegajoso de estos bienes, pues tienes tan poco pavilo de vida, porque los tales como tú vémoslos derretir y no alumbrar. No te fíes, no te fíes, amigo, en la presente prosperidad, porque es agüero de la futura desdicha. Y pues te enriscaste en tan escabroso risco como loco, paréçeme que te debes desçender por tu pie como cuerdo, y assí dirán todos: «Çinçinato desçendió, mas no cayó.»

No quiero más dezirte, sino que los dioses sean en tu guarda, y a ti y a mí nos desengañen de la engañosa fortuna. Mi Faustina te saluda, y hase reído de mí porque te escribo esta carta. Hame coniurado de su parte te escriba esta palabra, y es que entonçes dize que ternás seso quando tuvieres pelado el colodrillo, y si assí es, paréçeme que debes luego llamar un barbero para que, rayéndote el pelo, te salga el seso. Pero lo que mí me paresçe es que ni a ti la cobdicia, ni a Faustina la locura, ni a mí la gota tarde se nos quitarán, y que primero saldrá el ánima de las carnes que de nuestros coraçones las ruindades. Marco del Monte Celio te escribe de su propria mano.

CARTA III

Embiada por Marco Emperador a Mercurio, vezino de Samia, en la qual le consuela por una nao que se le abnegó en la mar cargada de plomo.

Mi especial amigo Mercurio y antiguo compañero: un explorador tuyo y un lacayo mío se toparon en Capua, y el uno llevaba mi deseo para ti y el otro traía una carta para mí; y, si bien lo miraste, verías mi coraçón tan lleno de cuidados como yo tu carta cargada de quexas. Embíasme a consolar de mis terçianas; yo te lo agradezco, y vino a buena sazón, que el despedirse de mis pulsos la calentura y el allegar de tu carta a mi spíritu todo fue uno, y por cierto si este caso en mis manos se dexa, ni mi calentura verná ni tu consolación se yrá. Mas mira la miseria humana, que presumo de tomar muchos reynos a otros, y no puedo alañar una calentura de mis huesos.

Ya sabes que nos amamos y de largos años nos cognoscemos. El día que tu amistad se confío de mi fee, mi fee se obligó que tus males fuesen míos y mis bienes fuesen tuyos. Allí ay verdadero amor donde están dos cuerpos apartados y un coraçón iuncto. Y aquel amor es avinagrado donde están tan remotos los coraçones quan estrañas las personas. Pues mira, te ruego, nuestro amor no esté toxicado con ingratitud, ni nuestra memoria emponçoñada con descuido. Yo soy otro tú acá; sea yo otro tú allá, de manera que mi absençia con tu presençia y tu presençia con mi absençia siempre se hallen. Y assí verán en el Senado muchos en la vezindad dos, mas en el amor no más de uno.

Tu tabellario me dixo la pérdida de tu hazienda, y por tu carta cognosçí la congoxa de tu persona. Es el caso, me dizen, se te anegó una nao, y tus factores, como cuerdos, por salvar sus personas cometieron a la mar tus mercaderías. Parésceme que la nao alivió a sí y cargó a ti. Y según mi juicio y tu sentimiento, no se echaron tantos fardes en la mar quantos cuidados en tu corazón. Según tú eres, antes me obligaría a buscar tu plomo y estaño que no tu corazón, porque tu plomo aplomó en un lugar del profundo y tu cobdiçia está derramada por todo el mundo. Si oy murieses y te abriesen, de verdad pienso que antes te hallasen tu corazón ahogado con el plomo que bivo en el cuerpo.

¡O!, Mercurio, no puedes agora tú enfermar de terçianas simples como yo, que calor en el cuerpo y dolor en el espíritu quartana doble te causarían, y del tal mal, no en la cama, sino en la nao; no en la tierra, sino en la mar; no con físicos, sino con pilotos te aconsejo curar, porque allí está anegada tu vida donde tiene assiento tu plomo. No te congoxes, que si tú no tienes el plomo contigo, ello tiene a ti consigo. Y de quantas vezes la avariçia buscó al avaro, busque el avaro una vez la avariçia.

Dízenme que por eso estás tan triste, porque de tu daño no esperas remedio. ¿No sabes que donde ay remedio ha de aver esfuerço, y donde no ay remedio ha de aver paçiençia? ¡O!, Mercurio, ¿agora sabes que el día que abalançaste tu hazienda a las sospechosas rocas, y tus deseos a las altas olas, y tu rabiosa avariçia a los importunos vientos, y el plomo suyo a las aguas ajenas, que quan deseosos yvan tus factores de la ganança, tú avías de quedar tan çierto de la pérdida, y de esta manera ahogárase su deseo y escapara tu esperança? ¿No te acuerdas que Sócrates, echando en la mar no plomo, sino oro; no poco, sino mucho; no ageno, sino suyo; no con fortuna, sino con cordura, dixo: «Engañosas riquezas, quiérohós ahogar porque no me ahoguéis»? Pienso que si tú en tal te vieras, te oyeran dezir: «¡O!, mis dulces riquezas, yo me quiero ahogar antes que vosotras hos aneguéis.» ¿No se osó aquel sabio fiar del oro, y fíaste tú del plomo? Echad suertes entre ambos: él es de Athenas y tú de Roma. ¿Quién erró o acertó mejor: él de la tierra llevar oro a la mar o tú de la mar traer plomo a la tierra? Yo sé que los antiguos romanos dirán que él y los presentes cobdiçiosos dirán que tú. Lo que en esto me parece es que tú, preçiándolo, eres menospreçiado, y él, menospreçiándolo, es de todos preçiado.

Dízeme este tu explorador que estás muy triste y das bozes de noche, apellidando los dioses, y despertando los vezinos, y quexando de la fortuna. Pésame de tu tristeza porque es amiga de soledad y enemiga de compañía y heredera de desesperaçión. Pésame que das bozes de noche, ca es indiçio de locura, porque cubriéndose todo el mundo con tinieblas, tú solo descubras el corazón a bozes. Pésame que appellidas a los dioses, porque si algo te quitaron por verte muy alto, te lo tornasen por muy abatido. Pésame que despiertas los vezinos, porque si tu abundancia les causó embidia, tu sufrimiento los mueva a compassión. Pésame te quexas de la fortuna, porque cosa cognosçida por tantos no se suffre ser infamada por uno.

¡O!, Mercurio, ¿y agora acuerdas? ¿Con quien todos hazen tregua sales tú con desafío? ¿Desarmamos nosotros las vallestas y descuelgas tú las lanças? ¿No te hallaste en el campo y quieres gozar del triumpho? ¿Están todos entrampados y tú solo presumes passar seguro? ¿Con la fortuna te tomas? ¿No sabes que ésta los muros altos combate y los carcomidos defiende,

puebla lo despoblado y despuebla lo poblado, de enemigos haze amigos y de amigos enemigos, a los vencedores despoja y a los vençidos corona, de traidores haze fieles y de fieles sospechosos, y finalmente ésta es la que rebuelve reynos, desbarata exércitos, abate reyes, sublima tyrannos, a los muertos da vida y a los bivos da muerte, a unos por fama y a otros por infamia? ¿Y tómate con ella?

¿No te acuerdas del mote que tenía el rey de los lacedemonios a su puerta en que dezía: «Ésta es la casa del depósito de la fortuna»? Por cierto, altas palabras y como de alto ingenio compuestas: mejor cognosçía éste que tú a la fortuna, pues se tenía por depositario y no por heredero, y quando algo perdía como tú, pensava que restituía lo ageno, y no que le tomavan lo suyo. Razón tiene su confianza de reñer a tu traición, porque, haziéndote depositario, te alçaste por heredero. El que bive hereda al muerto, y no el muerto hereda al bivo: porque mueren todos, ella a todos hereda. Mueres tú y dexas la herençia, y quiere tu muerte heredar en su vida. ¿Quieres tomar vengança de quien te dio tanta pena como es la fortuna? Pues toma este consejo: sey amigo de su enemiga, que es la sepultura; sobre los que nasçen, no sobre los que mueren es su imperio. Quan señores fueron aquí los cuidados suyos de tu coraçón, tanto lo serán allí los gusanos de tus entrañas. ¿Qué mayor victoria que la vençedora de todos los bivos sea vençida de ti solo muerto? Dígote una cosa, que solo el encastillado en la sepultura está seguro de los baibenes de esta vida.

Dízeme tu tabellario que este verano querías venir a Roma, y agora en invierno navegas a Alexandría. ¡O!, mi Mercurio, quando se acaba tu vida comiença tu avariçia. ¿Hallavas dos çidades en el mundo tan estremadas, Roma cabeça de viçiosos y Alexandría remate de virtuosos? Yo te diré sus mercaderías. En Roma cargará tu cuerpo de viçios y en Alexandría tu coraçón de cuidados. A ley de bueno te iuro que más hambre traigas de lo que dexares que contentamiento de lo que truxeres. ¿Tú no te acuerdas que es invierno y que has de passar la mar, en la qual, si pilotos no me mienten, la calma más segura es vigilia de mayor fortuna? Dirás que tus naos van vazías y por eso irán seguras; yo creo que yrán más cargadas de avariçia que vernán de seda. ¡O!, qué buen troque sería si la avariçia de Italia se commutase por seda de Alexandría. Y soy çierto que su seda armaría una nao y vuestra avariçia toda una flota.

Grande es la cobdiçia a la qual la vergüença del mundo no reprime, ni el temor de la muerte ataja, ni la razón lo conçierta. Dígolo porque quien en tal tiempo se offreçe al peligro, o le sobra cobdiçia, o le falta juicio. Pues yo no te siento otra escusa para satisfazer a mí y escusar a ti sino que eres tan cognosçido a las mares como ignoto a los dioses, y es que las aguas instables cognosçen al coraçón inquieto, y las rocas duras al hombre indómito, y un viento cognosçe otro viento. Dime, te ruego: ¿qué vas a buscar? ¿Vas al golfo Arpino buscar tu plomo? Mira, pues, que pensando de tomar a los peşçes el plomo duro no les dexes tus carnes blandas. ¿Vas por ventura a buscar hazienda en peligro de tu vida por dexar fama en la muerte? ¿Y no sabes que la tal fama son perfumes en el catarro, bálsamo en el pasmo, luzero al çiego y ruiseñor al sordo? Pues quiérote descubrir la celada antes que caigas en ella. Tú buscas cuidado para ti, invidia para tus vezinos, espuelas para tus enemigos, despertador para los ladrones, peligro para tu cuerpo, damnación para tu fama, remate de tu vida, oxeo para tus amigos, pleyto para tus hijos y maldición para tus herederos.

Y porque la priesa de la calentura me haze dexar la pluma, mi Faustina te saluda y le pesa mucho de tu pérdida. Ay te embío una provisión para que te den una nao porque no pierdas el seso. Si

fueres a Alexandría, no vuelvas por Rhodas, porque se la tomamos a sus pyrhatas. Los dioses sean en tu guarda, y a ti y a mí nos den buena vida con los nuestros y buena fama con los estraños.

CARTA IV

Embiada a Cornelio por Marco Emperador, en la qual habla de los trabajos de la guerra y de la vanidad del triumpho

Marco, Emperador romano, a ti Cornelio, su fiel amigo, salud a la persona y dichosa fortuna a tu vida desea.

Como fuiste en los tiempos passados compañero de mis trabajos, embiéte a llamar por darte plazer de mis triumphos. Por la abundancia de riquezas, por la diversidad de captivos, por la ferocidad de los capitanes que truximos a Roma, pudieras ver cuántos peligros passamos en aquella guerra. Son gentes bellicosas los parthos y, como se hallan en su tierra, defienden de corazón cada uno su casa. Y por cierto hazen como buenos, porque si nosotros a sinrazón morimos en tomar lo ageno, ellos con razón trabajan por defender lo suyo.

Ninguno tenga invidia al capitán romano del triumpho que le da su madre Roma, que por un día de gloria arriscó el triste mill veces la vida. Pues callo lo que es más, que quantos tienen en la guerra y quedan en Roma son crudos jueces de su fama. Y como la fama propria dependa de la lengua agena, el tal no es juzgado por lo que meresçe su persona, sino por lo que les enseña su invidia. Pero es nuestra locura tan loca y la reputación de los hombres tan vana, que por un dezir vano más que por provecho nuestro queremos despeñar la vida y enriscar la honra con trabajo más que gozar la vida y assegurar la honra con descanso. Por los dioses immortales te iuro que el día de mi triumpho allí yva pensando en el carro quán desplomado está el juicio de todos los de este siglo.

¡O!, Roma, maldita sea tu locura, y maldito sea el que crió en ti tanta soberbia, y maldito sea el que inventó en ti esta pompa. ¿Qué mayor vanidad ni igual liviandad puede ser que a un capitán romano, porque conquistó los reynos, alteró los paçíficos, assoló las çiudades, allanó las fortalezas, robó a los pobres y enriquesçió a los tyrannos, derramó muchas sangres, hizo infinitas biudas; y en pago de todo este daño resçíbele Roma con gran triumpho? ¿Pues quieres otra mayor locura? Murieron infinitos en la guerra y llévase uno solo la gloria. Aquellos tristes aun no meresçieron para sus cuerpos sepultura y ývame yo triumphando por las plaças de Roma. Por los dioses immortales te iuro, y esto passe entre mí y ti secreto, que quando desde el carro triumphal veya los tristes captivos cargados de yerros, y contemplava a infinitos thesoros ser malganados, y oya las cuitadas biudas llorar por sus maridos, y me acordava de tantos amigos aver sido muertos, que si me alegrava en lo público, llorava gotas de sangre en lo secreto. No sé yo quál es el hombre que de daño ageno toma plazer proprio. Y en este caso, ni alabo los assyrios, ni tengo invidia a los persas, ni me satisfazen los maçedonios, ni apruevo los caldeos, ni me contentan los griegos, a los troyanos maldigo, y a los carthaginenses condemno, porque no con zelo de iustiçia, sino con rabia de soberbia, en sus tiempos a sí y a sus reynos escandalizaron, y a nosotros ocasión de perdernos nos dieron.

¡O!, Roma maldita, maldita fuiste, maldita eres y más maldita serás, porque si los hados no me mienten y el juicio no me engaña y fortuna el clavo no hinca, verán de Roma en los siglos advenideros lo que vemos agora de los reynos passados, y es que como con tyrannía te heziste señora de señores, con iustiçia te tornen sierva de siervos. ¡O!, Roma, desdichada y muy desdichada te torno a dezir: ¿por qué estás oy tan cara de cordura y tan barata de locura? ¿Por ventura eres tú más antigua que Babilonia, más hermosa que Elia, más rica que Carthago, más fuerte que Troya, más poblada que Thebas, más çercada que Corintho, más torreada que Capua, más deleitosa que Tyro, más inexpugnable que Aquileya, más venturosa que Numançia y más arriscada que Cantabria? Vemos que peresçieron éstas, vestidas de tantas virtudes y guardadas [226] de tantos virtuosos, ¿y esperas tú permanesçer enforrada de tantos viçios y poblada de tantos viçiosos? Ten una cosa por cierto; que la gloria que agora es de ti fue primero dellos, y la destruçión que agora es dellos será después de ti.

¡O!, mi Cornelio, ¿quieres que te diga, aunque no sin lágrimas, la perdiçión del Pueblo romano? Mando yo, que soy Emperador romano, poner edictos de guerra porque alguna tierra remota está levantada. Tocan la corneta para hazer gente, sácense los pendones para criar capitanes. Es cosa de ver que luego como tienen vanderas tienen liçençia para cometer qualquiera vellaquería. Los hijos dexan a sus madres; los que estudian, sus estudios; los criados, sus señores; los offiçiales, sus offiçios; porque so color de yr a la guerra no los pueda castigar la iustiçia. Ni tienen temor a los dioses, ni reverençia a los pueblos, ni a sus padres obediènçia, ni a las gentes vergüençia, aman el iniusto oçio y aborresçen el iusto trabajo. Pues los exerçiçios que traen son donosos: unos roban los templos y otros rebuelven ruidos; éstos quebrantan puertas y aquéllos hurtan las ropas; quando prenden los libres, quando sueltan los presos; las noches passan en juegos y los días en blasphemias. Finalmente para todo lo bueno son inhábiles y para todo lo malo libres.

¿Pues qué te diré de sus torpedades, las quales he vergüençia escreviras? Dexan sus proprias mugeres, llevan mugeres ajenas; a las hijas de buenos desonran, a las moças bovas engañan; no ay huéspedea que no fuerçen, ni vezina que no combiden; y lo peor de todo, que las que van ponen dentera a las que quedan, y de esta manera ninguna escapa, o perdida la honra porque van, o lastimadas en el coraçón porque quedan. ¿Piensas, Cornelio, que es poca la quantía de las mugeres que van a la guerra? Bien sabes que a Greçia más guerra la hizieron las mugeres amazonas que no los crudos enemigos. No porque tenían menos gente, sino porque tenían más mugeres fue vençido el Rey Poro de Alaxandro. El montruoso capitán Haníbal tanto tiempo fue señor de Italia quanto no consintió muger en la guerra; y como se enamoró de una moça de Capua, luego le vieron las espaldas en Roma. Porque Scipión los reales de Roma alimpió de luxuria, por eso fue la invençible Numançia assolada. Yo tuve en esta guerra de los parthos diez y seis mill de cavallo, y ochenta mill peones, y treinta y çinco mill mugeres. Fue en tanta manera el negocio, que desde la hueste huve de embiar a mi Faustina y otros senadores a sus casas mugeres que sirviesen a los viejos y criasen a los niños.

Y si esto hazen los pobres muy pobres, ¿qué harán sus capitanes? El día que a un patriçio le prueba el Senado en el Amphiteatro, y le lleva el cónsul por Roma consigo, y le ponen el águila en los pechos y la púrpora en los hombros, cresçe tanto en sobervia que, no acordándose de la pobreza passada, luego piensa ser emperador de Roma. Pues mira qué hazen: entretéxense la barba, erízanse los cabellos, entonan las palabras, mudan las vestiduras, buelven los ojos por

parescer a todos fieros, y finalmente aman ser temidos y aborresçen ser amados. ¿Y no sabes que tan temidos quieren ser, que un día, estando en Pentápolin un capitán mío, yo le oyendo y él no me viendo, dixo riñendo a una vieja huéspedada suya?: «Vosotros los villanos no cognoscéis capitanes de exércitos. Hágote, madre, saber que nunca tiembla la tierra sino quando es amenaçada de algún capitán de Roma, y jamás los dioses embían rayos sino adonde nosotros no somos obedesçidos.» Pues mira, mi Cornelio, si has oýdo el blasón, oye el esfuerço. Yo te iuro que este capitán, dando yo una cruda batalla, él solo fue el primero que se retiró en el campo y desamparó la vadera, el qual hecho, aviéndolo hecho a tal hora, aýna me hiziera perder la batalla, la qual acabada yo le hize cortar la cabeça. Infallible regla es los que hazen mayores fieros, de hecho ser mayores covardes. En muchos libros lo he leýdo, y aun de muchos lo he oýdo, y aun en muchos lo he visto, que ni en hombre bien suffrido puede faltar esfuerço, ni hombre mal suffrido puede ser bien esfuerçado.

¿Qué más quieres que te diga, mi Cornelio, de los agravios que hazen por los reynos que passan y de los hurtos que hurtan en las posadas donde posan? Hágote saber que no haze tanto daño la carcoma a la madera, la pulilla a las ropas, la çentella a las estopas, la langosta a las mieses, ni el gorgojo a los graneros, como una sola capitanía haze a los pueblos. Ni dexan búbalos que no matan, ni huerta que no hurtan, ni vino que no beven, ni caça que no corren, ni toçino que no comiençen, ni moça que no retoçen. Pues más hazen, que comen sin que paguen, y no sirven sin ser pagados. No ay quien con ellos se pueda apoderar: si les pagan, luego juegan lo que resçiben; y si no les pagan, luego hurtan o se amotinan. Ha venido el caso a tanto corrompimiento, que si los vieses, no dirías sino que es cada uno cabeça de amotinados, caudillo de homiçianos, origen de sediciosos, ponçoña de virtuosos, pyrrata de cossarios y capitán de muy malos ladrones.

No sin lágrimas lo digo: que es la burla tan burlada, y va la cosa tan perdida, que a estos malaventurados, aunque vemos que son nuestros enemigos domésticos, ni ay emperador que los señoree, ni iustiçia que los castigue, ni miedo que los reprima, ni ley que los subiuzgue, ni vergüença que los enfrene, ni muerte que los acabe, sino que ya como a hombres que no llevan remedio los dexamos comer de todo.

¡O!, triste de ti, Roma, que no solía aver en ti esta malaventura. Por cierto en los tiempos antiguos, quando tú eras poblada de verdaderos romanos, y no como agora de hijos espurios, tan disciplinadas eran las huestes que salían de Roma como las academias y philósophos que estavan en Greçia. Si las historias no me mienten, Philipppo, Rey maçedo poderoso, es tan nombrado en las historias, y su hijo Alexandro Magno fue tan venturoso en las guerras, porque tenían sus huestes tan corregidas, que más paresçía senado que regía que no campo que peleava. A ley de bueno te iuro, y en pena del libro me pongo, que desde Quinto Çinçinato hasta el noble Marco Marçello, en el qual corrió la mayor prosperidad de Roma, tanto el Pueblo romano tuvo mayor gloria, quanto la disciplina militar fue muy bien corregida, y entonçes nos acabamos de perder quando nuestros capitanes se començaron a dañar.

¡O!, maldita seas, Asia, y maldito el día que tomamos contigo conquista: el bien que se nos ha seguido hasta agora no le hemos visto y el daño que de ti nos vino para siempre será llorado; gastamos en ti nuestros thesoros y tú empleaste en nosotros tus vicios; en troque de hombres fuertes embiástenos tus regalos; expugnamos tus çiudades y tú triumphaste de nuestras virtudes; allanamos tus fortalezas y tú destruiste nuestras costumbres; de fuerça tú fuiste nuestra y de

grado nós somos tuyos; iniustos señores somos de tus reynos y iustos vassallos de tus viçios; finalmente eres, Asia, sepulchro de Roma, y tú, Roma, sentina de Asia.

Contentarse deviera Roma con la tierra de Italia, que es umbilico del mundo, sin que conquistara a los reynos de Asia por tomar lo ageno. De todas las cosas estoy contento que leo de mis antepassados, sino que çierto fueron un poco sobervios como nosotros sus subçessores somos atrevidos. Pues yo te juro que algùn día por la pena nos tornen cuerdos. Todas las riquezas y triumphos que nuestros primeros padres truxeron de Asia, ellas y ellos con el tiempo al fin huvieron fin, sino los regalos y viçios, que en nosotros sus hijos hasta oy permanesçen. ¡O!, si supiesen los príncipes qué cosa es inventar guerras en tierras estrañas, qué trabajos buscan a sus personas, qué cuidado a sus pensamientos, qué alboroto a sus vassallos, qué fin a sus thesoros, qué pobreza a sus mugeres, qué plazer a sus enemigos, qué daño a sus reynos naturales, y qué ponçoña dexan a sus herederos propios. Yo te iuro que, si como yo lo siento lo sintiesen, y como yo lo gusto lo gustasen, no digo yo que, derramando sangre por fuerça los tomasen, pero que aun de grado con lágrimas offresçiéndoselos nos los quisiesen. Dígote una cosa, si mi memoria no me engaña: que jamás capitán nuestro mató veinte mill asianos con las armas que llevó de Italia, que no perdiese más de dozientos mill romanos con los viçios que truxo a Roma. Comer en los ausonios público, çenar en sus casas secreto; vestirse las mugeres como hombres, los hombres untarse como mugeres; traer máscaras los patriçios y usar de olores los plebeyos y de púrpura los emperadores: estos siete viçios de Asia, Asia los embió presentados a Roma. Siete muy nobles capitanes los truxeron, cuyos nombres yo callo por no los infamar con estas culpas, pues fueron claros con sus hazañas. Pues miren los príncipes guerreros qué provecho sacan de tomar reynos estraños.

Dexo de los viçios que cobran, de las virtudes que pierden, y veamos de los dineros que aman. Por çierto no ay rey ni reyno puesto en estremada pobreza si no toma con reyno estrangero estremada conquista. Pregúntote, mi Cornelio: ¿quién haze a los príncipes perder sus thesoros, pedir los agenos, no abastarle los suyos, tomar de los templos, buscar empréstidos, echar tributos e inventar cohechos, dar qué dezir a los estraños y enemistarse con los suyos, rogar a todos y tener neçessidad de cada uno, aventurar sus personas y despeñar sus famas? Pues si no lo sabes, oye, que yo te lo diré. Los príncipes, como se aconsejan con hombres y biven con hombres, y al fin al fin ellos son hombres, agora por sobervia que les sobra, agora por consejo que les falta, imaginan ellos y dízenles otros que, si es grande su hazienda, ha de ser mayor su fama, y que dél no avrá memoria si no inventa alguna guerra, y que el Emperador de Roma de derecho es señor de toda la tierra. Y de esta manera, como es baxa su fortuna y altos sus pensamientos, permiten los dioses que, pensando iniustamente ellos tomar lo ageno, iustamente pierden lo suyo.

¡O!, príncipes, no sé quién hos engaña, que pudiendo con paz ser ricos, queréis con guerra ser pobres. Torno a dezir: no sé quién hos engaña, que pudiendo ser amados, queréis ser aborresçidos. Torno a dezir otra vez: no sé quién hos engaña, que pudiendo gozar de la vida segura, hos queréis cometer a los baibenes de la fortuna. Y finalmente, teniendo todos neçessidad de vosotros, vosotros hos ponéis en neçessidad de todos. Aunque el príncipe no tomase guerra, sino por no sufrir la gente de la guerra devría dexar qualquiera guerra. Pregúntote, mi Cornelio, ¿qué igual trabajo a su persona, o qué mayor daño a su reyno del rey pueden hazer sus enemigos que hazen sus exércitos? Los enemigos roban la frontera, mas los nuestros toda la tierra; aquéllos puedenlos resistir, mas a éstos no los osamos hablar; los enemigos saltean un día y vanse, mas

nuestras guarniciones hurtan cada día y quédanse. Los bárbaros tienen algún miedo, mas éstos no tienen alguna vergüenza, y al fin los enemigos, quanto más van, afflojan, y nuestros exércitos cada día más se encruelen. Y de tal manera, que a los dioses son reos, a los príncipes importunos y a los pueblos enojosos, biviendo en daño de todos y sin provecho de alguno.

Por el dios Mars te iuro, y assí él en las guerras riga mi mano, qué más quejas tengo cada día en el Senado de los capitanes del Illýrico que de todos los enemigos del Pueblo romano. Más temo criar una vadera de çien hombres que dar una batalla a çinquenta mill enemigos, porque aquélla, bien o mal, los dioses y ventura despáchala en una hora, mas con estos otros no puedo en toda mi vida. Pero ¿qué quieres que haga, mi Cornelio? Assí fue, assí es y assí será; assí lo hallé, assí lo tengo y assí lo dexaré; inventáronlo nuestros padres, sustentámoslo nosotros sus hijos y por su mal quedará a nuestros herederos. Diréte una cosa, y pienso que no yerro mucho en ella: que, visto el mucho daño y ningún provecho de esta gente, que sufrirla pienso o es gran locura de los hombres o gravíssimo açote de los dioses. Son los dioses tan iustos en toda iustiçia y tan verdaderos en toda verdad, permiten que, pues nosotros a sinrazón en tierras estrañas hacemos mal a quien jamás hezimos bien, en nuestras casas proprias nos hagan mal aquellos a los quales siempre hezimos bien.

Estas cosas te he escripto, mi Cornelio, no porque va nada en que las sepas, sino porque descansa mi espíritu en dezirlas. Panuçio, mi secretario, va a visitar esa tierra, y de camino dile esta carta. Aý te embío dos cavallos; pienso que son buenos. Las armas y joyas que tomé a los parthos ya las tengo repartidas; pero todavía te embío un carro dellas. Mi Faustina te saluda y embía un espejo muy rico a tu dueña y un joyel de pedrería preçioso a tu hija. Pido a los dioses a ti den buena vida y a mí buena muerte. Marco, el tuyo, a ti, Cornelio, el suyo.

CARTA V

Embiada por Marco Emperador a Torquato, vezino de Gayeta, consolándole en un destierro. No declara la causa por que fue desterrado.

Marco del Monte Çelio, collega en el Imperio, a ti, Torquato, vezino de Gayeta, patriçio romano, salud a la persona y esfuerço contra la adversa fortuna desea.

Avrá tres meses que vinieron tu carta a me traer, la qual ni mis ojos la han podido acabar de leer, ni muy menos a ella responder. Tiéneme tan triste tu tristeza, y tan penado tu pena, y tan lastimado tu lástima, que lo que tú lloras con los ojos de fuera, yo lo lloro con las entrañas de dentro. Bien sé que quanto ay del árbol a la sombra y del sueño a la verdad, tanto ay de oýr los trabajos de otra persona agena a gustarlos la persona propria; mas donde los amigos son verdaderos, entre ellos las penas son communes. Por una cosa son de tolerar los graves infortunios, porque nos declaran quiénes son los verdaderos amigos.

Acá he sabido por tu carta cómo te desterraron de Roma, y proscripto y confiscado toda tu hazienda, y que de pura tristeza estás muy malo en la cama. Yo quisiera yr a ver y consolar tu persona, porque vieras quán de coraçón y voluntad llorava tu desdicha. Pero si me tienes por verdadero amigo, cree de mí lo que creería de ti, y es quán de veras siento este tu triste caso. Poc

çierto, si tú estás desterrado en el cuerpo, yo lo estoy en el coraçón; y si a ti tomaron la hazienda, a mí me robaron la buena compañía; y si tu caresçes de tus amigos, yo moro entre mis enemigos. Pero pues no puedo remediar tu destierro con obra, quiero a lo menos consolar tu espíritu con alguna palabra.

Si no me engaña mi memoria, jamás te vi contento en esta vida, porque en la prosperidad estavas empalagado y en la adversidad tenías siempre hastío, y lo que más agora siento es verte desesperado como si agora vinieses al mundo. Y torno a dezir que, si no me engaña mi iuyzio, treinta y dos años te cognosçí en gran gloria ¿y agora quéxaste de seis meses que ha buuelto su rueda fortuna? ¡O!, Torquato, ¿y agora sabes tú que los hombres cuerdos más temen dos días de prosperidad que dozientos de adversa fortuna? ¡O, cuántos y cuántas vezes y en cuántas çiudades tú y yo hemos visto de sus prosperidades escapar con cargos ajenos, viçios propios y enemistades estrañas, de manera que la gloria vana y prosperidad caduca les duró pocos días y la lástima de lo que perdieron y las crudas enemistades que cobraron les dura hasta oy en sus herederos! Por el contrario, vemos a otros metidos a somorjujo de las tribulaçiones, los quales escapan despojados de viçios, enforrados de virtudes, émulos de lo malo, zeladores de lo bueno, amigos de todos y enemigos de ninguno. ¿Qué más quieres que te diga, sino que los dichosos son vençidos en la paz y los desdichados vienen vençedores de la guerra? Pues parésçeme a mí, si te paresçe a ti, ¡o, mi Torquato!, que no menos neçessidad tienen de buen consejo los prósperos muy prósperos que de remedio los tristes muy tristes, porque no menos se cansan los que siempre van camino llano que se quebrantan los que a vezes suben cuesta arriba.

Por tu letra cognosçí cómo al tiempo que esperavas mayor descanso en tu persona te ha sucedido más al revés la fortuna. No te espantes de esto, ca puesto que toda mudança nueva cause nuevo desasosiego en lo presente, empero es causa de mayor firmeza en lo futuro. Por çierto el árbol no da tanto fructo donde nasçe como donde se traspone, y los olores tanto son más odoríferos quanto más molidos. Dime, te ruego: morando tú en el mundo, siendo hijo del mundo y amando el mundo, ¿qué esperavas tú del mundo sino cosas del mundo? Mundo fue siempre, mundo es agora, mundo será y como mundo a sus mundanos tractará. Si cognosçieras a ti y a tu flaqueza; si cognosçieras a la fortuna y a su mudança; si cognosçieras a los hombres y a sus maliçias; si cognosçieras al mundo y a sus halagos, alçáraste a tu mano con honra, y no dispidieran ellos con infamia. ¡O, quán desarmados esperamos a la fortuna! ¡O, quán sin reçelo passamos la vida! ¡O, quán sin cuydado tomamos el sueño! ¡O, quán abobados nos fiamos del mundo!; porque assí fiamos de su palabra como si jamás huviese hecho a ninguno ninguna burla. Yo no digo que lo oýmos con los oýdos, ni lo leýmos en los libros, sino que lo vemos cada día con nuestros ojos, a unos hombres resbalar y perder la hazienda, a otros tropeçar y perder el crédito, a otros caer de ojos y perder la honra, a otros atollar y perder la vida; ¿y con esto piensan todos ser libres por privilegio adonde jamás ninguno fue privilegiado? ¡O!, mi Torquato, de una cosa soy çierto, y tengan todos por averiguado: que son de tan mala yazija los hombres de quien nasçimos, y es tan fiero animal el mundo con quien bivimos, y es tan enconada serpiente la fortuna con quien tractamos, que acoçeados de sus pies, o mordidos de sus dientes, o arañados de sus uñas, o enconados de su ponçoña, ninguno toma la muerte ni menos passa la vida. Y si acaso vieres alguno passar larga vida sin aver algùn revés de fortuna, no le tengas invidia, que no es por su dicha, sino por su mayor desdicha.

Es el mundo tan malicioso, que allí aguarda armarle la çancadilla, adonde después le derrueque con mayor lástima. Más ayña mueren los muy sanos con enfermedad de pocos días que los muy flacos con mal de muchos años. Esto digo porque yo tengo por más seguro el hombre mísero, pues no puede passar sin miseria, que los trabajos guste poco a poco, y no que los trague todos iunctos. Muchas cosas se comen a pedaços, las quales ahogan comidas iunctas, porque diversos trabajos suffrimos en diversos días, los quales todos nos acabarían en un día. Pero pues los dioses lo quisieron permittir y en tu desdicha hubo de caer que el río saliese de su madre, y lo que pensavas tener más seguro a ti y a ello hallases en mayor peligro, applicuémoste algún socroçio porque no pierdas la fama buena, pues has perdido la hazienda mala.

Dime, te ruego, Torquato: ¿por qué te queexas como enfermo? ¿Por qué das bozes como loco? ¿Por qué sospiras como desesperado? ¿Por qué lloras como niño? ¿Subiste por el rebentón y quéxaste porque te cansas? ¿Investístete por las çarças y querellas que te rompen las ropas? ¿Caminas por las piedras y lloras porque tropieças? ¿Quesístete enriscar y pensavas de no caer? ¿Assentaste con el mundo y pensavas ser librado en el çielo? ¿Quieres tú salvoconducto de la fortuna, enemiga de muchos, no te lo pudiendo dar naturaleza, que es madre de todos?

Una cosa te quiero preguntar: ¿prometerte ha para siempre la mar seguridad, el çielo serenidad, el verano nieves, el invierno flores? No, por çierto. ¡O!, mi Torquato, lo que no te puede prometer naturaleza, tu piadosa madre, ¿pensavas que te lo avía de dar la fortuna, que es tu iniusta madrastra? Esta regla ten por çierta, y jamás la pongas en olvido, que todos los cursos naturales son subiectos a mudança cada año y todos los mundanos que rastrean tras la fortuna han de padesçer eçlypsi cada momento. Pues los bienes naturales no pueden estar siempre en un ser, siendo neçessarios, iusta y iustíssima cosa es que los bienes de fortuna perezcan, pues son superfluos. Muy iniustos fueran los dioses iustos si lo que es en daño de tantos hizieran perpetuo y lo que es en provecho de todos lo criaran caduco.

No quiero hablar más de tu prosperidad en el tiempo passado, sino que vengamos agora al destierro que padesçes en el tiempo presente. La sospechosa fortuna, quando a tu puerta hazía almoneda, ella sabiendo lo que vendía, y tú no lo que compravas, diote lo caro barato y lo barato vendióte muy caro; diote lo agrio por dulce y lo dulce tornóte agrio; lo malo te dio por bueno y lo bueno te tornó malo; y finalmente engaño te en el iusto preçio, tú no pensando que te hazía daño. Y puesto que ella fue maliciosa en el vender, no menos fuiste tú neçio en el comprar, cuánto más que en la tienda de la fortuna es sospechosa toda mercadería. ¡O!, tristes de nosotros, que no se venden sino mentiras en esta feria, y no se fían sino sobreprendas de nuestra fama, y no se pagan al fin sino con el escote de nuestra vida, y lo que es de mayor lástima, sabiendo todos que contigo, ¡o, fortuna!, han de perder todos a porfía de ti, ¡o, maldita!, quieren comprar.

Espantado me tienes, Torquato: teníate yo por cuerdo y sabio, y agora pregónaste por loco perdido. Por çierto, quando te vi que eras moço en Gayeta, yo te iuzgué ser digno de la governaçión de Roma, y agora que eres viejo no meresçes sino que te echen en una galera. ¡O, cuánto ay que cognosçer en un hombre: no ay cabeços de altas sierras que con los pies no se coçeen, ni ay tan profunda mar que al fin con plomo no la aplomen, y el coraçón de un hombre en çien años no ay quien le alcance! Dime, ruégote: ¿qué esperavas tú de la fortuna después de tanta fortuna? ¿Viniendo en el mundo pensavas ser immundo? Anden y anden los hijos de la vanidad, que al fin sus deseos desordenados no quitarán al mundo sus ruindades antiguas. Lo que

no hizo fortuna con los que ella sublimó hasta los çielos, ¿esperavas tú que lo haría contigo abatido hasta los abismos? ¡O, loco Torquato, ¿pensavas tú de yr por la mar sin peligro, comer carne sin hueso, beber vino sin hez, andar camino sin piedras, comprar trigo sin paja? Quiero dezir: ¿pensaste cobrar hazienda mala sin detrimento de tu fama buena y sustentar fama buena sin perder la hazienda mala? Querría saber de ti qué es lo que esperavas, pues al mundo tanto tiempo rostro hazías. Treinta y dos años estuviste en su graçia; tiempo era ya que huvieses tú y ella alguna renzilla.

A Bello, Rey de los assyrios, no esperó sino siete años prosperidad; a la Reyna Semíramis, solos seis; a Labello, Rey de los laçedemonios, çinco; a Lucreto, Rey de los caldeos, quatro; a Alexandro, Rey de los griegos, tres; a Amílcar, el gran carthaginense, dos; al nuestro Cayo romano, uno solo; y a infinitos antes y después de éstos no les dio alguno. Pues siendo tú el más ascondido por linaje, el más boto por ingenio, el más poco en persona, el más obscuro en fama, el más ínfimo en mérito; y con todo esto sublimóte la fortuna, pues ¿por qué te queexas de la fortuna? Si tú fueras cuerdo, en todos treinta años nunca comieras sin cuidado, ni hablaras sin sospecha, ni dormieras sin sobresalto, pensando en lo que tú podías errar, y en lo que la fortuna te podía empeçer, o en lo que los hombres malignos te pueden engañar. Quien tantos tiempos y de tantos enemigos estava çercado, yo no sé cómo podía un momento tomar el sueño seguro. ¡O!, Torquato, Torquato, tiene tantos despeñaderos el mundo, y sabemos tan mal tenernos en ellos los mundanos, que apenas somos caydos quando de pies y manos como esclavos nos tiene atados. Y porque, aunque queramos, no podamos soltarnos, embosca nuestras personas en viçios, esfuerça nuestros nervios a males, desmaya nuestros coraçones en las virtudes, y finalmente, echando a nuestra ánima pasmo y a nuestro iuyzio modorra y a nuestro gusto mudándole el gusto, permitten que nuestros males con un cruxido como bestias los mostremos sentir; pero no como los hombres los osemos dezir. Y que esto sea verdad, ¡o, cuántos vemos saberse perder! y ¡o, cuántos y cuántas saberse quejar, y jamás ninguno se sabe valer!

Estas pocas cosas te he escripto porque de aquí adelante bivas con mayor cuidado. El potro que me embiaste sale muy bueno; el podenco vino bueno, sino que está todo sarnoso; la ternera era muy gorda, y yo quisiera que la comiéramos luego, y mi Faustina porfió a guardarla, y pienso se la hurtaron de la huerta. Ay te embío unos dos mill sextercios para socorro de tus trabajos. En lo que toca a tu destierro, avida oportunidad, yo lo despacharé en el Senado. La consolación de los dioses y el amor de los hombres sea contigo, Torquato; la assechança de los malos y la ira de las furias se aparten de mí, Marco. Mi Faustina te saluda, y de su parte y de la nuestra a tu suegra y muger nos encomienda. Marco desde Roma escribe a ti, Torquato de Gayeta.

CARTA VI

De Marco Emperador embiada a Domiçio, vezino de Capua, consolándole en un destierro, el qual fue desterrado por un ruido que se levantó en Roma entre él y otro vezino sobre un cavallo

Marco, orador romano y oriundo del Monte Celio, a ti, Domiçio Capuano, salud y consolación en los dioses consoladores.

El invierno erizado ha levantado en esta tierra muy gran viento, y el gran viento ha despertado muchas aguas, y las muchas aguas han causado muchas humidades, y las muchas humidades crían muchas enfermedades, y entre todas las enfermedades de esta tierra, es una la gota de mi mano y la çiatíca de mi pierna. Por la salud de mi Faustina, que ni puedo andar ni menos escrevir. Dígolo porque no puedo escrevirte tan largo como lo requería el caso, y aun lo mereçía tu mereçimiento y lo deseava mi deseo.

Dicho me han que por ocasión de un cavallo reñistes tú y Patriçio, tu vezino, y a ti desterraron de Capua y a él pusieron en la cárcel mamortina. Confiscáronte los bienes, desterráronte los hijos y derrocáronte la casa; y sobre todo quitaron de senador a tu nieto y a ti privaron por diez años del Senado. Dízenme que estás tal, que de día lloras, de noche velas; en compañía mueres, con la soledad descansas; aborreçes el plazer, amas la tristeza. Y no me maravillo, porque los coraçones tristes llorando biven y riendo mueren. Gran dolor tengo por verte perdido, pero muy mayor por tan poca cosa averlo perdido, que por un cavallo se levantase tan gran ruido y se perdiese todo tu estado.

¡O, cuán varia es la fortuna, y en cuán poco aconesçe una desdicha! Delante los ojos traemos los males y no los vemos, con las manos los palpamos y no los sentimos, so los pies los traemos y no los cognosçemos, a la oreja nos hablan y no los oýmos, dannos muchas bozes y no los entendemos; y esto es porque no queremos. Finalmente, entonçes sentimos el peligro quando ya no lleva remedio. Por çierto, con pequeño ayre se derrueca la fruta, con pequeña çentella se abrasa la casa, con pequeña roca se hiende la nao, en pequeña piedra se lastima la espenilla. Quiero dezir: muchas vezes de lo que no teníamos miedo nos nasció todo el peligro. En la fístola çerrada, que no abierta, pone peligro el çirugano; en los baxos profundos, que no en las altas olas, se teme el piloto; y de la celada secreta, que no de la vandera pública, se recata el buen guerrero. Quiero dezir que no de los estraños, sino de los suyos; no de los enemigos, sino de los amigos; no de la guerra muy cruda, sino de la paz más segura; no del público daño, sino del occulto peligro se deve guardar el hombre cuerdo.

¡O, cuántos hemos visto que en los desastrados casos de la fortuna la fortuna no los pudo derrocar y a poco tiempo, por estar descuidados, con gran ignominia les hizo caer! Pregunto: ¿qué quietud puede tener la persona, ni quién se fiará jamás de la próspera fortuna, pues por una cosa tan liviana vimos tan gran ruido en Roma y tanta perdiçión en tu casa? Viendo lo que veo, ya ni quiero temer a los ventisqueros de los trabajos, ni creer a la serenidad de los plazeres; ni me espantarán sus truenos, ni me creeré de sus halagos; ni quiero plazer por lo que da, ni pena por lo que quita; ni velaré porque me diga verdad, ni me desvelaré porque diga mentira; ni reiré porque me quiera, ni lloraré porque me despida. Y si no sabes la causa de esto, pues oye; yo te la diré. Es nuestra vida tan dubdosa, y la fortuna tan repentina, que ni siempre hiriendo amenaza, ni siempre amenazando hiere. El hombre cuerdo, ni ande con tanta çoçobra, que piense a cada baibén caer, ni biva tan descuidado, que no piense aun en lo muy llano tropeçar, porque la falsa fortuna muchas vezes frecha y no hiere, y otras hiere y no frecha.

Créeme una cosa, Domiçio, que aquella parte de la vida es más peligrosa que el mucho descuido la haze segura. ¿Quieres ver esto ser verdad? Mira a Hércules, que escapó de tantos peligros por mar y por tierra, y después vino a morir a manos de una su amiga. Laomedón no peligró sobre Troya y matáronle en su casa. El muy venturoso Alexandro no murió guerreando toda la tierra y

acabóle un poco de ponçoña. El animoso Cayo César libróse de cinquenta y dos batallas, y después, assentado en el Senado, le dieron veinte y tres puñaladas. Asclipio, medio hermano de Pompeyo, no peligró que anduvo veinte años por la mar cossario, y después se ahogó sacando agua de un pozo. Diez capitanes que tuvo Scipión consigo en Áphrica, los quales por aquellas venturosas guerras sospecharás qué tales fuesen sus personas, por çierto burlando en una puente cayeron y todos iunctos se ahogaron. Drusio el Bueno, aviendo vencido a los parthos, el día de su triumpho yendo en el carro, cayó una teja que le hendió la cabeça, de manera que aquella gloria vana fue fin de su vida buena.

¿Qué más quieres que te diga? Bien sabes que a Luçía, mi hermana, teniendo una aguja en los pechos y un hijo en los braços, dando el niño una puñada burlando a la madre, por aquella parte açertó entrar el aguja por donde sacó el alma a la madre. Heneo Rupino, cónsul, destinado contra los germanos (el qual, aunque fue en nuestros tiempos, en esfuerço y armas no le sobrepujó alguno de los passados), peynándose sus canas el buen viejo, metiósele una brizna por la cabeça y hizósele una postema, por cuya ocasión se acabó su vida honrada por una ocasión tan pequeña.

¿Qué te paresçe, Domiçio, que como digo de estos pocos, te podría traer otros por exemplo infinitos? ¿Qué infortunio después de tanta fortuna? ¿Qué ignominia después de tanta gloria? ¿Qué desdicha después de tanta dicha? ¿Qué descante tan malo de muerte después de principio tan bueno de vida? Yo siendo ellos no sé qué me querría, pero ellos siendo yo, antes elegiría trabajosa vida y honrosa muerte que mala muerte y honrada vida. De mi paresçer, el que quiere ser hombre entre los hombres, y no bestia entre las bestias, deve trabajar mucho por bien vivir y muy mucho por mejor morir, porque al fin al fin la muerte mala pone dubda en la vida buena, y la muerte buena es escusa de la vida mala.

Ya te escreví en el principio de la carta que con estas humidades me maltractava la gota, y por satisfacer a tu deseo quisiera escrevirte más largo de mi propria mano. Dos días ha que pelean el amor que tengo y el dolor que me tiene. Mi voluntad te desea escrevir y mis pulgares no pueden la péñola tomar. El remedio de esto es que, pues yo no puedo lo que quiero como tuyo, quieras tú lo que yo puedo como mío. Mi Faustina te saluda, y con mis males no anda bien dispuesta. Hanle dicho que se te paresçe mucho la herida de la cara. Ay te embía un peso de bálsamo porque no se parezcan los puntos della. Si hallares almendras verdes y nuezes quajadas y nochizos de campo, Faustina te ruega se las embíes de este camino. Hállome con pocos dineros: ay te embió una ropa y a tu muger una saya. No más, sino que ruego a los dioses te den lo que yo deseo para ti y a mí den lo que tú deseas para mí. Y aunque por mano agena, escrivote de coraçón proprio.

CARTA VII

Embiada por Marco Emperador a Claudio y Claudina porque, siendo viejos, bivían a manera de moços. Es letra de notar

Marco del Monte Çelio, a vosotros, Claudio y Claudina, marido y muger, moradores en mi barrio, salud vos desea y esta carta vos embía.

Por çierto, amigos, que me sois en cargo, porque a todos los que vienen pregunto de vuestras personas y a todos los que van doy para vosotros encomiendas. Si de mí sois bien queridos, preguntadlo a vuestros coraçones; y si en vuestro pecho estoy por sospechoso amigo, yo me doy por condenado. El crudo olvido que puede causar mi absençia, espero que le desterrarán las muy buenas obras que resçebistes allá de mi persona. Si en alguna cosa hos he tractado mentira, en ninguna cosa hos pido me tractéis verdad; pero pues siempre hos fui buen vezino, si mi honra allá hos huviere menester, sedla buenos amigos. El que de coraçón ama, ni en absençia olvida, ni en presençia se descuida.

Cayo Furión, tan amigo mío como pariente vuestro, passando que passava a Alexandría, me dixo muchas cosas de allá de Roma, y entre las otras cosas fue una, la qual me causó mucha risa quando la oy y no menor lástima quando en ella más pensé. Algunas cosas luego luego tomamos en burla, que después, bien rumiadas, nos acarrear mucha pena. Dízenme que estáis muy viejos al pareçer de todos, y muy moços a juicio vuestro; y que assí hos vestís de nuevo como que huviédes de yr al tálamo; y quando hos honran por viejos hos mostráis muy enojados; y que en ver correr los pallios no sois vosotros los postreros; y que no ay liviandad en Roma que no se registre en vuestra casa; y assí hos dais a plazer como quien nunca espera pesares. Y finalmente, quando hos avíades de alçar a vuestra mano, entráis a soldada de nuevo al mundo.

Por çierto, amigos y vezinos, hablando con debido acatamiento, yo tengo gran vergüença de vuestra desvergüença, y no poca pena de vuestra mucha culpa. Muchas culpas ay que, aunque sean graves, el descante de sus disculpas las hazen leves; y otras, aunque sean pequeñas, por no les hallar corte de disculpa se hazen graves. Por los dioses hos juro que a vuestras culpas yo no hallo una ocasión con que las escuse, aunque veo hartas con que las condeme. Por eso, mandadme perdonar que, si no fuere tan recatado en el hablar, no es mucho, pues vosotros no lo sois en el bivar. Por çierto, yo no niego que tú, Claudio, no ayas sido muy suelto en tu persona, y tú, Claudina, muy hermosa en la cara, y que a tus fuerças tengan embidia muchos, y a tu muger deseavan para sí todos. Pero pregunto a la moçedad del uno y a la hermosura del otro: ¿qué tenéis de la vanidad passada y qué galardón esperáis en la estrecha sepultura? ¡O, bobos, bobos!, ¿y agora sabéis que buela el tiempo sin mover las alas, camina la vida sin alçar los pies, esgrime la fortuna sin mover los braços, se despide el mundo sin dezirnos nada, se consume la carne sin que nadie lo sienta, se passa nuestra gloria como si nunca fuera, y finalmente nos saltea la muerte sin llamar primero al aldava?

Por çierto es impossible de la sangre hazer nervios, de las venas hazer huesos, del despeñadero hazer camino, de lo possible hazer impossible, y de lo impossible hazer possible. Quiero dezir que ninguno piense que la flor muy verde de la iuventud no se ha de tornar marchita en la vejez. ¡O!, mundo, ¡y cómo eres mundo! Es tan poca nuestra fuerça y tan grande nuestra flaqueza, que tú lo queriendo y nosotros no te resistiendo, en el golfo más peligroso nos engolfas, y en las breñas más espesas nos emboscas, y por las sendas más çerradas nos descaminas, por los caminos más pedregosos nos adiestras. Quiero dezir que en los riscos de mayores favores nos enriscas, porque de allí con un puntapié después nos despeñes. ¡O!, mundo, en el qual todo es mundo: çinquenta y dos años ha que en ti nascí, en los quales todos nunca me dixiste una verdad y tométe en diez mill mentiras; nunca cosa te pedí que no me la prometieses; nunca cosa me prometiste que jamás tú me la dieses; nunca contigo tracté que no me engañases; jamás a ti me llegué que no me perudieses; nunca vi en ti cosa por que te huviere de amar; y todo quanto en ti

vía era digno de aborrescer. Y con todo esto no sé qué ay en ti, ¡o, mundo!, o qué falta en nosotros, tus mundanos, que si nos aborresces, no te sabemos aborrescer; si nos riñes, sabemos dissimular; si nos acoçeas, queremoslo suffir; si nos das de palos, queremoslo callar; aunque nos despides, no nos queremos ir; y lo peor de todo: queremos más servir a ti de balde y con trabajo, que a los dioses con premio y descanso.

Por los immortales dioses iuro que muchas vezes hago cuenta con mis años del tiempo passado, otras vezes rebuelvo mis libros para ver lo que he leído, y no menos alguna vez pregunto a mis amigos porque me den algún consejo, y es por saber en qué está esto que quiero dezir. Estando yo leyendo en Rhodas rhetórica, teniéndome allí Hadriano, mi señor, siendo de edad de veinte y un años, mi carne iuvenil no menos flaca que tierna, puesta en aquella primera vera, hallóse en soledad, y la soledad con la libertad olieron al mundo; y oliéndole, sentíle; y sintiéndole, seguíle; y siguiéndole, alcançéle; y alcançándole, asíle; y asiéndole, probéle; y probándole, gustéle; y gustándome, amargóme; y amargándome, aborreçíle; y aborreçiéndole, dexéle; y dexándole, tornóse; y tornándose, reçeíbíle. Y de esta manera, çinquenta y dos años de un pan hemos comido y en una casa hemos morado. Quando yo le vía bravo, servíale; quando él me vía triste, regalávame; quando yo le vía próspero, pedíale; quando él me vía alegre, engañávame; y así nos estamos hasta oy, sin él me despedir ni querer yo dél ser despedido.

¡O, mundo!, tienes tanto tino en tus desatinos, que nos traes a todos desatinados. Después que nos dexamos prender, jamás nos quieres soltar; si a dicha sacamos el pie del çepo, échasnos luego los grillos; y si acaso limamos los grillos, préndenos con las esposas. Quiero dezir que, aunque el camino sea estrecho, la senda fragosa, la iornada larga y la carne flaca, jamás están nuestros cuerpos sino cargados de viçios y nuestros coraçones llenos de cuidados. De una cosa estoy maravillado, y no puedo tomarme tino, y es ésta: sin que ninguno nos constriña, ni interesse alguno nos vaya, pudiendo ir por la puente, arrodemos por el vado; estando el vado seguro, nos aventuramos al golfo; estando el camino seco, nos ymos por los trampales; teniendo manjares de vida, buscamos ponçoña de muerte; iuramos de nos perder, pudiendo bien açertar; sin interesse cometemos la culpa, viendo venir con ella la pena. Y finalmente, porque nos tengan por buenos assestamos en el blanco de las virtudes y desarmamos en el terrero de los viçios.

Una cosa te quiero confessar, y aunque sea en infamia mía, por ventura en los siglos advenideros será en provecho ageno. En çinquenta y dos años de mi vida yo he querido probar todos los viçios de esta vida por ver si ay en qué se satisfaga la maliçia humana. Y después de todo esto visto, hallé que, quanto más como, me muero de hambre; quanto más bevo, tengo más sed; quanto más huelgo, más me quebranto; quanto más duermo, estoy desvelado; quando más tengo, estoy cobdiçioso; quanto más busco, mucho menos hallo; y finalmente, jamás pené por cosa que después no me empalagase y luego de otra appetito no tuviese. Ninguno piense mientras bive en la carne satisfazer a la carne. Poder podrá ella quitarnos la vida, mas nosotros no a ella su desordenada cobdiçia. Yo querría mucho saber de los dioses por qué hizieron finitos a nuestros días e infinitos a nuestros malos deseos. ¡O!, dioses crueles, ¿qué es esto? ¿Nunca avemos de passar un día bueno de vida, sino que en gustaduras de esto y de aquello se nos ha de passar la vida, y que sobre todo sea un sueño la vida y el despertador della sea la muerte? Sepan los que no lo saben que el mundo toma nuestro querer, y nosotros de voluntad se le queremos dar, y tomado nuestro querer, dél haze el nuestro no querer. Y porque no nos resabimos, loa que

loemos el tiempo passado, con tal que bivamos en el tiempo maldito presente. Para las virtudes ponemos buenos deseos, con tal que para los viçios se queden todas las nuestras obras.

Esto todo he dicho por vosotros, Claudio y Claudina, que quando de setenta años no queréis salir de la cárcel del mundo, teniendo los pies podridos de los grillos, ¿qué esperaremos de los moços de veinte y çinco años? Si no me engaña mi memoria, quando yo allá estava, teníades nietos casados y visnietas desposadas. Pues paréçeme a mí que, venidas las guindas, no deven ya tener sazón las çerezas; y quando se ençierra el mosto nuevo para los hombres, echan el borujo seco a los muradales. No penséis, amigos, que se suffre tener muchos nietos en casa y pocos años la persona, porque pocas vezes vemos flor y fruta estar iuncta, sino, quando tiene sazón lo uno, está marchito lo otro.

Estado he pensando entre mí qué es lo que vosotros podríades aver hecho para acortar los años y paresçer moços, y no sé otra razón sino que, quando casastes a Lamberta, vuestra hija, con Drusio, y a Macrina, la nieta, con Lamberto, que todos eran muy mochachos, y como hos sobrava edad y hos faltava hazienda, que les distes a cada veinte años de los vuestros en lugar de los dineros del dote. Y de esta manera descargásteshos de años propios y cargásteshos de dineros agenos. No menos me ha passado por el pensamiento que como paño corto en manos de texedor falso hos avéis puesto en tirador y percha para tirar y alargar la vida. Si fuédeses çerapez de çapateros blanda, que tirando se haze corteza, bien sería; mas vosotros no sois sino fruta de avellanos y muy livianos, que de fuera está muy seca y de dentro carcomida. Por el amor que hos tuve, y por la vezindad que me tuvistes, mucho quisiera, amigos, como hos cognosçí moços y muy moços, cognosçeros viejos muy viejos (no digo en la edad que hos sobra, sino en el seso que hos falta).

¡O, Claudio y Claudina! Hágohos saber que sustentar la moçedad, deshazer la vejez, y alargar la vida, y oxear la muerte no es en mano de los hombres que lo desean, sino en la de los dioses que lo dan, los quales según su iustiçia, y no nuestra cobdiçia, nos dan la vida por peso y la muerte sin medida. ¿Vosotros no sabéis que nuestra naturaleza es corrupçión de nuestro cuerpo, y nuestro cuerpo es mollidor de nuestros sentidos, y nuestros sentidos son alcaydes de nuestra ánima, y nuestra ánima madre de nuestros deseos, y nuestros deseos verdugos de nuestra iuventud, y nuestra iuventud atalaya de nuestra vejez, y nuestra vejez espía de nuestra muerte, y la muerte mesón de nuestra vida, en la qual la moçedad se nos va por pies y de la vejez no podemos huir cavalgando? Pregúntohos una cosa: ¿qué halláis en la vida porque hos contente la vida después de ochenta años de vida? O vosotros avéis sido buenos o malos: si buenos, no temáis ir a gozar con los dioses buenos; si malos, también desead la muerte porque no seáis más malos; y si no, iustamente hos pueden matar por iustiçia, ca el que en setenta años ha sido de mala vida no espere jamás su emienda.

Quando el gran Pompeyo y el animoso Julio Cayo se enemistaron y en muy crudas guerras civiles vinieron, en las quales a Roma infamaron y a sí mesmos perdieron, cuentan los *Annales* de sus tiempos que vinieron en favor de Julio los de Occidente, y en socorro de Pompeyo toda Oriente, entre los quales vinieron una gente bárbara, moradores a las otras vertientes de los montes Ripheos que corren a la India. Tenían estos por costumbre que, quando llegavan a edad de çinquenta años, hazían grandes hogueras de fuego y allí se quemavan bivos y se sacrificavan a los dioses, y aquel día los parientes y hijos hazían gran fiesta y comían las carnes medio

quemadas y bevían en vino los polvos de los huesos. Fue visto esto todo por los ojos de Pompeyo porque algunos cumplieron los çinquenta años en su campo.

¡O, siglo dorado, que tales hombres tuvo! ¡O, gente bienaventurada, que en todos los siglos advenideros dexaron de sí tal memoria! ¿Qué menospreçio de mundo, qué olvido de sí mesmos, qué acoçear de fortuna, qué açote para la carne, qué en poco tener la vida, quán en menos tener la muerte pudo ser mayor? ¡O, qué freno para viçiosos, qué espuelas para virtuosos, qué confusión para los que aman la vida y qué exemplo para no temer la muerte nos dexaron! Pues estos menospreçiavan la vida propria, por çierto bien es de pensar que no morirían por tomar hazienda agena.

De pensar que nunca ha de aver fin nuestra vida jamás ha fin nuestra cobdiçia. ¡O, gloriosa gente y diez mill vezes bienaventurada!, que, dexada la sensualidad y vençido el natural querer bivar, no creyendo a lo que víades, teniendo la fee en lo que nunca vistes (como quien no dize nada) fuistes a los hados a la mano, salístesle a la fortuna al camino, distes çancadilla a la vida, hurtastes el cuerpo a la muerte, ganastes honra con los dioses, no que hos alargasen más vida, sino que tomasen lo que hos sobraba de vida. Archagato, çirujano, y Antonio Musa, médico, y Esculapio, padre de la medicina, pienso que poco ganaran en aquella tierra. ¿Quién mandara aquellos bárbaros xaroparse a la mañana, tomar píldoras a la noche, serenar sueros, tomar ordiates, untar el hígado, hazer lavatorios, sangrarse oy y purgarse mañana, comer de una cosa y abstenerse de muchas? No es de creer que quien de balde buscava la muerte diera dineros por alargar la vida. Pues paréçeme que aquellos de çinquenta años, y vosotros de ochenta, si sois mayores en la edad, que a los menos seáis iguales en la cordura, y si no quisiéredes tomar la muerte dulce, a lo menos emendad la vida mala.

Acuérdome avrá muchos años que Fabriçio, nuestro vezino, me tenía armada una burla, de la qual, si vosotros no me desengañáredes, se me siguiera mucha deshonor; y, pues entonçes me hezistes tan buena obra, querríahoslo pagar en la mesma moneda. Hágochos saber, si no lo sabéis, pobres viejos, que estáis ya tales, que tenéis los ojos lagañosos, las narizes húmidas, los cabellos blancos, el oír perdido, la lengua torpe, los dientes caídos, la cara arrugada, los pies hinchados, las espaldas corcobadas y los pechos ahogados; finalmente, si supiese hablar la sepultura, como a caseros suyos hos podía pedir por iustiçia viniédeses a poblar su casa. Por çierto gran compassión es de tener a la iuvenil ignorançia, porque entonçes se le abren los ojos para cognosçer los infortunios de esta vida quando es tiempo ya de çerrarlos y entrar en la sepultura. Y de aquí viene que en vano a los moços vanos damos consejo, porque la iuventud es sin experiençia de lo que sabe, sospechosa de lo que oye, incrédula de lo que le dizen, menospreçiadora del ageno consejo y muy pobre del suyo proprio. Pero yo hos digo, Claudio y Claudina, amigos, que yo hallé sin comparaçión no ser tan mala la ignorançia que tienen de lo bueno los moços como la obstinaçión que tienen en lo malo los viejos. Malo es no saber lo que el hombre deve y puede saber, però muy peor es tener el saber del sabio y la vida del bruto. ¡O, cuitados de viejos, que olvidándohos a vosotros mesmos corréis por postas la vida y nunca miráis qué avéis de ser hasta que sois lo que no querríades sin poder tornar atrás!; y de aquí viene que lo que hos falta de la vida queréislo supllir con locura. Pues despertad los que en el sueño estáis ahogados, abrid los adormecidos los ojos, acostumbtrad bien a obrar los vagabundos, aprended lo que hos cumple los simples, y finalmente conçertahos de espaçio con la muerte antes que hos haga execuçión en la vida.

Çinquenta y dos años ha que me conosçen y conosco a los de este mundo, que jamás conosçí vieja cargada de tantos años, ni viejo tan podridos los miembros, que no tuviesen el coraçón sano para pensar ruindades y la lengua entera para dezir mentiras. Mirad, pobres viejos, parésçeme que, pues es passado el verano, alçéis con tiempo de heras; y si hos queda poco del día, hos deis priesa a tomar posada. Quiero dezir que si el día passastes en la mar con peligro, la noche de la muerte hos tome en puerto salvo. Las burlas passen por burlas y las veras tomemos por veras, conviene a saber: que si hos conosçimos moços atrevidos, hos vean ya todos viejos muy retraídos. Quando el cavallero passa la carrera, no le culpan que el cavallo lleve descrinadas las crines; mas, llegado ya a su puesto, justo es que adereçe su cavallo. Y no hos engañe lo que suele engañar a muchos, y es que por eso seréis tenidos porque tenéis muchos dineros. Bien creo yo que os seguirán muchos y hos ternán embidia todos, pero creedme, que al fin al fin la honra antes se da al moço pobre y virtuoso que al viejo rico y viçioso. Poder podrá el rico ser más tenido de pobres y acompañado de cobdiçiosos, mas el pobre y virtuoso será más amado y menos aborresçido.

¿Qué mayor confusión puede ser a la persona, ni igual afrenta a nuestra madre Roma, que ver por las plaças y cantones no menos ruar los viejos que se caen de podridos como los moços que agora çiernen para pámpanos? ¿Qué cosa es ver los viejos de nuestro tiempo componer las canas, hazerse a menudo la barba, traer el çapato muy iusto, la calça assaz estirada, la camisa muy descubierta, el pallio todo encarnado, la insignia de Roma muy esmaltada, argolla de oro a la garganta y tintinábulo en la ropa, nacre en los sombreros como griegos y perlas en los dedos como indios, de coco las ropas como histriones y largas como de flámines? Finalmente, lo que es peor de todo, que, quando la muerte los emplaza, responden que quieren servir de nuevo una dama. ¡O, cuántos y cuántos he conosçido yo en Roma que fueron muy estimados en la moçedad y después por estas liviandades la fama perdieron en la vejez, y lo peor de todo que ellos perdieron el crédito, sus parientes el favor y sus hijos el provecho.

Por çierto Gagüino Catón, del antiguo linaje de los Catones, fue en Roma *flamen dialis* çinco vezes, pretor tres, çensor dos, dictador uno, cónsul çinco vezes; como huviese sesenta y çinco años (passado el año climatérico) diose a servir a Rosana, hija de Gneo Curçio, dama por çierto moça y hermosa. Cresçióle tanto el amor y perdió tanto el sentido, que gastava quanto tenía en servirla y llorava como niño por verla. Aconteçió a la dama darle unas calenturas con hastío, y como dixese que comería de unas uvas y fuese tan temprano que en Roma no eran maduras, embió al Danubio por ellas a parte que avía más de mill millas; y como la cosa fuese sabida en Roma, y de la liviandad se diese notiçia en el Senado, mandaron los Padres Conscriptos que Rosana fuese con las vírgines vestales ençerrada y el viejo perpetuamente de Roma desterrado, y assí los hijos bivieron pobres y el padre murió infame.

Bien creo yo que, oýdo esto, avrá muchos que afeen el hecho del viejo enamorado y loen la sentençia del Senado. Pero también pienso que, si tantos moços tuviese Gagüino en su destierro como terná viejos enamorados imitadores de su exemplo, que no avría tantos hombres perdidos ni mugeres mal casadas. Pues lo mejor de esto es que los tales, quando son avisados de sus criados, reprehendidos de sus parientes y rogados de sus amigos, toman por escusa que son sino enamorados de burla.

Siendo yo moço y muy moço, no menos en el seso que en la edad, una noche, iuncto al Capitolio topé con un mi vezino, el qual me podía tener por nieto, y díxelo: «Señor Fabriçio, y vos ¿también enamorado?» Respondióme: «Señor Marco, hágolo por passatiempo.» Por çierto, yo me maravillé toparle a tal hora y me escandalizé darme tal respuesta. En los viejos de mucha edad y gravedad, las tales requestras no se pueden llamar amores, sino dolores; no passatiempo, sino perder tiempo; no burla, sino burlería, porque de los amores de burla se les sigue infamia de veras.

A ti, Claudio y Claudina, pregunto: ¿qué otra cosa sois los viejos y viejas enamoradas y polidos como vosotros sino pendón de taberna, adonde no ay sino vinagre, huevos muy blancos y de dentro hueros, herida sobresana que tiene muy gran fístola, píldora dorada y gustada es muy amarga; redoma quebrada con sobrescripto nuevo, buey de perdizes y es hombre encorado, tremedal elado adonde no ay passo seguro, portada nueva y de dentro toda caída; finalmente el viejo enamorado es cavallo de axedrez, que ayuda a perder el dinero, y no para sacar de peligro. Por çierto, el viejo vicioso y luxurioso no es sino como el puerro, que tiene las barbas blancas y las porretas verdes. Pues paréçeme a mí, si hos paresçiese a vosotros que sois viejos, vezinos y amigos míos, que no aguardéis a quebrar las alas al tiempo quando no es razón que aya pluma en ellas. Y no hos engañéis diziendo que para todo ay tiempo. Creedme, y lo que pudiéredes andar de día, no lo dexéis para la noche de la vejez, porque mal corta el cuchillo gastado el azero, y el que está abezado a carne mal se amaña a roer los huesos. Pues vengamos al remedio para remediar este daño, y sea éste: que si la casa carcomida se va ya a caer, la apoyemos, no con cuentos de madera, sino con una estrecha cuenta que avemos de dar, a los dioses de la vida y a los hombres de la fama. Y si la viña de todas nuestras virtudes está vindimiada, andemos si al que no, a la rebusca de la emienda. Y pues las cubas de nuestra cosecha se estragaron con nuestras malas obras, remostémosla con mosto nuevo de nuevos y buenos deseos. Son los dioses tan buenos de contentar, que los serviçios que les devemos por las merçedes que nos hazen, que si no podemos alcançar oro de obras, se pagan con cobre de buenos deseos. Finalmente digo que si tú, Claudio, y Claudina, offreçistes la harina de la iuventud a los viçios, offrezcáis agora los salvados de la vejez a los dioses.

Yo hos escripto largo, más de lo que tenía en mi pensamiento. Y porque a vosotros no tengan por covardes y a mí por atrevido, no curéis de esta carta dar parte a nadie en Roma. Saludarme heis a la vezindad toda; señaladamente a Drusia, honrada biuda. Ay embío dos mill sexterçios: daréis los mill a Gorbina, vuestra nieta, porque se los mande por un plazer que me hizo en una fiesta. Mi Faustina está mala: darás esos otros mill a las vírgines vestales porque rueguen a los dioses por ella. A ti, Claudia, embía mi Faustina una arca, y no sé, ¿por los dioses!, qué te embía en ella. Los dioses, pues sois viejos, hos den buena muerte, y a mí y a mi Faustina nos dexen hazer buena vida. Marco, vuestro vezino, hos escribe de su propria mano.

CARTA VIII

Embiada por Marco Emperador a Labinia, noble biuda romana, consolándola en la muerte de su marido

Marco del Monte Çelio, primero cónsul romano, destinado contra los dacos, a ti, Labinia, señora romana, muger de mi Claudino, el Bueno, te embía salud y consolaçión de los dioses consoladores.

Bien pienso que tu sospecha estava muy reñida con mi descuido por ver que a tus lastimosas llagas han acudido mis consolaçiones muy perezosas. Pero acordándome de tu nobleza, que no puede faltar, y tú de mi voluntad, que siempre te deseó servir, soy çierto que tu cordura quitará las marañas de tu sospecha, porque si soy el postrero en te consolar, fui y soy el primero en tus dolores sentir, y aún no seré el postrero para te remediar.

Puesto que la ignorança sea mate de virtudes y espuela para todos los viçios, también a las vezes el sobrado saber desassosiega los sabios y escandaliza los innoçentes. Mejor nos hallamos los latinos con la ignorança de los viçios que no los griegos con el conosçimiento de las virtudes. De lo que ignoramos, ni tenemos pena por lo alcançar ni dolor por lo perder. Dígolo porque he sabido lo que no quisiera saber, y es que son acabados los trabajos de Claudino, tu marido, y comiençan agora los de Labinia, su muger. Días avía que yo lo sabía y no lo quise descubrir, porque era crueldad a la que estava lastimada con absençia de tanto tiempo, por mi mano fuese muerta con la muerte de tan deseado marido, y aun porque no era razón de quien yo resçebí tan buenas obras de mí resçibiese tan malas nuevas.

Agora que ya sé que lo sabes, tengo la pena doblada. Hasta aquí sentía sola su muerte, mas agora siento su muerte y mi soledad y tu desconsuelo. Razón tienes de llorar, no por el que está con los dioses descansando, sino por nosotros, míseros, que quedamos en poder de tantos malos penando. ¡O, Labinia, muchas vezes entre mí me pongo a pensar quál lloraré primero: los malos que biven o los buenos que mueren, porque tanto lastima el mal que se halla como el bien que se pierde! Pena es muy grande de ver morir a los innoçentes, y por çierto no es menor pena ver bivar a los maliçiosos; mas de lo que neçessario ha de venir, quando viniere, dello no nos avemos de escandalizar.

Dime, Labinia, ¿y agora sabes que son de tan buena conversaçión los dioses adonde imos, y de tan mala los hombres con quien conversamos, que assí como los malos nasçen para morir, assí los buenos mueren para bivar, porque el bueno siempre bive muriendo y el malo siempre muere biviendo? Pues los dioses le llevaron para sí, no es mucho le quitasen de sí. Yo soy çierto que Claudino, tu marido querido y mi fiel amigo, viendo lo que tiene y acordándose de lo que escapó, quiere más lo de allá que tornar contigo acá. Por çierto, el remedio de las biudas está no en pensar la compañía passada, ni pensar en la soledad presente, sino pensar en el descanso que espera advenidero. Si hasta aquí penavas esperándole en tu casa, gózate agora que él te espera en la suya, porque mejor serás tractada tú entre los dioses, que no él acá entre los hombres. Y no consiento hagas tanto sentimiento, que parezca averle tú sola perdido, que pues todos le gozamos en la vida, todos tenemos obligaçión de llorar su muerte. Los coraçones lastimados, entre todos los dolores, el mayor dolor es ver que otros se alegran de sus dolores, y por el contrario el mayor alivio en los graves toques de la fortuna es ver que otros sienten sus trabajos. Todo lo que mi amigo llora por mí con sus ojos, y todo lo que siente de mis lástimas cargándolo sobre sus fuerças lo descarga de mis entrañas.

Augusto el Emperador, a las riberas del Danubio cuentan los *Annales* de su tiempo que halló una gente que tenía esta costumbre: como agora se casa marido con muger, assí se confederavan amigo con amigo, iurando por los dioses de jamás llorar ni tomar trabajo por sus infortunios, sino que, olvidados los de su persona, muriese por remediar los de su amigo; y por semejante el otro avía de hazer con él. ¡O, siglo glorioso! ¡O, edad bienaventurada! ¡O, gente de eterna memoria, en la qual eran los hombres tan columbinos y los amigos tan verdaderos, que, olvidando sus trabajos, lloravan los agenos! ¡O, Roma sin Roma! ¡O, tiempo mal espendido! ¡O, vida mal empleada! ¡O, descuido muy descuidado! Están oy las entrañas tan desentrañadas en lo bueno, y los coraçones tan asenderados y tan sin remedio en lo malo, que, olvidados los hombres ser hombres y tornados fieros salvajes, yo a fano por darte la muerte y tú mueres por quitarme la vida; tú lloras por verme reír y yo río por verte llorar, y sin provecho de ninguno nos perdimos, y solo por interesse holgamos de nos perder. A ley de bueno te iuro, Labinia, que si tu remedio estuviese en mi mano como tu dolor está en mi coraçón, ni a mí lastimaría tu lastimoso lloro, ni a ti la triste soledad del marido. Pero pues tu remedio y mi deseo no se pueden complir, porque con los muertos ni en los muertos no tenemos poder, pongámoslo en mano de los dioses, los quales saben mejor repartir que nosotros escoger.

Vemos por experiència en lo natural ay unas enfermedades que no las sanan palabras que nos dizen y sánanse con yervas que nos ponen, y por el contrario otras se sanan con palabras, dexadas las mediçinas. Esto digo porque los coraçones afflictos, hechos mar de pensamientos, algunas vezes se confortan con benefiçios hechos a su persona más que con palabras dichas a sus orejas; otras vezes el coraçón triste más se consuela con palabras de un amigo que con todos los serviçios del mundo. ¡O, triste de mí, que en todo esto estoy falto, considerando la grandeza de ti, tan honrada romana, y la poquedad de mí, Marco, cónsul del Monte Celio! Véome tan inhábile, que para consolarte no tengo sçiençia y para remediarte no tengo hazienda; pero téngote gran lástima, si lástima resçibes en cuenta.

No quiero pagar con papel y tinta lo que yo puedo hazer por mi persona, porque el hombre que consuela con palabra pudiendo remediar con obra, declárase aver sido amigo fingido en el tiempo passado y que le tengan por sospechoso amigo en el tiempo advenidero. Si hasta aquí me has tenido por vezino tuyo y pariente de tu marido, ruégote me tengas por marido en el amor, por padre en el consejo, por hijo en el serviçio y por abogado en el Senado. Y será de tal manera, espero, que dirás: «Lo que perdí en muchos hallé en Marco solo.» Y porque en los graves conflictos a do la maña se olvida, el iuyzio se altera y la razón se retira, tanta neçessidad ay de buen consejo como de mediano remedio. Claudino, ya muerto, fue mío, y yo Marco, bivo, soy tuyo. Pues como por tu meresçimiento me puedes mandar lo que quisieres, assí yo por el amor que te tengo te puedo rogar lo que te conviene.

Mucho te ruego esquives las estremidades de las biudas romanas, porque allende que en todo extremo aya viçio, las tales fatigan a sí, enojan a los dioses, pierden a los suyos y no aprovechan a los muertos, y aun ponen sospecha a los maliçiosos. Como Fulvia, muger del noble Marco Marçello, viendo enterrar a su marido en el campo Marçio, se arañase el rostro, messase los cabellos y se quebrase dos dientes, y a cada passo se cayese desmayada, teniéndola de los braços dos senadores porque más no se lastimase, dixo Eneo Flavo Censorino: «Dexadla, que ella quiere oy andar toda la iornada de biudez.» Y assí fue, que entretanto que se quemavan los huesos del noble Marçello, ella se estava conçertando con otro marido. Y lo que más fue de notar, que a uno

de los senadores que la llevaban de brazo, dio la mano como romana a romano de perpetuo casamiento. Fue el caso tan feo, y iustamente tan afeado de tantos, que afrentó a todas las romanas presentes y dexó sospecha de jamás en Roma creer a biudas.

No lo digo, señora Labinia, porque tú assí lo has de hazer, que por el dios Mars te iuro que ni el corazón de Marco lo sospecha, ni tu grande edad lo suffre, ni la autoridad de tan grave romana lo demanda. Mucho te encomiendo no olvides la honestidad que debes a romana y el retraimiento que se requiere en biuda, porque si te fatigare la soledad que sientes de los muertos, te consuele la buena reputación en que te tienen y ternán los bivos. No te quiero por agora más dezir, sino que tal sea tu fama entre todos, que a los malos echas freno para callar y a los buenos pongas espuelas para te servir; y si esto assí hizieres, pierde cuidado de lo que en el Senado huvieres de negociar. Mi Faustina te saluda y ha llorado por tu desdicha. Ay te embió unos dineros para que pagues tus acreedores. Los dioses que dieron descanso a Claudino, tu marido, den consolaçión a tí, Labinia, su muger. Marco del Monte Çelio te escribe de su propria mano.

CARTA IX

Embiada por Marco Emperador a un su muy querido amigo, por nombre Antígono, desterrado de Roma a la isla de Siçilia, consolándole en un triste caso que le acaesçió

Marco, pretor romano, edil çensorino, collega en el Imperio, a ti, Antígono, el desterrado, embía salud de su parte y buena esperança del Senado.

Estando en Campania me contaron tu triste caso, y agora en el templo de Iúpiter me dieron tu lastimosa carta. Siento tanto tu sentimiento, y lastímanme tanto tus lástimas, que assí como tú estás apartado de tus vezinos, assí estoy yo desterrado de mis sentidos. Lloro agora por ti lo que tú en mis trabajos lloraste por mí, y siento por ti lo que sentiste por mí, porque a los amigos afflictos devemos dar remedio a sus personas y consolaçión o compassión a sus coraçones. A ley de bueno te iuro, mi Antígono, que en este caso ni he sido ingrato de lo antiguo, ni crudo en sentir lo presente.

Como leý los ringlones de tu carta, ni pude tener las manos que no temblasen, ni la cara que no se demudase, ni el corazón que no sospirase, ni los ojos que no llorasen, por ver que es muy poco lo que me embías a pedir, y yo soy muy menos por no te lo poder embiar. El mayor infortunio de los infortunios es quando el hombre puede poco y quiere mucho, y la mayor fortuna entre todas las fortunas el hombre que quiere poco y puede mucho. En esto veré si nuestra amistad has dado en olvido: en que aventuras tú de mí una vez lo que yo confié de ti muchas vezes. Bien sabes que las mocedades de mi moçedad todas las descargava de mi corazón y las cargava en tu paresçer y juicio. Pues iusta cosa es que tus trabajosos trabajos los descargues de tu voluntad y los cargues a mi corazón. Y de esta manera verás y verán, oyrás y oyrán que no son tan cortas mis manos para tu remedio, quanto son largas mis lágrimas en llorar tu daño.

Pues viniendo al caso tuyo desastrado, házesme saber cómo los dioses te llevaron una hija, y el monstruo o terremoto te derrocó tu casa, y el Senado dio contra ti una sentencia en que te tomó la hazienda y desterró la persona. Assí los dioses sean conmigo mansos como han sido contigo

cruels: pienso es tan grande el espanto que mi espíritu ha concebido acá, como la pérdida que tú y tu muger avéis sentido allá. Y si no sabes de qué, oye, que yo te lo diré. No me espanto yo del monstruo que espantó a las gentes, ni del terremoto que derrocó las casas, ni del fuego que quemó los cossarios, ni de los dioses que permiten tales cosas; mas espántome que aya tantas maldades en ti y en tus vezinos por las quales iustamente mereçíades tan horrendos y tan crudos castigos.

Créeme una cosa, Antígono, y no dubdes: que si los hombres biviesen como hombres en que no se desmandasen de la regla de sus costumbres naturales, siempre los dioses harían como dioses en no salir de madre para darnos crudos castigos por mano de monstruosos animales. Por çierto iusto y iustíssimo es a los brutos los castiguen con otros brutos, y a los monstruosos con otros monstruos, y a los que offenden con estrañas culpas los lastimen con estrañas penas. Diréte una cosa que te pareçerá nueva, y es que más offenden los malos en la infamia que ponen en los dioses por la pena que les dan, que no por las maldades que contra ellos cometen. Como los dioses naturalmente sean piadosos y de esto tengan fama, si nosotros fuésemos siempre buenos, ellos siempre serían piadosos; mas como siempre somos malos y nuestras enormes obras merezcan enormes castigos, los simples llaman a los dioses cruels desde veen sus castigos públicos y no veen nuestras maldades secretas. Pues razón tienen los dioses de quexarse, porque nosotros con nuestras culpas los infamamos y los otros por nosotros de cruels son infamados. Infallible regla es que nunca los dioses piadosos se estremen en estremados castigos si primero los hombres viçiosos no se estremen en estremados vicios.

En el tiempo que Camillo estava desterrado en Capua y los gallos posseýan a Roma, Lucio Claro, cónsul, fue embiado por el Senado al oráculo de Apollo a pedir consejo, qué haría el Pueblo romano para librarse de tan gran peligro, y estuvo allí el cónsul quarenta días dentro del templo puesto de rodillas delante Apollo, offreçiendo sacrificios muy estraños y derramando lágrimas suyas propias, y jamás pudo aver respuesta, y assí no con poca afrenta se tornó a Roma. Entonçes acordó el Sacro Senado que fuesen de cada templo dos flámines, los quales como estuviesen postrados en tierra, díxoles Apollo:

Assí como un prinçipio corresponde a otro prinçipio y un medio a otro medio, no hos maravillés si con los estremados en el pedir yo me muestre estremado en el responder. Vosotros, los romanos, después que hos faltan los hombres venís en busca de los dioses, y por esta ocasión ni nosotros hos queremos dar los buenos consejos quando los avéis menester, ni permittimos los hombres hos favorezcan quando los es a buscar. Mirad, amigos, no por los sacrificios que agora me avéis offreçido, sino por la amistad que con vuestros padres tuve en el tiempo passado, hos quiero descubrir un secreto, y es éste: que diréis de mi parte a los romanos de Roma siete cosas.

La primera es: nunca hombre dexó a los dioses por otro hombre, que los dioses y el hombre en la mayor neçessidad no se desamparasen a ese hombre mísero. La segunda es que más les valdrá tener de su parte a uno de los dioses inmortales que están en el çielo que a todos los hombres mortales que están en el mundo. La terçera es: se guarden mucho enojar a los dioses porque más les dañará la yra de un dios que la enemistad de todos los hombres. La quarta es que nunca los dioses olvidan una vez al hombre sin que primero los dioses sean olvidados diez mill veces de los hombres. La quinta es: nunca los dioses permiten uno sea perseguido de un malo sin que él primero aya perseguido algún bueno, y por eso agora vosotros sois acoçeados de los Gallos

extrangeros, porque perseguistes y desterrastes a Camillo vuestro natural. La sexta es que, si los hombres quieren tener propiçios y favorables a sus dioses para la guerra, sírvanlos primero en tiempo de la paz. La séptima es que nunca los dioses piadosos embían para algún reyno algún estremado castigo, sino por muy estremadas maldades cometidas en ese reyno.

Y diréis más al Senado. Yo no quise a Lucio Claro responder porque a tan mal hombre como es él, al su dios Apollo por embajador no le avían de embiar. Tomad los romanos de mí este consejo, y si mal hos halláredes, no toméis de mi otro. A embaxadas estrañas embiad los más eloqüentes; en el vuestro famoso Senado poned los hombres más sabios; vuestros exércitos cometed a los capitanes más esforçados; y a vuestros dioses embiad siempre los hombres más innoçentes. Nunca los dioses iustos amansarán su yra contra los hombres iniustos, si aquellos que se lo ruegan no son muy inocentes, porque vaso suzio no se lava sino con agua limpia, y de manos suzias mal saldrá vasija limpia. Son los dioses tan iustos, que aun las cosas iustas no quieren darlas sino por mano de hombres iustos. Finalmente digo que, si queréis echar a los gallos enemigos de vuestras tierras, echad primero las passiones de vuestros coraçones. Tened por verdad que jamás los dioses echaremos a los enemigos vuestros de Italia, hasta que Camillo con todos los innoçentes desterrados sean tornados a Roma. Por cierto las guerras crudas que permiten los piadosos dioses en los tiempos presentes no son sino un açote o castigo de las culpas passadas para lo que los malos hizieron a los innoçentes en muchos días, después por mano de otros los paguen en un día.

Esta respuesta dio Apollo a los flámines que fueron a él desde Roma, las quales cosas todas pusieron tanto espanto en el Senado como allá en Tinacria puso a vosotros el monstruo. Acuérdome que en el libro *De las respuestas de los dioses*, entre los *Annales* del Capitolio las hallé, el qual libro el primero día de cada mes se avía de leer por un senador delante todos los senadores en el Senado. Pues ¿qué te paresçe, amigo, cómo habló el dios Apollo? Y si no quieres creer a mí, que soy tu amigo, cree a Apollo, que es tu dios. ¡O, Antígono!, mira, mira cuán desplomados están los juizios de los hombres vanos de los juizios de los dioses, que son muy occultos, y donde hablan ellos todos avían de callar, porque más vale un consejo de los dioses dado de burla que todos los consejos de los hombres dados de veras.

¿Y de dónde piensas que viene esto? Oye, que yo te lo diré. Son los dioses tan buenos en toda bondad y tan sabios en toda sabiduría, y nosotros somos tan malos en toda maldad y tan simples en toda simpleza, que ellos, aun queriendo errar, açiertan porque son dioses, y nosotros, queriendo açertar, erramos porque somos hombres.

En esto veo cuán indómrito animal es el hombre, y cuán enteros en sus voluntades son todos los mortales, que quieren más perderse siguiendo su paresçer proprio que no ganarse por consejo ageno. Y lo peor de todo, que para el mal tienen tal brío, que no ay freno que los enfrene, y para el bien son tan covardes, que no ay açote que los mueva adelante. Quéxaste de los dioses piadosos, quéxaste del Senado Sacro, quéxaste de la fortuna rixosa: tres cosas son que qualquiera dellas de una pedrada te quitaría la vida y te enterraría la fama. Quánto más, aviéndote cada uno tirado por sí, y apedreándote agora todos iunctos. Grandes competidores has tomado, yo no sé qué tal será tu esfuerço.

Quiérote contar algunas fuerças y esfuerços que tuvieron los varones antiguos, y por ellas veremos las que tenéis los de estos siglos. El compañero de Scipión Nasica se tomó con una serpiente en las montañas de Egipto, la qual, después de muerta y desollada, su cuero fue medido en el campo Marçio y tenía çiento y veynte pies en largo. Hércoles el Thebano provó sus fuerças con la Hidra y, cortándole una cabeça, salían siete cabeças. Milón el gigante, por exerçitar sus fuerças tenía por costumbre cada día alcançar un toro por sus pies, el qual tomado, echávale a cuestras, y salido a la plaça hazía grandes apuestas de correr tanto con el toro como otro [263] mançebo desnudo. Y lo que era más de maravillar, que de una puñada matava al toro, y el mesmo día se le comía todo.

En el monte Olympo Çerastes, gigante de naçión griego, luchó con más de çinquenta mill hombres, y jamás ninguno le pudo derrocar; y si Homero no nos engaña, de este gigante tan nombrado y de este hecho tan famoso quedó de quatro en quatro años ir de todas las naçiones del mundo a luchar al monte Olympo, y de aquí desçendió el cuento de contar por olympiadas.

En el segundo Bello Púnico, entre los captivos de la triste Carthago, truxo Scipión uno que era mauritano, varón assaz estremado en fuerças y feroz en el aspecto; y, çelebrándose unos espectáculos en Roma muy famosos, en que se corrían innumerables animales, aquel captivo saltó en el cosso y mató dos ossos y luchó con un león por gran espaçio. Finalmente, aunque quedó lastimado de sus uñas, al león ahogó con sus manos. Fue cosa por çierto monstruosa de ver, y paresçe agora increíble para contar.

En el año quatroçientos y veinte de la fundaçión de Roma, Curio el desdentado, assaz capitán famoso, viniendo de Tarento contra Pyrrho (Rey de los epirotas, éste fue el primero que truxo quatro elephantes a Roma el día de su triumpho), y como hiziesen un teatro donde cabían treinta mill hombres para ver correr los elephantes, al mejor tiempo quebró el tablado y mató más de çinco mill romanos. Aconteçió que entre ellos estava un numantino, el qual sustentó sobre sus hombros un tablado con más de trezientos hombres hasta que a él y a ellos fueron socorridos.

Cayo César, siendo mançebo y andando huyendo de los sillanos (porque era mariano), estando entre los rhodos ganava de comer haziendo desafíos de correr cavallos atadas las manos atrás. Era cosa monstruosa de ver, según cuentan los *Annales*, que assí hazía parar el cavallo apretando las rodillas, como tirando al cavallo de las riendas.

En el año quinto décimo que el capitán de los penos entró en Italia, nuestros antiguos padres embiaron al reyno de Phrygia por la diosa Berecinta, madre de todos los dioses, la qual, como llegase al puerto de Hostia la nao en que venía, encalló en un sable, y por espacio de quatro días treinta mill hombres que venían en la armada no la pudieron mover. Acaso vino una virgen de las vestales, Rea, y con su çinta ató la nao, y tan fácilmente la sacó a tierra como se saca el lino del çerro para hilar a la rueca.

Y porque creamos lo que oýmos en tiempos passados por lo que vimos en tiempos presentes, acuérdome que, viniendo de Dacia, Hadriano, mi señor, çelebró en Roma unos espectáculos en que avía más de dos mill fieros animales, y la cosa más notable que vimos fue un cavallerizo suyo natural de las riberas del Danubio que entrava ençima de un cavallo tan denodado en el

coso y hacía tanto estrago en los animales, que así huían dél los pardos, leones, ossos, onças, elephantes, renoçerontes como nosotros huimos dellos, y más mató el solo dellos que ellos solos mataron de los hombres.

Estas cosas tan espantables te he contado porque todos no me tienen tan espantado como tú solo en verte hazer armas y competir con los dioses con el Senado y con la fortuna. Tres gigantes son en todo esfuerço esforçados y en toda dicha dichosos, y tales que mandan a los que mandan a todos. Los dioses por su natural poderío ençierran las furias y rigen las estrellas. El Senado con su iustiçia vençe los reynos y reprime los tyrannos. La fortuna con su tyrannía toma a los que la dexan y dexa a los que la toman; honra a los que la desonran y castiga a los que sirven; a todos engaña y a ninguno desengaña, promete mucho, no cumple nada; su cantar es llorar y su llorar es cantar; a los muertos entre gusanos y a los bivos con infortunios; a los presentes acoçeando y a los absentes amenazando; todos los cuerdos se le rinden sino tú, loco, que le hazes rostro.

De una cosa estoy muy espantado de ti: quexarte del Senado no me maravillo, porque al fin son hombres y pueden errar como hombres; aunque de verdad en las cosas de tu iustiçia avían de ser más que hombres. Quexarte de la fortuna no me maravillo tampoco, porque al fin la fortuna es fortuna, y entre los mortales desde todos los siglos es muy antigua querella, y quanto formamos mayores quexas, tanto ella nos hiere con mayores heridas. Escandalízome yo que, siendo tú uno de los romanos, te quexas de los dioses como si fueses uno de los bárbaros. No tenemos tanta fama los romanos entre todas las naçiones por los muchos reynos que hemos vençido como por los grandes templos, serviçios y sacrificios que a nuestros dioses avemos hecho.

Quéxaste que los dioses te derribaron la casa con el terremoto y te mataron la hija compañera de tu destierro, y todo en un día. ¿Y no traes a la memoria las offensas que tú contra ellos cometiste en muchos años? ¡O, mi Antígono!, oye, oye, ¿y tú no sabes que de nuestros pleitos malos salen sus sentençias buenas? ¿Y tú no sabes que nuestras enormes obras no son sino un despertador de su muy recta iustiçia? ¿Y tú no sabes que sus fieros castigos no son sino una presa que represa las grandes avenidas de nuestros iuveniles deseos? ¿Y tú no sabes que no es nada lo que los dioses castigan en público con lo que dissimulan secreto? ¿Y tú no sabes que al fin los dioses son dioses y los mortales son mortales, y que más bien nos hazen ellos en un día que nosotros a ellos serviçios en çien mill años? ¿Y tú no sabes que el menor mal de mano de los dioses piadosos es más bien que todo el bien que nos puede venir de mano de los hombres crueles? ¿Pues de qué te quexas?

Mucho te ruego que calles, y pues estás entre estrangeros, suffre, y siquiera por la honra no deshones a los dioses de los romanos. Porque los hombres iniustos su mayor iniustiçia es hablar mal de los hombres iustos, ¡quánto más de los dioses iustíssimos! Por çierto, como dize Çiçerón, la mayor falta en un bueno es aprobar lo malo por bueno, y la mayor maldad en un malo es condennar lo bueno por malo. ¿Y tú no sabes quánto son iustos los dioses? Por çierto ni tuerçen por ruegos, ni afflojan por amenazas, ni se engañan con palabras, ni se corrompen con dones. Grande devía ser tu offensa, pues la tierra por los dioses tomó la vengança, y la hija innoçente pagó la culpa del padre pecador.

¡O, Antígono!, ¿y tú no sabes que los dioses en todas las cosas pueden obrar según su paresçer y querer sino en la iustiçia, que como son dioses de todos la han de igualar con todos? ¿Y tú no

sabes que si su bondad los obliga a pagarnos por lo bueno, no menos su iusticia les costringe a castigarnos por lo malo? ¿Y tú no sabes que es uso muy usado y iusticia muy iustissima el que de su voluntad se fue a la culpa contra su voluntad le traigan a la pena? Esto digo: que o tu hija dexó de hazer algún bien público o hizo algún mal secreto, pues a la moça la vida y al padre la hija quitaron por castigo de unos y exemplo de otros.

En el fin de la carta me parece te quejas ser mayor la pena que te dieron los hombres que no las offensas que heziste a ellos y a los dioses. Si esto es assí, mi Antígono, no pesar, sino plazer; no tristeza, sino alegría avías de tener. Y por los dioses immortales te iuro yo trocarse mi libertad por tu captiverio, y la estada de Roma por el destierro de Tinacria. Yo te diré por qué. Aquél es honrado entre los honrados al que la fortuna abate no teniendo culpas, y aquél es infame entre los infames al que la fortuna ensalça no teniendo méritos, porque la infamia no está en la afrenta que nos hazen los hombres, sino en la culpa que cometimos a los dioses. Y por semejante la honra honrosa no está en las dignidades que tenemos, sino en las buenas obras con que las mereçimos. Y de aquí viene ser muy verdaderas las palabras que traía escriptas el onzeno Emperador de nuestra Roma al derredor de un anillo en que dezían assí: «Más honrado es el que mereçe la honra y no la tiene, que el que la tiene y no la mereçe.» Palabras fueron muy notadas y como de alto varón dichas.

Pues tornando al propósito, si te quexases de los agravios que hazen hombres a hombres y dexases a los dioses, no me maravillaría. Porque assí como los dioses jamás hazen cosa iniusta, assí los hombres apenas hazen cosa iusta. Nota esto que te quiero dezir, y nunca lo debes olvidar. En el Senado dan la pena pública y pregonan la culpa, de manera que con la pena nos lastiman y con la culpa nos infaman. Los dioses más piadosos son, que, aunque nos dan la pena, dissimulan callando la culpa. ¡O, mi Antígono!, si los dioses sacasen a las plaças las torpedades y vilezas que cometemos por los ascondrijos y callejas, créeme y no dubdes que a muchos dan la vida los dioses que se la quitarían los hombres. Y en esto paréçeme, si a ti te paresçiese, y querríalo, si tú quisieses, que pues los dioses te suffrieron los males que heziste secretos, tú les suffras los castigos que te han dado públicos. Porque de otra manera, pensando sacudir la pena, quedarás cargado de infamia.

Hete escripto tan largo porque tengas en qué passar tiempo. Por çierto, el mayor alivio para aliviar los trabajosos trabajos es exerçitar el vagabundo coraçón en algunos buenos exerçicios. No te quiero más escrevir por agora, sino que a lo que toca en tu destierro: créeme te seré buen amigo en el Senado. Aý te embío a Panuçio, mi secretario. Darás tanto crédito a sus palabras como a estas mis letras. Llévate unas ropas que vistas, y unas gajas que gastes, y sobre todo mi coraçón y voluntad con que te consueles. Salud, paz y buena vejez sea contigo, Antígono, y la ira de los dioses y la rixosa fortuna se aparte de mí, Marco. Mi casa, muger y hijos te saludan como cosa tuya: a toda tu familia nos saludarás como a cosa nuestra. Aunque la meitad de la carta no va de mi mano, consuélate que mi coraçón es todo tuyo. Ya sabes que en la guerra de Daçia fui en la mano gravemente herido, y en tiempos húmidos estomésceseme un dedo. Sea lo que fuere, acabo no acabando de ser siempre tuyo.

CARTA X

Embiada por Marco Emperador al mesmo Antígono, en la qual habla de los iuezes crueles, y en ella pone cosas notables

Marco, el enfermo, a ti, Antígono, el desterrado, desea salud para sí y descanso para ti.

Por huir los enojosos calores de Roma y por passar unos libros hebreos que me truxeron de Elia, me vine aquí a Samia. Harta priesa me di en las jornadas, pero todavía en la aldea de Salon me alcançaron las calenturas. A veinte días de quíntilis resçebí la segunda letra tuya, y a la mesma hora acudía la quarta calentura mía. No me paresçe que tenemos buena mano, porque ni mi carta tan prolixa quitó a ti los trabajos, ni tu letra tan breve quitó a mí las calenturas. Agora que se va entibiando el sentimiento que huve de tu trabajo y arde más el deseo que tengo de tu remedio, querríate dezir algo, pero hallo que la consolaçión que tú has menester yo no la puedo dar, y la que yo puedo dar tú no la has menester. En las leyes de los rhodos me acuerdo que hallé estas palabras: «Mandamos que ninguno sea osado a dar consejo sin que dé remedio, porque las palabras al que está afflicto consuélanle poco quando no remedian algo. (Y dezía más.) El coraçón lastimado más descansa contando sus males propios que no oyendo consolaçiones ajenas.»

Dizes por tu carta que los çensores son muy rigurosos en ese reyno, y que por eso está toda esa naçión muy mal con el Senado. Bien creo yo que les dan ocasión a ello, porque los hombres descomedidos hazen los ministros de iustiçia ser muy rigurosos, mayormente los de esa isla, de los quales dize el antiguo proverbio: «Todos los insulanos son malos, pero los sículos peores que todos.» Están oy tan apoderados los malos en sus maldades, y tan arrinconados los buenos con sus virtudes, que si no hubiese un poco de brío en la iustiçia, los malos poseerían el mundo y los buenos se acabarían muy presto. Pero al fin, considerando quán inhábiles nascimos, y de quántos males estamos çercados, y a quántas miserias somos subiectos, no me maravillo de las humanidades que cometen los humanos; pero escandalízome de las crudas iustiçias que hazen nuestros çensores, no como hombres romanos, sino como crueles tyrannos.

De una cosa estoy muy espantado y quasi ageno de mi juicio: que, siendo naturalmente y de derecho la iustiçia de los dioses y siendo ellos los offendidos, se quieren llamar piadosos, y nosotros teniendo la iustiçia emprestada y no siendo offendidos, nos gloriamos de ser llamados crueles. De manera que los dioses, perdonando sus proprias iniurias, quedan con fama de clementes y nosotros, castigando las iniurias ajenas, baratamos renombre de tyrannos. Por çierto no es hombre entre los hombres, ni humano entre los humanos, sino bruto entre los brutos y salvaje entre los salvajes el que, olvidándose que es de carne, sin piedad lastima otra carne, no considerando que los dioses le hizieron manso animal de naturaleza y se tornó fiera serpiente por maliçia.

En el año duodécimo de la fundaçión de nuestra madre Roma, Rómulo, el primero rey della, embió un edicto a todos los lugares y reynos comarcanos, que eran volscos, samitas, ethruscos, capuanos, tarentinos y albanos, para que todos los desterrados afflictos y perseguidos en sus reynos viniesen a Roma, que ay serían resçebidos y amparados. Si los *Añales* de nuestros mayores no nos mienten, más vezinos tuvo Roma en diez años que Babilonia ni Carthago en

çiento. ¡O, glorioso el corazón de Rómulo que tal inventó, y gloriosa la lengua que tal mandó, y gloriosa la patria y la çiudad que sobre clemençia y piedad se fundó!

Revolviendo los *Annales de la Casa Numantina*, hallé muchas cartas de muchos reynos de Oriente embiadas que començavan assí: «Nós, el Rey de los parthos en Asia, a los Padres Conscriptos de Roma, y al Pueblo venturoso de Italia, y a todos los de su Imperio que tienen nombre de romanos y sobrenombres de clementes, salud a las personas embiamos, y paz y tranquilidad para vosotros y nosotros a los dioses pedimos.» Pues mira qué título tan glorioso de clementes tenían nuestros primeros romanos, y qué exemplo de clemençia dexaron para todos los emperadores advenideros. Ten una cosa çierta, que los çensores o ministros de iustiçia que, olvidada la piedad de los romanos, se tornaron crudos como bárbaros no los terná por naturales hijos, sino por crudos enemigos; no por augmentadores de su república, sino por infamadores y ladrones de su clemencia.

Siendo yo de edad de treinta y siete años, en la isla de Cethin, que agora es Chipre, tuve un invierno y ay allí un monte que se llama Archadio, en el qual sobre quatro columnas está un sepulchro de un rey muy famoso en vida y piadoso en clemençia, y como me dixesen que tenía unas palabras en derredor escriptas en letras griegas, fui allá por ver tal antigüedad, y las letras dezían esto:

Yo para mí siempre tomé este consejo:

Lo que pude hazer por bien, nunca lo hize por mal.

Lo que pude alcançar con paz, nunca lo tomé por guerra.

Los que pude vençer por ruegos, nunca los espanté con amenazas.

Lo que pude remediar secreto, nunca lo castigué público.

Lo que pude corregir con avisos, nunca los lastimé con açotes.

Lo que castigué en público, primero lo avisé en secreto.

Y finalmente, jamás castigué una cosa sin que primero no hubiese perdonado quatro.

Yo tengo dolor por lo que castigué y gran alegría por lo que perdoné.

Porque nascí como hombre, mi carne comen aquí los gusanos; y porque bivi como virtuoso, descansó mi espíritu con los dioses.

¿Qué te paresçe, amigo, qué epitaphio es éste y qué tan gloriosa devía ser su vida, pues tan immortal está oy su memoria? Assí los dioses me ayuden en lo bueno y me aparten de lo malo: no tengo tanta embidia a Pompeyo con su Elia, ni a Cayo con su Gallia, ni a Scipión con su Áphrica, como al Rey de Chipre en su sepultura, porque más gloria tiene él allí en aquella montaña siendo muerto que ellos tuvieron, tienen ni ternán con todos sus triumphos en Roma siendo bivos. Yo no digo que los malos y los males no sean castigados, porque sin comparación es peor el que favoresçe el mal que no el que le comete, como lo uno proçeda de la flaqueza y lo otro de malicia. Pero parésçeme a mí, y aun a todos los sabios, que pues la culpa nos es natural y el castigo no sino voluntario, assí se temple el rigor de la iustiçia, que los ministros muestren compassión y no vengança, y los culpados tengan ocasión de emendar la culpa passada y no vengar la iniuria presente.

¡O, cuántos lugares y reynos han sido perdidos no por los males que los malos en ellos cometieron, sino por las desafortadas iustiçias que los ministros de iusticia executaron! Y

pensando con su rigor corregir los daños passados, despertaron escándalos nunca oýdos. Quando el príncipe embía a uno con cargo de iustiçia, deve dezirle estas palabras, las quales son de Augusto a los gobernadores de Áphrica:

«Amigo, yo no te confío mi honra, ni te cometo mi iustiçia para que seas émulo de inocentes y verdugo de peccadores, sino que con la una mano ayudes a los buenos ha se tener y con la otra ayudes a los malos ha se levantar. Y si quieres saber mi intençión, yo te embío para que seas ayo de huérfanos, abogado de biudas, socroçio de heridos, báculo de çiegos y padre de todos. A mis enemigos alabando y a mis amigos regalando, de tal manera seas todo para todos que a fama de piadoso los míos huelguen de estar y los estraños de me venir a servir.»

Ésta fue una instrucción que embió Augusto a un gobernador suyo porque le hizieron relaçion cómo era algo cruel en aquel reyno. Y por çierto fueron las palabras pocas, pero muy compendiosas, y oxalá en los coraçones de esos nuestros iuezes estén escriptas.

Dizes que está muy desasosegada esa isla por los çensores o iuezes della. Enojoso trabajo es por mano del iniusto resçebir iustiçia, pero esto es insufrible: el que con sus tyrannías tyranniza mucho y a muchos, no con la vida que haze, sino con la autoridad que tiene quiere corregir a todos. El hombre bueno, para ser buen çensor, la autoridad de su offiçio que le dio su príncipe ha de tener por açesoria y su buena vida por prinçipal, de tal manera que la rectitud de su iustiçia y lo agrio que sienten los malos en la execuçion della assí lo temple con su cordura que todo tenga autoridad por la pureza de su vida. Gran bien es para la república y gran consolaçion para el que lastima con pena quando el mísero castigado no vee ni ha visto cosa en el que castiga por donde el tal merezca el mesmo castigo. Y por el contrario, gran poquedad es del príncipe que lo manda, y gran infamia de la república que lo consiente, y gran afrenta del iuez que lo executa, quando a un mísero por ser mísero o a un pequeño por ser pequeño le dan más pena por una poquedad que cometió en un día que dan a un grande siendo grande por muchas tyrannías que cometió en su vida, las quales son tantas y tales, que pervierten a la república, escandalizan al mundo y desautorizan a su persona.

En el año terçero que el gran Pompeyo tomó a Elia, que agora es Hierusalem, estando en ella por adelantado Valerio Gracco, vino un hebreo o judío (según cuentan los *Annales* de aquel tiempo) al Senado a quejarse de los agravios que se hazían en aquella tierra. Al tiempo de dar su embaxada, en nombre de toda su provinçia dixo estas palabras:

¡O, Padres Conscriptos! ¡O, Pueblo venturoso! Vuestros venturosos hados lo permitiendolo y nuestro Dios a nosotros nos desamparando, Hierusalén, señora de toda la Asia y madre de los hebreos, fue hecha sierva de Roma y de sus romanos. Por çierto, grande fue la potencia de Pompeyo, y mucha la mucha de sus exércitos para tomarnos, pero yo hos digo que fue mayor la ira de nuestro Dios y sin comparaçion la muchedumbre de nuestros pecados por la qual mereçimos perdernos. Quiérohos hazer saber una cosa, y pésame que no la provastes los romanos por experiençia, y es ésta: que es tan bueno nuestro Dios, que si entre nosotros hubiera diez iustos con çinquenta mill malos, o fuera uno tan bueno que por él se perdonaran tantos malos, viérades los romanos como vieron los egypticos cuánto podía más nuestro Dios solo que todos los dioses vuestros iunctos. Por çierto, quanto nosotros fuéremos peccadores, tanto vosotros seréis nuestros señores, y quanto durare la ira del Dios de los hebreos, tanto durará la potencia de

los romanos. Porque en este caso yo siento uno y vuestra secta tiene otro, y ni hos tengo de tornar al culto de un dios, ni vosotros a mí al de muchos dioses, quiero dexar esta materia para el dios con cuya potencia fuimos criados y de cuya bondad somos regidos.

Tocando el caso de mi embaxada, ya sabéis cuánta paz ha tenido Roma con Judea y Judea con Roma. Nosotros a vosotros en todo hos hemos obedescido y vosotros a nosotros ninguna cosa iusta nos avéis negado. Y porque no ay cosa más deseada de todos y menos puesta por obra que la paz, y no ay cosa más aborreçida, y aborreçiéndola bivan todos en ella, que es la guerra. Yo avisando con verdad y vosotros proveyendo con iustiçia, despeñemos a los que enriscan vuestras voluntades para mal nos querer y ahogemos a los malignos que nos andan inçitando para nos rebellar. La mayor señal y la mayor columna inmóbile de la paz es quitar de por medio los perturbadores de la paz.

¿Qué aprovecha que hos digan y nos digan todos en público «Paz, paz», y después nos digan y hos digan en secreto «Guerra, guerra»? Esto digo porque, desterrado el primogénito del Real Idumeo a Lugduno por sus desafueros, avéisnos embiado en su lugar a Componio, a Marco, a Ruffo y a Valerio Gracco por presidentes: han sido quatro plagas, o quatro landres, que la menor dellas bastava a emponçoñar todo el Imperio de Roma, cuánto más el reyno nuestro miserable de Palestina. ¿Qué mayor monstruosidad puede ser los iuezes que embía Roma a quitar las costumbres malas de los malos sean ellos inventores de nuevos vicios? ¿Qué mayor afrenta de iustiçia los que avían de castigar las moçedades de los moços se gloríen ser capitanes de livianos? ¿Qué mayor infamia para Roma los que han de ser iustos en toda iustiçia y exemplo de todas las virtudes sean malos en toda maldad y mollidores para todos los viçios? Miento si no han tanto torçido en la iustiçia y afloxado en la disçiplina, que han a la iuventud de Iudea enseñado invençiones de viçios que ni de nuestros padres fueron oýdos, ni en los libros leídos, ni en nuestros tiempos vistos.

¡O!, romanos, creedme una cosa, y de quantos consejos ha tomado Iudea de Roma, tome Roma agora éste de Iudea. Gánanse muchos reynos con un esforçado capitán derramando muchas sangres, y consérvanse todos con un buen juez, no que sepa derramar sangres, sino que sepa ayuntar coraçones. Por çierto, el iuez que gana más voluntades que pecunias deve ser amado, y el que sirve con pecunias y daña las voluntades para siempre de su príncipe como pestilençia deve ser aborresçido. ¿De dónde pensáis que viene oy vuestros presidentes no ser obedescidos en una cosa iusta? Por çierto, porque mandaron primero muchas cosas iniustas. Los mandamientos iustos hazen los coraçones blandos y los mandamientos iniustos hazen los hombres crudos. Somos tan míseros en toda miseria, que aun mandando bien, obedesçemos mal; cuánto más, mandando mal, queremos ser obedescidos bien. Creedme una cosa, que de la mucha liviandad y poca madurez en los iuezes ha nasçido el poco temor y la mucha desvergüençia en los súbditos.

Nosotros los iudíos tenemos por averiguado, y aun por la boca de nuestro Dios dicho, que todo príncipe que diere cargo de iustiçia al que vee no ser hábile para ella, no prinçipalmente porque cumpla iustiçia, sino por más interesse de su hazienda o por complazer aquella persona tenga por çierto que, quando no catare, por donde no catare verá su honra en infamia, su crédito perdido, su hazienda desminuida y algún gran castigo en su casa. Y porque tengo otras cosas para en secreto, quiero concluir esto público. Finalmente digo que, si queréis conservar nuestro reyno por muchos tiempos (por el qual hos pusistes en grandes peligros), guardadnos en iustiçia y tenerhos

hemos en reverencia; mandad como romanos y obedeceremos como hebreos; dadnos un presidente piadoso y serhos ha todo el reyno obediente; no seáis muy crudos en castigar nuestras flaquezas y seremos más obedientes a vuestras pragmáticas. Ruégohos que nos roguéis ante que nos mandéis, porque rogando, y no mandando, hallaréis amor como padres en hijos, y no traición como señores en siervos.

Estas cosas habló aquel iudío, y no sin gran admiración del Senado. Y luego proveyeron los senadores tres cosas asaz iustas: la una, que todas aquellas palabras las diese por escrito porque se asentasen en el libro que estava diputado para escrevir los buenos dichos de todos los embaxadores extranjeros. Lo segundo, que quitasen a Gracco Valerio de presidente por ser cruel y estar en odio del pueblo romano. La tercera, proveyeron a Pilato de Lugduno por presidente de aquel reyno.

Pues, ¿qué te parece, Antígono, cuán altamente habló aquel hebreo? ¡O, Roma sin Roma, que de Roma ya no tienes sino los muros y estás hecha un prostíbulo de vicios! ¿Qué heziste quando tal afrenta te hizo un hebreo en medio de tu Senado? Por cierto, la mayor lástima entre todas las lástimas, y la mayor pérdida entre todas las pérdidas, es quando el príncipe o señor es su vida tan sin vida, su iusticia tan sin iusticia y sus hechos tan sin hecho, en lo malo tan osado y en lo bueno tan covarde, que muy iustamente los suyos le acusen y los estraños le reprehendan; ninguno le ame, todos le aborrezcan; los amigos no le ayuden, los enemigos le persiguen; los presentes le aparten el bien y los absentes le procuren el mal; los vivos le quiten la vida y los muertos la sepultura.

Pues, tornando al propósito de nuestros iuezes, ruégote, Antígono, me digas de dónde piensas viene oy tan gran escándalo en el pueblo e infamia en el príncipe y peligro en la iusticia. Pues si tú no lo sabes, yo te lo diré. Oye. Ésta es la orden por donde todo va sin orden. Los privados importunando y el príncipe no resistiendo; ellos le engañando y él dexándose engañar; los unos con cobdicia, los otros con ignorancia dan a quien avían de quitar y quitan a quien avían de dar; honran a quien los deshonoran y deshonoran a quien los honra; detienen a los iustos, sueltan los cobdiciosos; menosprecian a los expertos, fíanse de livianos; y finalmente, proveen no a los officios de personas, sino a las personas de officios, dando a los iniustos iusticia y a los iustos siniusticia. Pues oye, que más te diré. Estos miserables, después de proveídos, como se veen entronizados en los officios de que no eran dignos, y que es mayor la autoridad de su officio que el merecimiento de sus personas, házense temer con estremadas iusticias, toman estado de grandes a costa del sudor de los pobres, suplen con malicia lo que les falta de discreción, y lo peor de todo, que miden la iusticia agena con la su utilidad propia. Óyeme, que más te diré: después que estos idiotas se veen engolfados en el golfo de varios negocios y muchos peligros, faltándoles los remos del saber y las velas de la cordura y las áncoras de la experiencia, no sabiendo remediar los males pequeños inventan otros mayores, alteran y turban la paz común por su bien particular, lloran su mal propio y no menos el bien ageno, y finalmente pierden a sí mismos por aventurarse en los golfos que no sabían, e infaman al señor que les dio los officios por darlos a los que no los merecían.

Oye, pues, que más te quiero dezir. Has de saber que los principios de éstos son soberbia y ambición, y sus medios embidia y malicia, y sus fines muerte y destrucción. Los quales, si mi consejo se tomase, no avían de tener crédito con los príncipes o principales, mas como hombres

escandalosos devrían ser apartados no sólo de la república, mas aun de la vida. Pues más te quiero dezir, oye. Por çierto, grande es la cobdiçia de los desvergonçados sin vergüença en el Senado que a los príncipes offiçios piden, pero mayor es el atrevimiento o maliçia de los privados que se los dan, los quales en esto y en otras cosas tienen las intençiones tan dañadas, que ni el temor de los dioses los retrae, ni el del príncipe los refrena, ni la vergüença los impide, ni la república los acusa, y sobre todo ni la razón los manda, ni la ley los subiuzga.

¡O!, mi Antígono, nota esta palabra que te escribo en fin de esta mi letra. En el año de la fundación de Roma de seisçientos y quarenta y dos, como el pueblo romano tuviese en todo el mundo muchas guerras, que eran a Cayo Celio contra los de Thraçia, a Eneo Cardón su hermano contra los sardinios, a Iunio Sella contra los cimbro, a Minuçio Ruffo contra los maçedonios, a Servilio Scipión contra los lusitanos y a Mario cónsul contra Iugurtha, rey de los numidianos. Acontesció que a este Iugurtha favoreçió Boco, rey de los mauritanos, que agora se llama Marruecos. De éstos triumphó Mario, y cargados de cadenas yvan delante su carro, no sin gran compassión de todos los que lo vieron. Passado el triumpho, luego aquel día por consejo del Senado fue en la cárçel Iugurtha descabeçado, y a su compañero el rey Boco dieron la vida, y fue la causa ésta. Era costumbre de nunca iustiçiar a ninguno sin que primero se mirasen los libros antiguos por ver si alguno de sus antepassados avían hecho algún serviçio en Roma, por donde aquel miserable mereçiese la vida. Pues hallaron que su abuelo de este Boco vino en Roma y hizo grandes oraçiones en el Senado por cuyos dichos y sentençias mereçió su nieto la vida, y entre ellos estavan estos versos que dezían:

¡Ay del reyno donde son tales todos, que ni el bueno entre los malos ni el malo entre los buenos es conoçido!

¡Ay del reyno que es mesón de todos los simples y destierro de todos los sabios!

¡Ay del reyno adonde los buenos son covardes y los malos muy atrevidos!

¡Ay del reyno adonde despreçian los pacíficos y amparan los sediçiosos!

¡Ay del reyno adonde los que velan por su bien matan y a los que se desvelan por su mal coronan!

¡Ay del reyno donde se permiten pobres sobervios y ricos tyrannos!

¡Ay del reyno donde todos conoçen el mal y ninguno procura el bien!

¡Ay del reyno donde se cometen tan malos viçios públicos que en otras tierras temerían cometerlos secretos!

¡Ay del reyno donde todos todo lo que desean procuran, todo lo que procuran alcançan, todo lo que es malo piensan, todo lo que piensan dizen, todo lo que dizen pueden, todo lo que pueden osan, todo lo que osan ponen por obra, y lo peor de todo, no ay un bueno que lo resista! En este tal reyno ninguno sea vezino, porque en breve verá, o matarse los malos, o despoblarse de buenos, o hundirse los dioses, o tomarle tyrannos.

Pues más cosas dezía adelante, pero no hazen al tiempo presente. ¿Qué te paresçe, Antígono? Por los dioses immortales te iuro el coraçón se me quebranta en pensar la grande afrenta que hizieron por las plaças de Roma al Rey Boco aviendó dicho y dexado escripto tan altas doctrinas su abuelo en el Senado.

Esta mi carta leerás a los pretores en secreto, y si no se emendaren, ternemos medio cómo sean castigados en público. En lo que toca a tu destierro, ya te prometí serte buen amigo en el Senado, que por gozar de la amistad antigua y sacarte de la isla y desempeñarte mi palabra ten çierto se porná toda diligencia.

Aý escribo a Panuçio, mi secretario, te haga dar dos mill sexterçios con que relieves tu pobreza, y de acá te embío esta mi letra con que consueles tu corazón triste. Y no más, sino que de los dioses contentamiento, de lo que tienes buen gozo, de tu persona descanso por muchos días sientas en tu casa, Antígono. Los males corporales, los enemigos crueles, los hados lastimosos, se aparten de mí, Marco. Por parte de tu muger Ruffa saludé a mi muger Faustina; ella suya y yo tuyo, la visitaçón con alegría reseçbimos y con agradeseçimiento te las tornamos. Çesso no çessando desear acá en Italia tu persona, y allá en Sicilia ver mi quartana.

CARTA XI

Embiada por Marco Emperador a Lamberto, su governador en la isla de Hellesponto, quando desterró a los truhanes de Italia

Marco Emperador de Roma, señor de la Asia, confederado con la Europa, amigo de los aphros y enemigo de los mauros, a ti, Lamberto, governador de la isla del Hellesponto, de su parte te embía contentamiento, y del Sacro Senado seguridad.

De los aforros que me embiaste ando aforrado, y de tu baltheo ando vestido, y de los lebreles estoy muy contento. Si pensara que tu ausencia de Roma me avía de procurar tanto fructo en esa isla, días ha que nos huviéramos conçertado, tú por tu provecho y yo por mi serviçio. Embiéte a pedir pocas cosas, y de burla, y tú embiásteme muchas, y de veras. Por çierto, mejor proporcionaste tú el serviçio con tu nobleza que no yo la demanda con mi cobdiçia, porque, si te acuerdas, yo embié por doze aforros, y tú embiásteme doze dozenas; señalé seis lebreles y tú proveíste de doze. De verdad en este caso es sobrado mi plazer, porque aquí en Roma se publique la mucha largueza tuya y allá en Hellesponto la poca cobdicia mía. Pues sey çierto que de mí tienes el agradeseçimiento y a los dioses ruego te den la salud, y a la fortuna coniuero no te niegue los buenos hados.

Aý te embío tres zabras de maestros de locos, y no te los embío todos porque, si todos los locos de Roma huviese de desterrar, de nuevas gentes toda la avríamos de poblar. Hanse dado esos maestros tan buena maña en enseñar locura, y la iuventud romana en deprenderla, que si ellos caben en tres zabras, sus disçipulos no cabrían en tres mill carracas. De una cosa mi iuyzio está sin tino, y mi corazón de los dioses escandalizado: ¿por qué los torvellinos derruecan las casas, los agüeduchos llevan las puentes, las eladas yelan las viñas, los repentinos rayos rompen las torres, la penuria del agua pone carestía, el ayre corrupto da fin a los cuerdos; pero no ay una cosa que acabe a los locos?

Todas las cosas oy a la triste Roma le faltan. Solamente truhanes, locos y iuglares le sobran. ¡O, qué serviçio harías a los dioses, y qué provecho a Roma, si por tres zabras de locos nos embiases una de cuerdos! Quiérote dezir una cosa, que con huesos de exçellentes sabios está consagrada

esa isla, desterrados antiguamente de los embidiosos y maliçiosos de Roma. Y si los sentidos no tienes perdidos, como Italia hiede a simples, assí esa isla ha de oler a sabios. Quando vine de la guerra de los parthos, en el año quarto de mi Imperio, arrodée y me aventuré a muchas mares por visitar esos sepulchros.

En la çiudad de Orbita, en medio de la plaça, hallarás a Ovidio, que fue desterrado por Augusto. So las Peñas Arpinas verás el sepulchro del famoso Armeno, orador desterrado por Silla. En el puerto Argonauto hallarás los huesos de Coliodro, recopilador de las leyes antiguas, el qual fue proscrito de Nero el cruel. En los Campos Elinos, sobre un mármol están los polvos de Philippo Septeno, que en las siete artes liberales era tan docto como si él las inventara: fue desterrado de los marianos.

A la ley de bueno me pongo, y en pena de prueba me offrezco si no lo hallares assí. Y dígotte de verdad que de rodillas sus sepulchros toqué, y que en todo aquel tiempo estavan mis ojos tiernos tan cubiertos de agua como sus huesos duros de tierra. No fueron desterrados por vilezas que hizieron, sino que el demérito de nuestros padres meresçió ellos ser privados de compañía de tan grandes varones, y nosotros sus hijos de los polvos de tan famosos sabios. No sé cuál es mayor: la embidia que tengo a tu isla o la compassión a esta mísera Roma. Mucho te ruego como a amigo y te mando como a criado guardes a esos lugares las inmunidades que yo les di, porque es iusto y iustíssimo sean privilegiadas de los bivos çiudades pobladas de tales muertos.

En lo demás, de ese çenturión sabrás por palabras el triste caso que a esos presos con nosotros y a nosotros con ellos aconteçió el día de la madre Bereçinta. Dígotte de verdad que no tengo en tanto la crueldad que aquel día vi en Roma quanto la infamia que nos ha de causar en todo el Imperio. Roma, nunca vencida de cuerdos, la vi allí acoçeada de locos. Roma, que nunca a sus adarves pudieron tocar los penos, vieras sus plaças armadas de truhanes. Roma, la que triumphava de todos los reynos, triumphavan della los pantomimos. Estoy tan lastimado en este caso, que ni sé qué me digo ni qué me escriba. Una cosa me consuela, que pues Roma y sus romanos iniustamente no se goza sino con locos, ella y sus fingidos sabios iustamente sean castigados por esos locos. Y en esto no la agravian los dioses que, pues ella se reya con los truhanes de burlas, algún día llorase con los pantomimos de veras. Yo destierro ésos para siempre de Roma, no tanto por la sangre que derramaron, quanto por los iuyzios que pervertieron; y torno a dezir que no por ocasionadores de algunas muertes, sino por maestros de muchas locuras. Sin comparación es mayor ofensa a los dioses y daño a la república la de los truhanes que quitan el seso a los cuerdos que no la de los homiçianos que privan de vida a los hombres. Como el mayor don entre todos los hados buenos sea tener buen seso, no se presume ser de muy reposado juizio, el que estremadamente de truhanes y locos es muy amigo.

Creedme una cosa, que como un ave ama a otra ave, y un animal a otro animal, y un sabio a otro sabio; assí un loco a otro loco. Acuérdome que un día, rebolviendo los archivos del Capitolio donde estavan los *Annales* de Roma, topé una cosa admirable de Orbita, famoso orador, el qual hallarás enterrado en esa isla de Hellesponto en el monte Adamantino. Viniendo el gran Scipión de la guerra de los penos, y andando más acompañado de los ambrientos truhanes que de los esforçados capitanes, díxole estas palabras:

¡O!, Scipión, en ausencia nos espantaban tus hazañas y ahora en presencia nos escandalizan tus liviandades. Por cierto, gran infamia es a ti y desacato al Sacro Senado que, aviendo tú vencido a los aghros cuerdos, y siendo tú tan cuerdo y de sangre de romanos sabios, te acompañas de solos truhanes y locos. En aquel desdichado reyno todos los cuerdos no pudieron con el esfuerço de uno ¿y piensa aquel uno de apoderarse entre tantos locos? Yo te digo que trae más peligro tu seso y honra aquí en Roma que no tu vida traýa en Áphrica.

Fueron palabras asaz muy buenas, y no de la malicia mundana llanamente resçebidas, porque a poco tiempo, y por personas de poca manera, y por poca ocasión fue aquel pobre viejo y muy rico philósopho por los amigos de Scipión desterrado de Roma y llevado a esa isla.

Pues mira, Lamberto, tornando al propósito de esos histriones. Después que ayan tomado tierra en esa isla, dexarlos has libres con tal que no puedan exerçer sus offiçios. Constreñirlos has a los trabajos y castigarlos has si los vieres oçiosos, que esos míseros, huyendo del iusto trabajo y tomando el iniusto oçio, tornados por sus truhanerías menos que hombres, tenían pública escuela de vagabundos. No me desplace cosa de nuestros antiguos padres sino aver sufrido en Roma tantos y tantos tiempos tan perdidos chocarreros. En el año de dozientos y diez y seis de la fundaçión de Roma, en una horrible pestilencia de Roma, por alegrar la gente fueron los primeros theatros inventados, y la primera vez los truhanes admittidos. Cosa lastimosa de oýr, que duró aquella pestilencia de landres dos años, y ha durado la ravia de los pantomimos quatroçientos.

Bien creo, Lamberto, las quejas de esos prisioneros que acá començaron allá no ternán fin, pero a mí no se me da nada, porque las querellas de los malos hazen iustas las iustiçias y sentençias de los buenos. Como dixo el ayo de Nero, quanto es afrenta ser vituperado del bueno, tanto es infamia ser loado del malo. Diréte una cosa, porque no te parezca crudo este castigo, que pues los emperadores romanos son clementes con los estraños, no es razón sean austeros con los suyos.

Después que los hados en este mundo me pusieron, no he visto cosa menos útil a la república, ni mayor liviandad de livianos, ni peor invención de vagabundos, ni más fría recreaçión de mortales, que es la que se toma con pantomimos y truhanes. ¿Qué cosa más monstruosa que por una liviandad de un liviano se han de alivianar tantos cuerdos? ¿Qué mayor ludibrio que sea costumbre en el Capitolio el dicho de un loco ser festejado con risas de muchos sabios? ¿Qué mayor escándalo que en casa de los príncipes estar siempre las puertas abiertas a los locos y nunca a los cuerdos? ¿Qué crueldad mayor de enemigos que den más a un loco en un día que a sus criados en un año y a sus parientes en toda su vida? ¿Qué mayor desatino que a los fronteros y guarniçiones en el Illírico falte y a los truhanes de Roma sobre? ¿Qué igual afrenta a Roma puede ser que mayores estados y memorias dexaron en Italia los Pantomimos y truhanes ganadas con sonetos y rodajas, que no los famosos capitanes con sus triumphos y armas? Pues yo te digo de verdad que, quando estos miserables andavan en Roma de casa en casa sembrando sus liviandades y cogendo las pecunias, aquellos varones famosos yvan de reyno en reyno consumiendo sus dineros, aventurando sus vidas y derramando sus sangres.

En la Ulterior España, como los Eliberios con los gaditanos tuviesen guerra y a los de Eliberia les faltasen las expensas, dos pantomimos se offresçieron a sustentar por un año la guerra, y

sucedió que con la hazienda de dos locos fueron vençidos muchos cuerdos. En Épheso, çiuudad de Asia, el famoso templo de Diana con el fisco de un juglar se fundó. Cadino, el que las Thebas de Egypto con çien puertas edificó, más le dieron para el edifiçio los pantomimos que todos sus amigos, si sus historias no me engañan. Quando Augusto reedificó los muros de Roma, más huvo de dos truhanes que se ahogaron en Thíberin que sacó del erario público. El primero Rey de Corintho escriben aver sido un luchador; otros, que un histrión: yo vi su sepulchro en Corintho. Y como digo de éstos, podría dezir de otros muchos.

Pues mira, Lamberto, cuántos son los descuidos de los dioses, y quán varios los casos de la fortuna, y quán hadados los hados de los hombres, que assí se hazen unos memorables por locos como otros por sabios. Una cosa sola me ha caído en graçia de los truhanes, y es que en presençia hazen reír a todos con las locuras que dizen y de que se van queda cada uno triste por las ropas y dineros que se llevan. Y por çierto es iusta sentençia de los dioses los que tomaron vano plazer iunctos lloren la pérdida después apartados.

No quiero más escrevirte, sino que esta letra te embío en griego porque la puedas mostrar a toda la isla. Despacharás luego las naos, porque han de llevar provisiones al Illírico. Paz sea contigo, Lamberto. Salud y mansa fortuna sea comigo, Marco. El Senado te saluda, y tú a la isla dirás el *Gaude felix* acostumbrado. Mi Faustina te saluda, y ay te embía para tu hija una çinta muy rica. En pago de los aforros te embío unos joyeles preçiosos.

CARTA XII

Embiada por Marco Emperador a Catulo, su muy espeçial amigo, en la qual le cuenta las nuevas de Roma. Es letra de notar

Marco, çensor nuevo, a ti, Catulo, çensor viejo. Avrán passado diez días que en el templo del dios Iano resçebí tu letra, y a ese dios Iano pongo por testigo quisiera más ver tu persona. Escríveme te escriba largo, y la mucha penuria de tiempo me hará responderte corto, harto menos de lo que yo deseo. Pides te haga saber si ay acá alguna cosa nueva. A esto te respondo que mejor preguntarías si ha quedado en Roma y en Italia alguna cosa vieja. Ya por nuestros tristes hados todo lo bueno y viejo es acabado, y cosas nuevas e inauditas hemos visto. El Emperador, el cónsul, el tribuno, los senadores, los çensores, los ediles, los flámines, los pretores, los çenturiones: todas estas cosas son nuevas, sino las ruindades que son viejas. Todo se nos passa en hazer offiçiales, ordenar pregmáticas, llegarnos a consejos, despertar cohechos, de manera que más novedades ay agora en quatro años que huvo en los tiempos passados en quatroçientos. Iunctámonos por todos quasi trezientos a consejo en el alto Capitolio, y allí blasonamos, iuramos y prometemos que a unos hemos de sublimar, a otros abatir, favoreçer esto y destruir aquello, castigar a los malos y premiar a los buenos, reparar lo viejo y edificar de nuevo, desraigar los viçios y plantar las virtudes, emendar lo avieso y encaminar lo bueno, reprimir los tyrannos y amparar los pobres, y después de salidos de allí, los que dixeron mejores palabras aquéllos son tomados en peores obras.

¡O, triste de ti, Roma, que oy a tus senadores en dezir «haremos, haremos» se les passa la vida, y después cada uno buscando su utilidad propria olvidan el bien de la república! Muchas vezes me

paro a mirar en el Senado a otros como otros me miran a mí, y estoy espantado ver la eloqüencia de sus palabras, el zelo de su iustiçia y la iustificaci3n de sus personas; y después, salidos de allí, escandalízome ver sus cohechos secretos, sus entrañas dañadas y sus obras malas tan manifiestas. Pues de otra cosa es más de maravillar, que no ay sufrimiento que la pueda sufrir: que aquellos que tienen las personas más infamadas y las vidas más desonestas, éstos con intenciones dañadas votan que se hagan iustiçias más crudas. Regla es infallible y de la maliçia humana muy usada que el que es mas atrevido en cometer una enorme culpa es más crudo por la misma culpa en dar contra otro sentençia. Parésceme a mí que las culpas nuestras miramos con antojos que hazen las cosas menores y las faltas ajenas contemplamos en el agua, donde las cosas paresçen mayores. ¡O, cuántos y cuántos he visto yo en el Senado condenados a la horca por sola una culpa que cometieron en su vida por manos de aquellos que la misma culpa cometían cada hora!

Acuérdome aver leído en los tiempos de Alexandro Magno que andava un pyrata famoso por las mares, el qual robava o echava a hondo todas las flotas. Por mandado de aquel venturoso mançebo Alexandro armaron contra él, y como fuese preso y en su presençia presentado, dixo al cossario estas palabras: «Dime, Dionides, ¿por qué tienes escandalizadas todas las mares, que ya ni ay nao que vaya a Oriente ni navegue en Occidente?» Respondió el pirata: «Si yo tengo escandalizada la mar, ¿por qué tú, Alexandre, tienes perdida la mar y la tierra? ¡O, Alexandre!, porque yo salteo con un navío solo por la mar llámanme ladrón, y a ti porque robas con dozientas naos y turbas el mundo con dozientos mill hombres llámante Emperador. Yo te iuro, Alexandre, que si la fortuna se amansase contra mí y los dioses se encruelesciesen contra ti, y a mí diesen tu imperio y a ti diesen mi pobre navío, por ventura yo sería mejor rey que tu, y tú peor ladrón que yo.» Fueron buenas palabras, y de aquel coraç3n generoso de Alexandre muy bien resçevidas, y por ver si sus obras corresponderían a sus promesas, sacóle de cossario y hízole capitán del exérçito, y fue tan virtuoso en la tierra quanto avía sido avieso en la mar. Yo te prometo, mi Catulo, que Alexandre tuvo raz3n en lo que hizo, y muy mayor Dionides en lo que le dixo, porque ya oy en Italia a los que roban en público llaman señores y a los que hurtan en secreto llaman ladrones.

En los grandes *Annales* de Livio leý que, andando muy travadas las guerras del segundo Bello Púnico entre los romanos y carthaginenses, vino un embaxador lusitano embiado por toda España, ver si podría tractar alguna concordia. Venido, pues, a Roma, provó en el Senado que después que avía entrado en Italia, diez vezes le avían robado la ropa. Acontesçió que estando él en Roma, vio que unos de los que a él avían robado ahorcavan a otro de los que a él avían defendido. Pues visto por él tan mala obra, y que a aquél se le hizo tan gran siniustiçia, como hombre desesperado con un carb3n escrivi3 en la horca este escripto que dezía: «¡O!, horca, tú eres nascida entre ladrones, criada entre ladrones, cortada de ladrones, labrada de ladrones, hecha de ladrones, plantada de ladrones, sustentada de ladrones, situada entre ladrones, y al tiempo del menester te pueblan de innoçentes.» Adonde leý estas cosas era el original de Livio y sus historias, y iúrote por los dioses immortales que toda la Década estava escripta de tinta negra, y estas palabras estavan de bermell3n colorado. No sé qué más nuevas, pues las pides, te escriba, sino que es todo tan nuevo, y está todo tan tierno, y véolo todo tan mal çimentado, que he miedo repentinamente se hallane todo por suelo.

Passe entre ti y mí otra cosa que te quiero dezir. Hágote saber que algunos súbitamente han subido a valer mucho en Roma, a los quales aseguraré yo más ayña la caída que la vida, porque todo edificio presuroso no puede estar muy seguro. Quanto más el árbol se detiene en criar, tanto más tarda en se envejecer, y de los árboles que comemos presto su fructo en el verano, nos escalentamos a su fuego en el invierno. ¡O!, cuántos hemos visto, de los quales iunctamente nos maravillamos de su subir y nos espantamos de su caer! Cresçieron como massa, y deshiziéronse como espuma. Su felicidad fue como puncto breve, y su infortunio es como línea larga; finalmente armaron molino de la cresçiente y, molido un poco, quedóse hermado por todo el año.

Bien sabes tú, mi Catulo, que a Cneo Fulvio en un año le vimos hecho cónsul, y a sus hijos tribunos, y a su muger matrona de las donzellas, y sobre todo a él hecho guarda del Capitolio; y después, no en un año, sino en un día, vimos a Cneo degollar en la plaça, a sus hijos ahogar en Tíberin, a su muger desterrar de Roma, y a su casa derrocarla por tierra, y todos sus bienes confiscados al erario. Este exemplo tan riguroso no le leímos en los libros para poner en dubda, sino vímosle con los ojos para tenerle en memoria. Como son varias las naçiones de las gentes, assí son diversas las condiçiones de los hombres y los appetitos de los mortales. Paresçe esto ser verdad, porque lo que unos aman, otros aborrescen; tras lo que éstos andan, aquéllos huyen; de lo que unos tienen appetito, otros están empalagados; de manera que ni todos con una cosa se pueden contentar, ni uno con todas las cosas se puede satisfacer. Eliga cada uno lo que quisiere, y abráçase con el mando quanto mandare, que yo más quiero subir este rebentón de espaçio; y si no pudiere encumbrar, quedarme he en el camino, que no pressurosamente subirle sudando y después desçenderle rodando. En este caso, pues se entienden los coraçones, no es de dar más liçençia que escrivan las plumas, y de esta manera no mires lo poco que digo, sino lo mucho que por esto quiero dezir.

Pues lo he començado, y estás en tierras estrañas, quiérote escrevir de acá todas las nuevas. Hágote saber que en este año que estamos, a veinte y çinco de mayo, vino un embaxador de Asia que dezía ser insulano de la isla de Scethin, varón elegante en el cuerpo, ruffo en el aspecto y assaz osado en el ánimo. Acontesçió que, como en los prolixos días del verano huviese estado en Roma, viniendo que venía el tiempo erizado del invierno contrario para navegar a su isla no le despachando sus negoçios, un día, estando a la puerta del Senado, vio entrar a todos los senadores en el Colliseo, y que cada uno dellos era despojado de las armas que llevaba. Pues él como varón de buen ánimo y zelador de su patria, en presençia de todos díxonos estas palabras:

¡O, Padres Conscriptos! ¡O, Pueblo venturoso! Yo vine de tierras estrañas a Roma sólo por ver a Roma, y hallo a Roma sin Roma. No me truxeron a mí los muros que la çercavan, sino la fama de los que la regían; no vine yo por ver el erario donde entran los thesoros de todos los reynos, sino por ver el Senado Sacro de do salía el consejo para todos los hombres. No hos venía yo a ver porque vençíades a todos, sino pensando que érades más virtuosos que todos. Oso dezir una cosa: que si los dioses no me tienen çiego y mi juizio no está turbado, o vosotros no sois los romanos de Roma o ésta no es Roma la de los romanos. De vuestros passados oýmos en mi isla que muchos reynos se ganavan con esfuerço de uno y se conservavan con cordura de todos; y agora todos sois a destruir y ninguno a ganar. Vuestros primeros padres todo su exerçio era en hazañas y a vosotros, sus hijos, todo el tiempo se hos passa en çerimonias. Esto digo, romanos, porque me avéis muerto de risa veros poner tanta diligençia en dexar las armas a la puerta del Senado, quanto la ponían vuestros passados en tomarlas para defender el Imperio.

¿Qué aprovecha dexéis las armas por seguridad de vuestras personas y metáis las con que matáis a todas las gentes? ¿Qué aprovecha al triste negociante que el senador entre desarmado de espadas y coraças y su corazón entre en el Senado armado de malicias? ¡O, romanos!, hágochos saber que en mi isla no tememos capitanes armados, sino a senadores maliciosos. A las espadas amoladas y a los puñales agudos no tememos; de los corazones duros y de las lenguas enconadas nos espantamos. Que en el Senado metáis armas y con ellas hos quitéis las vidas poco se puede perder, pero que no amparéis a los innoçentes y no despachéis a los negociantes no se puede sufrir.

Yo no sé en qué possession hos tienen en Roma, que a los locos quitan las armas allá en la mi isla. O a vosotros hos quitan las armas por locos, o por apassionados. Si por ambiçiosos o apassionados, no es de romanos sino de tyrannos, que los bulliçiosos sean iuezes de los pacíficos, los ambiçiosos de los humildes y los maliciosos de los simples. Si hos las quitan por locos, no cabe en ley de los dioses que trezientos locos rijan y gobiernen a trezientos mill cuerdos. Yo ha tanto tiempo que estoy esperando el despacho y por vuestras passiones no tengo negociado más que el día primero. Traéis azeite, miel, açafrán, madera, sal, plata y oro de mi isla a Roma, y ¿queréis que vayamos a otra parte a pedir iustiçia? ¿Queréis tener una ley para coger vuestras rentas y otra para determinar nuestras iustiçias? ¿Queréis que en un día hos pagemos el tributo, y no queréis en un año despacharnos un negoçio? Yo hos requiero, romanos, que determinéis o de quitarnos las vidas, y assí acabaremos, o de oýr nuestras querellas para que hos sirvamos, que de otra manera podrá ser oyréis con los oýdos lo que no querriades ver con los ojos. Y si hos paresçe que en las palabras me he desmesurado, con tal que remediéis a mi patria poco va me quitéis acá la vida. Y assí acabo mi plática.

Por çierto, mi Catulo, éstas fueron las palabras que dixo en el Senado, porque después yo se las pedí por escripto. Dígotte de verdad que la osadía que solían tener los romanos en otra tierra ya la tienen los estraños en Roma. No faltó quien dixo que este embaxador fuese castigado, pero no lo quieran los dioses, que por dezir verdad en mi presençia ninguno sea punido. Basta y mucho basta nos suffran las maldades sin que matemos y persiguamos a los que nos avisen dellas. No está del lobo seguro el ganado si el pastor no tiene consigo el perro. Lo que en este caso siento es que no han de dexar de ladrar los perros por que quiten el sueño a los pastores, ni se han de dexar de dezir las verdades porque se enojen los senadores. No ay dioses que lo manden, ley que lo consienta, república que lo permita, los que están para castigar las mentiras se tornen verdugos de los que dizen verdades. Pues los senadores se muestran ser hombres en el comer, hombres en el dormir, hombres en el vestir, hombres en el bivar y a las vezes son más humanos que los otros humanos, siendo esclavos del viçio quien los libertó del castigo.

¡O, Roma sin Roma, que ya no tienes sino el nombre de Roma! Mira en qué ha parado la cumbre de tus triumphos, la gloria de tus hijos, la rectitud de tu iustiçia y la honra de tus templos, que más castigan oy al que murmura de un senador solo que a los que blasfemaron de todos los dioses iunctos. Por rezió caso lo tengo ver a un senador o çensor ser peor que muchos, y tengo de dezir, aunque me pese, que es mejor que todos. De verdad te digo, mi Catulo, que ya no avemos de ir a buscar dioses a los templos, porque los senadores se nos han hecho dioses entre manos. Esta differençia ay entre aquellos que son inmortales a estos que son mortales: los dioses nunca hazen cosa mala y los senadores iamás hazen cosa buena; los dioses nunca dizen mentira, éstos

iamás dizen verdad; los dioses perdonan mucho y éstos no perdonan nada; los dioses son contentos ser honrados çinco vezes en el año y los senadores se quieren adorar diez vezes cada día. ¿Qué más quieres que te diga, sino que los dioses por todo lo que hazen merescen ser loados y los senadores por todas sus obras merescen ser vituperados? Finalmente concluyo que los dioses en todo açiertan y en ninguna cosa yerran, y los senadores en ninguna cosa açiertan y en todo yerran. Sólo por una cosa tienen razón los senadores no resçebir castigo, y es que, como no entienden emendarse de las culpas, no quieren que los oradores gasten tiempo en dezirles las verdades. Sea lo que fuere, que yo tengo por averiguado hombre o muger que aparta las orejas de oír verdades, de coraçón applique su coraçón a amar las virtudes. Sea çensor que iuzga, sea senador que ordena, sea emperador que manda, sea cónsul que executa, sea orador que ora, no ay hombre de los mortales que sea tan recatado en sus obras, ni tan corregido en sus deseos, que no merezca castigo por lo hecho, y aviso para lo que ha de hazer.

Pues te he escripto de los otros, quiérote dezir algo de mí, porque de las palabras de tu carta collegí deseavas saber de mi persona. Sabe, si no lo sabes, que en las calendas de Henero me hizieron çensor en el Senado. Offiçio es que ni mi deseo le deseava, ni en mi merescimiento cabía. No es possible menos, y en esta opinión están todos los sabios, que o le falta iuyzio o le sobra locura al hombre que por su voluntad toma carga de los cargos agenos. Rezio caso es a un hombre vergonçoso tomar offiçio, en el qual para complir con todos ha de mostrar el rostro de fuera contrario a lo que siente de dentro. Dirásme tú, mi Catulo, que para eso son los buenos, para que se encarguen de los offiçios. ¡O, malaventurada de Roma, quando a mí que soy tal tienen por el mejor della! Grave pestilençia deve aver venido por los buenos quando yo escapé por bueno entre los malos. Yo accepté este offiçio no porque le avía gana de acceptar, sino por satisfacer a los deseos de mi esposa Faustina y por complir los mandamientos de Antonino, mi suegro. No te maravilles de cosa que haga, sino de lo que dexo de hazer, porque hombre que se desposó con Faustina, ya no ay ruindad que no haga. Yo te iuro que desde el día que estoy desposado, me paresçe que no tengo seso ninguno.

Dexo agora el desposorio, y torno a hablar del offiçio. Por çierto, todo hombre paçífico deve en los offiçios estar muy penado, porque quan seguros andan los offiçios entre los virtuosos, tan peligrosos andan los virtuosos entre los offiçios. Y que esto sea verdad, cuenta tú lo que ganan y por ello verás lo que pierden. Los bienes dilos tú, si los sabes; los males óyelos, si los deseas saber: el que toma cargo de regir a otros busca cuydado para sí, embidia para sus vezinos, espuelas para sus enemigos, pobreza para sus riquezas, despertador para los ladrones, peligro para sus cuerpos, fin para sus días, tormento para su fama y finalmente busca oxeo para perder amigos y reclamo para cobrar enemigos. ¡O!, hombre malaventurado aquel que de hijos de muchas madres tiene cargo, porque siempre le cargan cuidados cómo con todos ha de complir, sospiros por lo que le han de dar, reçelo si le han de quitar, lágrimas si se ha de perder, y sospecha si le han de infamar. El que esto conosçe sin más esperar garrocha se deve acoger a la barrera.

Pero como digo lo uno, diré lo otro, que yo iuraré y tú no me contradirás que más hallemos oy que quieran ser capeados en el cosso que estar seguros en la talanquera. Muchas vezes oyo dezir «vamos a los theatros», «a correr los toros», «vamos a montería», «a correr las fieras»; y, llegados al hecho, no los animales dellos, sino ellos de los animales huyen, de manera que, donde van a correr, vienen corridos. Quiero dezir que los ambiçiosos procuran governar y son

governados, mandar y son mandados, regir y son regidos, y finalmente, pensando debaxo de sus manos tener a muchos, pónense los míseros so los pies de todos. Para remedio de estos peligros con una cosa se consuelan mis pensamientos, y es ésta: que sin yo lo procurar, ni yo a ello me offresçer, el Senado de su voluntad me lo ha querido mandar. En la octava tabla de nuestras antiguas leyes están estas palabras: «Mandamos que en nuestro Sacro Senado iamás se dé cargo de iustiçia al que de su voluntad se vino a offresçer, sino al que ellos con maduro acuerdo quisieren elegir.» Era por çierto iusta la ley, porque no son ya los hombres tan virtuosos, ni tan amigos de su república, que olvidada su quietud y reposo, haziendo a sí daño, procuren a los otros provecho. Ninguno es tan loco que, dexado su muger y hijos y su dulce patria, se quiera ir a tierra agena, sino que viéndose entre gentes estrañas piensa so color de la iustiçia buscar su utilidad propria. No sin lágrimas lo digo, que los príncipes con su descuido, los iuezes con su cobdiçia han minado y derrocado los altos muros de la poliçia de Roma.

¡O!, mi Catulo, ¿qué quieres que te diga, sino que está tan descreído nuestro crédito, tan acobdiçiaada nuestra cobdiçia, tan atrevido nuestro atrevimiento, tan desvergonçada nuestra vergüença, que assí se proveen oy iuezes para ir a robar nuestros vezinos como capitanes contra nuestros enemigos? Hágote saber que donde Roma era amada por castigar a los malos, oy es aborreçida por despojar a los innoçentes. Acuérdome aver leído que en los tiempos que vastava a toda Tinacria Dionisio Siracusano vino un embaxador de los rhodos a Roma. Él era ançiano en días, docto en letras, esforçado en armas y muy curioso en mirar todas las cosas. Andando, pues, por Roma, viendo la maiestad del Sacro Senado, la alteza del alto Capitolio, el concurso del Colliseo, la gloria de los triumphos, el castigo de los malos, la paz de los vezinos, la diversidad de las naçiones, la abundançia de los mantenimientos, el orden de los offiços; y finalmente, viendo que Roma era Roma, preguntado qué le pareçía, respondió: «¡O, Roma!, este tu siglo es todo de cuerdos; otro verná todo de locos.» ¡O, altas y muy altas palabras, y por mis tristes hados en mi tiempo complidas! Trezientos años estuvo Roma sin tener casa de orates; seisçientos años ha que no ay una de cuerdos. Mira qué te digo (y no de burla, sino de veras lo digo): que si los dioses oy resusçitasen a nuestros passados, o nos desconosçerían por sus hijos, o nos atarían por locos. Éstas son las cosas que passan en Roma, y no dizes de lo que passa allá en Agrippina.

De acá no podré escrevirte cosas sino con que te den pena; escriveme tú alguna cosa con que tome alegría. Drusilla, tu muger, está buena. De la flota que vino de Scethin, de sal, azeite y miel, yo hize fuese bien proveída. Ya sabrás cómo Flobio, nuestro tío, le arrastró su cavallo y murió súbito. Laerçia y Colodro ya son amigos por ocasión de unos casamientos. Ay te embío unas ropas, ruega a los dioses no veas mal gozo dellas. Mi Faustina te saluda, y tú a Iamiro, tu hijo, me saluda y encomienda. Los dioses sean en tu guarda, y de mí aparten la siniestra fortuna. Marco, el todo tuyo, a ti, Catulo, el todo mío.

CARTA XIII

Embiada por Marco Emperador a las enamoradas romanas porque, estando él en Rhodas, representaron dél una farsa en unas fiestas en Roma

Marco, orador que en Rhodas lee oratoria, a vosotras, las señoras enamoradas de Roma, salud a las personas y emienda en las vidas hos desea.

Acá me han escrito que en la fiesta de la madre Bereçinta, todas vosotras iunctas representastes una comedia, en la qual posistes por ordimbre mi vida y por discante mi fama. Dízenme que Abilina la compuso; Lucia Fulvia la escribió; tú, Toringa, la cantavas; y todas iunctas en el theatro la representávades. Sacástesme pintado de muchas maneras: con un libro en la mano al revés, como philósopho fingido; con la lengua muy sacada, como parlero atrevido; con una coroa en la cabeça, como cornudo público; con unas hortigas en la mano, como a enamorado tibio; con una vandra caída, como a capitán covarde; con media barba hecha, como hombre fermentido; y con un paño en los ojos, como nescio condenado. Y no contentas con esto, sacástesme otro día con otra invención nueva. Hezístesme una estatua, los pies de paja, las espenillas de alambre, las rodillas de madera, los muslos de cobre, el vientre de alcornoque, los braços de pez, la manos de massa, la cabeça de yesso, las orejas de asno, los ojos de bívora, los cabellos de raýzes de parra, los dientes de gato, la lengua de Escorpión y la frente de plomo, en la qual estavan esculpidas en dos ringlones estas letras: «N. H. T. M. S. Q. M. V. S.», las cuales a mi paresçer quieren dezir esto: «No tiene tantos metales la estatua quantos doblezes su vida.» Y después de esto hecho, fuistes al río y allí la tuvistes cabeça abaxo colgada un día entero, y si no fuera por la señora Messalina, pienso que hasta oy estuviera allí colgada.

Agora, señoras enamoradas, avéisme escrito una carta con Fulvio Fabriçio que de aquello no resçiba pena, sino que, como hombre enamorado, de mano de damas lo resçiba de burla. Y porque no tenga tiempo de pensar en ello, embiásmen a preguntar una cuestión, y es si he hallado en mis escrituras de qué y para qué, adónde y cuándo, quién y cómo se hizieron las primeras mugeres. Porque es mi condición las burlas tomarlas por burlas, y porque vosotras me lo mandáis, otros amigos míos y vuestros me lo han escrito, y sobre todo Fulvio, vuestro embajador, me lo ha rogado, yo he callado y a ninguno de alguno he dado quexa; solamente a vuestra carta y cuestión daré respuesta. Y pues ninguno no fue para hazer la pregunta, protesto que a ninguno sino a vosotras, las enamoradas, embió la respuesta. Y si alguna señora honesta quisiere por vosotras tomar la demanda, es señal que del offiçio que vosotras traéis hos tiene embidia. Por çierto, la señora que mostrare mucho enojo de vuestra pena en público, dende aquí la condenno que tiene alguna culpa en secreto. El que está en la talanquera no teme el bramido del toro y el que está en el omenaje no se espanta de artillería. Quiero dezir que la muger de buena vida no teme al hombre de mala lengua. Las buenas matronas me tened por perpetuo siervo y las malas por vuestro capital enemigo.

Respondiendo, pues, a la cuestión, conviene a saber: de qué fueron hechas las primeras mugeres, digo que según la diversidad de las naçiones que ay en el mundo, es la diversidad de las opiniones que hallo en este caso. Los Eypçios dizen que quando el río Nilo sale de madre y riega su tierra, que quedan muchas tierras hechas çenagales y que, sobreviniendo el calor, se crían muchas savandijas, y que allí entre ellas fueron halladas las primeras mugeres.

Notad, señoras, que fue neçessario Nilo saliese de madre para que nasciese la primera muger en la tierra. Todas las criaturas son criadas en las entrañas de las madres, sino la muger, que se crió sin madre; y bien paresçe ser verdad, porque sin madre nascistes, sin regla bivís y sin orden moriréis. Por çierto, a muchos trabajos se ha de poner, y muchas maneras ha de buscar, y muchas vezes lo ha de pensar, y muchos socorros ha de tener, y muchos años las ha de esperar, y entre infinitas mugeres la ha de elegir el que quiere a una sola muger govar. Por fieros que sean los

animales, al fin el león tiene leonero, el toro se ençierra en el cosso, al cavallo domeña el freno, el anzuelo saca al pescado y el lobo suffre coyundas con yugo. Sola la muger es un animal indómito que iamás pierde el azedía por mandar y el brío por no ser mandada.

Hizieron los dioses a los hombres tan hombres, y a las bestias tan bestias, y el juicio humano tan alto, y las fuerças tan fuertes, que no aya cosa que se le vaya por alta, ni se le escape por ligera, ni se le defienda por fuerte. Séhos dezir, señoras enamoradas, que a vosotras ni ay espuela que hos haga andar, ni sueltas hos puedan tener, ni freno enfrenar, ni anzuelo pescar, ni red caçar, y finalmente ni ay ley que hos subiuzuge, ni vergüença que hos enfrene, ni temor que hos espante, ni castigo que hos emiende. ¡O, a cuánta malaventura se pone el que a regiros y correiros se obliga!, porque, si tomáis un siniestro, no hos sacará dél todo el mundo; si de alguna cosa hos avisan, nunca la creéis; si hos dan consejo, nunca le tomáis; si hos amenazan, luego hos quexáis; si hos hiere alguno, luego hos derretís; si hos alagan, tomáis sobervia; si hos regalan, tenéis embidia; si dissimulan, hazéishos atrevidas; si hos castigan, tornáishos bívoras; finalmente, iamás muger supo perdonar iniurias ni agradecer benefiçios. Llamen oy la muger más simple de todas las mugeres: yo iuraré que ella iure a menos saber sabe más que todos los hombres, como sea verdad que a la más sabia la falte harto de cordura. ¿Queréis ver, señoras, quán poco es lo que sabéis y cómo es mucho lo que ignoráis? Que en cosas muy arduas assí hos determináis de subito como si mill años pensárades en ello, y si alguno hos contradize el consejo, tenéisle por muy mortal enemigo. Atrevida es la muger que se atreve a dar consejo al hombre, pero más lo es el hombre que le toma de la muger. Torno a dezir que es loco el que le toma, y más el que le pide, y muy más el que le cumple. Mi paresçer es que el que quisiere no estropeçar en tan duras piedras, ni pungirse entre tan malas espinas, ni lastimarse entre tantas hortigas, oya lo que le dixéredes y haga lo que viere, hable bien y obre mal, al prometer prometa mucho y al cumplir no cumpla cosa, y finalmente alabe vuestras palabras y condemne vuestros consejos.

Pregunten oy a muchos y muy famosos varones que ya son muertos cómo les fue con consejos de mugeres quando eran bivos. Yo soy çierto que ni entonçes quisieran nasçer para crearlas, ni agora querrían resusçitar para oýrlas. ¿Cómo le fue a Philippo con Olympíadas, a Paris con Helena, a Alexandre con Rosana, a Eneas con Dido, a Hércoles con Amena, a Aníbal con Thamira, a Antonio con Cleopatra, a Iulio con Domiçia, a Nero con Agrippina. Y si no creyeren a éstos de lo que passaron con éstas, pregunten a mí, triste, cómo me ha ydo con vosotras. ¡O!, mugeres, en acordarme que nasçí de vosotras, aborrezco la vida; en pensar que bivo con vosotras, amo la muerte, porque no ay otra muerte sino con vosotras tractar y no ay otra vida sino de vosotras huir. Común dezir es de mugeres que somos ingratos los hombres porque nasçiendo de vuestras entrañas, hos tractamos como a siervas, y que, pues nos paristes con peligro y nos criastes con trabajo, era iusta cosa nosotros nos ocupásemos siempre en vuestro serviçio.

Muchas vezes me paro a pensar de dónde viene los hombres a las mugeres tanto querer. No ay ojos que no lloren, coraçón que no se quebrante, espíritu que no se entritezca, por ver a un hombre cuerdo perdido tras una loca. Passásele el día al tal en çevar sus ojos, la noche oscura en atormentarse con pensamientos; un día en oýr nuevas, otro día en hazer serviçios; quando ama las tinieblas, quando aborresce la luz; muere con compañía, bive con soledad; y finalmente el enamorado puede lo que no quiere y quiere lo que no puede. Pues más ay, que ni le aprovechan consejos de amigos, ni infamias de enemigos; ni perder la hazienda, ni aventurar la honra; ni dexar la vida, ni buscar la muerte; ni allegarse çerca, ni huir lexos; ni ver con los ojos, ni oýr con

las orejas; ni que guste el gusto, ni toque la mano; y finalmente pudiendo de sí alcanzar victoria, contra sí siempre tiene la guerra.

Pues sepan agora los enamorados de dó proceden sus amores, y es esto. Las entrañas de donde nascimos son de carne; los pechos que mamamos son de carne; los braços donde nos criamos son de carne; los pensamientos que tenemos son de carne, las obras que obramos son de carne, los hombres con quien bivimos son de carne y las mugeres por quien morimos son de carne, por cuya causa, viniendo de la carne dellos al reclamo de la carne dellas, muchos coraçones libres tropieçan en la red de amores. Bien paresçe, señoras romanas, que hos criastes en piscinas, segun arriba dezían los egypçios. Las piçinas ni tienen agua clara que beber, ni fructas que coger, ni pesçes que pescar, ni playa que navegar. Quiero dezir que vosotras en la vida sois suzias, en las personas infames, en las adversidades flacas, en las prosperidades incautas, en las palabras falsas, en las promesas dubias, en aborrescer tenéis desorden, en amar extremo, en el dar sois avaras, en el tomar descomedidas, y finalmente digo que sois unos tremedales donde los sabios hallan peligro y los simples atolladero. En vosotras los cuerdos tienen enlodadas las famas y los simples atolladas las vidas.

Dexada la opinión de los egypçios, vengamos agora a la de los griegos, los quales dicen que en los desiertos de Arabia el sol muestra más la fuerça de su calor, y que en el prinçipio apareçió allí una muger sola y una ave Phénix sola, y que el ave fue criada del agua, y la muger del gran calor del sol y de la carcoma de los árboles de esta manera: que, estando un árbol muy carcomido, sobrevino un globo de fuego que le ençendió, y assí del fuego y de los polvos de aquella carcoma quemada fue la primera muger hecha. Aunque yo soy philósopho romano, no diré yo que dixo mal en esta opinión el philósopho griego; porque, cierto, señoras enamoradas, en las lenguas sois de fuego y en las condiçiones de carcoma. Según la diversidad de los animales, assí naturaleza en diversas partes del cuerpo les puso las fuerças: al águila, en el pico; al olicornio, en el cuerno; a la serpiente, en la cola; al toro, en la cabeça; al osso, en los braços; al cavallo, en los pechos; al perro, en los dientes; al puerco, en los colmillos; a la paloma, en las alas; y a las mugeres, en las lenguas.

Por çierto, no es tan alto el buelo de la paloma como la fantasía de vuestra locura. No araña tanto el gato con las uñas como vosotras arañáis de los nesçios con importunidades. No lastima tanto el javalín al perro que le sigue como vosotras al triste enamorado que hos sirve. No corre tanto peligro la vida del que toma el toro entre los cuernos como la fama del triste que cae en vuestras manos. Y finalmente, no tiene tanta ponçoña una serpiente en la cola como vosotras en la lengua. Yo saco todas las señoras romanas aparte, porque ay muchas nobles en Roma en las quales no ay queixa de sus personas, ni sospecha de sus famas: de estas tales ni habla mi carta, ni escribe mi pluma. De todas las otras no tales, digo de las mugeres que son tales y quales, que todos los animales venenosos no tienen por sus cuerpos tanta ponçoña derramada como una mala muger en su lengua tiene iuncta. Pues los dioses lo mandaron y nuestros hados lo permittieron que la vida de los hombres no pueda passar sin mugeres: aviso a los moços y ruego a los viejos, despierto a los cuerdos y enseñó a los simples que huyan de mugeres de mala fama más que de pestilençia pública.

Leyendo *Las leyes* de Platón muy antiguas, dezían en ellas estas palabras: «Mandamos que toda muger públicamente infamada sea públicamente de la çiudad expellida; porque, viendo otras que

la culpa no quedó sin pena, aborrescerán la culpa por no caer en la pena. (Y decía más la ley.) Item mandamos que le perdonen a la muger todas las culpas que cometiére con su persona si vieren en ella emienda; mas nunca le perdonen las que comete con la lengua, porque con la persona es mala por falqueza, mas con la lengua por malicia.» ¡O!, divino Platón, metro y mensura de todos los entendimientos y príncipe de todos los filósofos: quando en tu siglo dorado heziste tal ley, en el qual tenías tanta penuria de malas mugeres y tanta abundancia de buenas greçianas, ¿qué hizieras oy en Roma, adonde ay tantas malas públicas y tan pocas buenas secretas? Naturalmente las mugeres han de ser en el rostro vergonçosas, en las palabras templadas, en el seso cuerdas, en el andar reposadas, en la conversaçión dulçes y en el castigar piadosas, en la vida recatadas, en la persona retraídas, en las promesas çiertas y en el amor constantes; finalmente la que quiere ser buena, ni de la cordura de cuerdos fíe su persona, ni de la liviandad de livianos su fama.

Guárdese la muger virtuosa de qualquier hombre que le hiziere promessa, ca después que las llamas de Venus están ençendidas y Cupido ha frechado sus frechas, el rico offresçe todo lo que tiene y el pobre todo lo que puede; el sabio que será su amigo y el simple para siempre su siervo; el cuerdo que perderá por ella la vida, el loco que tomará por ella la muerte; los viejos dízenle que serán amigos de sus amigos, los moços lo serán de sus enemigos; unos prometiendo de pagar sus deudas y otros de vengar sus iniurias. Finalmente éstos porque les encubran su pobreza, y aquéllos porque les encubran su pobreza, y aquéllos porque les publiquen su hermosura, dexan las bobas perder sus personas y dar fin a sus famas. Quiero dexar a las buenas, porque no es mi intención más de avisarlas.

Pregúntohos, señoras enamoradas, si Platón fuera agora o vosotras fuérades entonçes, ¿hizierades de mi vida farsa y arrastráredes mi estatua por Roma? No, por çierto. Agora de hecho de lo que vemos en vosotras, agora de sospecha de lo que dizen de otros, pocas ay en Roma en quien Platón y su ley no executase la pena. Una cosa no negaréis: que si soy el peor de todos los hombres, al fin hallastes fin en mis ruindades; pero esto no me negaréis: que la menos mala de vosotras, las maldades de su vida no podré contar en toda mi vida. Gran peligro tienen las mugeres cuerdas en la vezindad de las locas; gran peligro tienen las vergonçosas con las desvergonçadas; gran peligro tienen las retraídas con las atrevidas; gran peligro tienen las castas con las adúlteras; gran peligro tienen las honradas con las infames; porque no ay muger infame que no piense que todas son infames, desee que sean infames, procure que sean infames, diga que son infames, y al fin por encobrir su infamia, a todas las buenas infama.

Días ha, señoras enamoradas, si me conosçéis, hos conosco; si hos dizen, que me dizen; y si sabéis, que sé; y si callastes, callé; y si hablastes en público, yo no hablaré en secreto. Bien sabes tú, Abilina, la que compusiste la comedia, que más caro vendía Heumedes carne de vitellas en su carneçería que tú vírgines innoçentes en tu casa. Bien sabes tú, Toringa, que un día delante mí contavas tus enamorados y, no los pudiendo contar por los dedos, pediste un modín de garvanços. Bien sabes tú, Luçia Fulvia, que quando te fuiste (ya sabes con quién) a Vietro, y hezimos las pazes con tu marido, le sacaste por partido que cada semana o tú dormieses fuera o él no dormiese en casa. Bien sabes tú, Rotoria, que dos años de tu moçedad anduviste por la mar y conçertaste con el cossario pirrata que para çien hombres de armada no pudiese meter otra enamorada en la galera. Bien sabes tú, Egna Curçia, que quando el çensor entró a sacarte las prendas por el tributo, que te halló çinco ropas de hombre con que andavas de noche, y no más

de una de muger con que andavas de día. Ben sabes tú, Pesulana Fabriçia, que Albino Metello delante el çensor siendo casada te puso demanda pública de lo que ganavas en su casa con tus amigos secreto. Bien sabes tú, Camilla, que, no contenta con los de tu tierra, de la mucha freqüentaçión que tenían contigo los de estrañas naçiones, sabes tú hablar todas las lenguas.

He querido señalar a las que me señalastes, lastimar a las que me lastimastes, perseguir a las que me perseguistes, infamar a las que me infamastes. A las otras perdónalas mi pluma, porque ellas me perdonaron en la farsa. Y porque mi carta començó en lo que hezistes de mi persona, quiero que acabe en lo que siento de vuestra fama. Y para esto concluyo que de todos los daños puede hombre escapar con solo apartarse; mas de las mugeres, no, sino huyendo dellas. Acabo y pido a los dioses vea de vosotras lo que vosotras deseáis ver de mí. Y pues sois enamoradas, el consejo que me embiastes con Fulvio torno a embiar con el mesmo, y es que si hezistes de burla la farsa, toméis de burla la respuesta. Marco, el rhódano, a las enamoradas romanas.

CARTA XIV

Embiada por Marco Emperador a Bohemia, amiga suya antigua, porque le embió a dezir que se quería con él ir a la guerra

Marco, pretor romano, puesto en las guerras y trabajos de Daçia, embía salud a ti, su amiga Bohemia, que estás en los plazer de Roma.

Escapando de una batalla muy cruda, los pocos ringlones de tu mano leý y una larga informaçión de tu parte oy. Dígote que me has puesto más espanto que los enemigos temor. En tomando la carta en la mano, luego prendió la yerva de su malicia en el coraçón. Quando desentrapé mi cuerpo de tus deleites, pensé que mi coraçón estava libre del veneno de tus amores. Quando yo por mi voluntad, y tú por más no poder, nos dimos por libres de nuestros plazer, pensé yo también se hazía divorçio de nuestros enojos; mas sois tales las tales, que hazéis destierro de amores y thesoro de passiones. El amor de todas vosotras digirirse ha con una píldora, y la passión de una no la desopilará todo el ruibarbo de Alexandría. Mostráishos muy graves en perdonar un enemigo y muy livianas en mudar cada día amigos. Curiosamente lo he mirado: mientras los deleites tuvieron presa a mi iuventud, que nunca vi en muger conçierto, ni razón en el amar, ni fin en el aborreçimiento.

Tu liviandad presente se querella de mi moçedad passada, y es porque no vees en mí el querer antiguo, ni el serviçio presente. Y por çierto, oyendo tu accusaçión, y no mi desculpa, tan iustamente tú me pagarías con la muerte como yo te pago con olvido, el qual olvido tan ageno ha de ser en el que sirve, como la ingratitud en la dama servida. ¿Piensas tengo olvidada la ley de Venus donde manda que los curiosos amadores sus fuerças exerçiten en armas y sus coraçones ocupen en amores? Y más han de hazer, que su ropa ande muy limpia, sus pies muy a compás, su cuerpo muy reposado, su voz muy baxa y su persona muy grave ha de andar, sus ojos despegados por ventanas y sus coraçones muy remotados por los ayres han de volar.

Por cierto, amiga Bohemia, bocal enamorado es el que tiene el querer captivo y el iuyzio libre. Allí su iuyzio se ha de perder donde su querer se dexó captivar. Esto digo porque sepas que, si mi edad dexó el exerçio, mi iuzio no olvidó el arte.

Quéxaste que a mí he dado mucha holgança y en ti he puesto mucho olvido. No quiero negarte la verdad: en el día del olvido hizieron alarde mis pensamientos y la razón por veedora declaró que ni a mi gravedad permitten que ame, ni en tu edad se suffre ser amada. ¿Agora sabes que muchas cosas dissimula el mundo en los moços en las quales tomados meresçen grave castigo los viejos? Las moçedades hechas en la moçedad proçeden de ignorançia, mas las vilezas en la vejez nasçen de maliçia. Quando yo aguardava cantones, ruava calles, pintava motes, ogeava ventanas, tañía guitarras, escalava paredes, despertava livianos en mi tierna edad, ¿piensas sabía lo que hacía? Quando me veo privado de aquellos mis antiguos plazeres y me veo encoroçado de tantas canas y vestido de tantos dolores, o pienso que no fui entonces o que lo sueño agora. No sabiendo el camino, erré; no viendo los pedregales, tropecé; sin reçelo de los lazos, me enredé; en las verdes espadañas, entrampé; no atinando el vado, me engolfé; en las bovedades de mi loçanía, me perdí; y por eso merezco perdón. Mas agora que salgo de las breñas, ¿me quieres tornar a enriscar?; aún regüeldo a la purga, ¿y offrésçesme nuevos xaropes?; he velado toda la noche, ¿y picas de nuevo al arma? Por la amistad antigua te ruego y por los dioses te coniuero que, pues está rebellado contra tu querer el tu quererme dubdoso, dexé al mi no quererte sin dubda. Mas porque tú a mis canas blancas no arguyas de ingratitud, como yo tu cara arrugada de lascivia, yo quiero que entremos en cuenta de lo que hemos ganado y esperamos ganar. Dime qué se sacan de estos plazeres: el tiempo mal espendido, la fama ensuziada, el patrimonio gastado, el crédito perdido, los dioses enojados, los virtuosos escandalizados, adonde alcançamos nosotros nombres de brutos y sobrenombres de infames y vosotras de tales y quales.

Dizes en tu carta que quieres dexar a Roma y venirme a ver aquí a la guerra de Daçia. Viendo tu locura, ríome; conoçiendo tu osadía, créote. Quando llegué a este passo, torné a mirar la firma, dubdando si era tuya la carta y alteráronse los pulsos del corazón y demudáronse los colores de la cara, imaginando o que en ti sobraba la desvergüença o en mí faltava la gravedad, porque tales liviandades no se confían sino de semejantes livianos. Ya sabes tú que el que haze mal meresçe pena y delante quien se haze infamia. Pregúntote: ¿adónde quieres ir? ¿Dexástete cortar en agraz y quiéreste agora vender por vino? ¿Veniste temprana con las cerezas y quiéreste detener como membrillo? ¿Comímoste en pámpanos y quieres paresçer razimo? Las uvas fueron dulçes, mas el rampojo está ya duro. A poder de pulgadas te maduraron siendo moça y veniste temprana como breva, ¿y piensas que estás madura? Que no estás sino podrida, y si podrida, aborresçida. No te contentas que de quarenta años que has, los veinte y çinco se te han passado en gustaduras, como vino de pregonero, como melones calados y estragados. ¿Tú no eres Bohemia, la que tienes dos dientes menos, los ojos hundidos, los cabellos blancos, la cara arrugada, una mano enclavada de gota y un lado tomado de yjada? ¿Adónde quieres ir, pues, aunque te metas en pipotes y te heches en escaveche, vernás toda molida? ¿Comimos allá el pescado fresco y quiéresme traer las espinas en adobo? ¡O, Bohemia, Bohemia!, agora conosco que en este caso ni ay que fiar de moços ni esperar de viejos, porque debaxo de fría çeniza está rescoldo muy rojo.

Quéxaste ya nada tener. Querella vieja es en las enamorads romanas que, tomando de todos, tenéis menos que ninguno, y esto se causa que lo que hos falta de crédito queréis supplir con fausto. Pues créeme, amiga, que el loco estado que proçede de iniusta ganança poca seguridad y

menos fama puede dar a la persona. Yo no sé por qué estás tan gastada, que si a ti sacavas las cejas con una mano, desatavas mi bolsa con la otra; y más guerra tenías tú con mis arcas entonçes que yo agora con los enemigos. Nunca tuve joya buena que no me pidieses, ni cosa me pediste que yo te negase. ¡O, cuitado de mí, agora que despierto en la senectud, hallo el daño de mi moçedad!

De trabajos y pobreza te quejas. Yo soy el que he menester el socroçio para esa opilaçión, y las estopas para esa herida, y el agua muy fría en tan gran calentura. ¿No te acuerdas que, desterrada mi necesidad en la tierra del olvido y puesta tu voluntad por reqüesta de mi serviçio, en el invierno andava desnudo y en el verano cargado de ropa; por los lodos yva a pie, por el polvo cavalgando; quando triste me reýa, quando alegre yo llorava; del temor sacava fuerças, de las fuerças covardía; las noches en sospirar y los días en ruar passava? Pues si tú alguna cosa avías menester, a mí padre lo avía de hurtar. Dime, Bohemia, ¿con qué complías tú tus locuras públicas sino con mis malos recaudos secretos? ¿Sabes qué me parece de vosotras, las enamoradas romanas?: que sois en la corte polilla de viejos, passatiempo de livianos, thesoreras de neçios y sepulchros de viçiosos. Lo que a mí me parece es que en tu moçedad todos davan a ti porque tú te dieses a todos; agora tú des a todos porque todos se den a ti.

Dízeme que tienes dos hijos y te falta remedio para ellos. Da graçias a los dioses de la piedad que usaron contigo: a quinze hijos de Fabriçio, mi vezino, no dieron más de un padre, y a solos dos tuyos dieron çinquenta padres. Pues repártelos por sus padres, que aun no les cabrá a dedo. Luçía, hija tuya de hecho y mía por sospecha, acuérdate que yo lo hize mejor en su casamiento que tú en su nasçimiento, porque al engendrarla llamaste muchos y al casamiento dexásteme solo.

Muy poco te escribo en respecto de lo que te quisiera escrevir. Butrio Cornelio me habló largo de tu parte. Él mesmo te hablará largo de la mía. Días ha que te conosco por mal sufrida: bien sé que no estarás sin embiarme alguna carta, y aun bien maliçiosa. Ruégote, pues yo te escribo secreto, tú no me disfames en público; y quando leyeres esta carta, acuérdate cuántas ocasiones me has dado para escrevírtela. Porque estemos enojados, no por eso dexaré de embiarte dineros. Ay te embío unas ropas y un libramiento para que cogas mis gajas. Los dioses sean contigo, Bohemia, y a mí saquen con paz de esta guerra. Marco, pretor en Daçia, a Bohemia, la su antigua amiga.

CARTA XV

De la dicha, su amiga Bohemia, en respuesta de la a ella embiada, y es letra de notar

Bohemia, tu antigua amiga, a ti, Marco del Monte Çelio, su mortal enemigo, desea vengança de la persona y mala fortuna para toda tu vida.

Tu carta resçebí, y por ella parece quán dañadas están tus entrañas y quán crudas sean tus maliçias. Este privilegio tenéis los malignos como tú: que hos suffren vuestras ruindades hechas en secreto porque no lastiméis a ninguno en público. Pues no lo avrás así conmigo, Marco, que, si no soy thesorera de tus thesoros, a lo menos soylo de tus maldades, y lo que no puedo con mi

persona trabajaré por vengarlo con mi lengua. Y puesto que las mugeres por ser flacas somos vencidas en el cuerpo, ten çierto que ni por eso jamás somos domeñadas en el coraçón.

Dizes que, escapando de una batalla resçebiste mi carta, y muy gran espanto con ella. Cosa es muy común a los tibios hablar de amores, y a los nesçios tractar de libros, y a los covardes blasonar de armas. Dígolo porque para responder a una carta no avía neçessidad dar cuenta a una muger como yo, si fue antes o después de batalla. Yo bien sé que escapaste della, porque ni serías el primero en acometer ni el postrero en huir. Nunca quando eras moço te vi ir a la guerra que me quedase reçelo de tu vida, porque, conosçiendo tu covardía, dávame pena la absençia, que en lo demás segura estava de tu persona. Pues dime, Marco, ¿qué harás agora en la vejez? Pienso que traes la lança no para ir a la guerra, sino para arrimarte en la gota; el capaçete no pienso que le tienes para esperar cuchilladas, sino para beber en las tavernas; las manoplas, yo estoy segura que no son para iustar en las plaças, sino para empeñar por golosinas. Nunca te vi herir a algún hombre con tu espada y hete visto matar a mill mugeres con tu lengua. ¡O!, maligno Marco, si fueses tan esforçado como eres maliçioso, tan temido serías en las naçiones bárbaras como eres aborreçido, y con razón, de las matronas romanas. Dime lo que quisieres, que a lo menos esto no me lo podrás negar: que has sido y eres agora amator tibio, cavallero covarde, amigo desconosçido, avariento infame, maliçioso crudo, enemigo de todos y amigo de ninguna; y sobre todo las que te conoscimos liviano moço, agora te condemnamos por viejo loco.

Dizes que, en tomando la carta en la mano, luego prendió la yerva de su maliçia en tu coraçón. Yo lo creo sin que me lo iures: que en ser cosa de maliçia luego avía de hallar posada en tu casa. En los animales podridos prende la yerva, que en los bien complexionados luego reviesan. De una cosa soy muy cierta: que nunca tú morirás con ponçoña, porque un veneno pocas vezes daña a otro veneno. ¡O!, Marco maligno, y si todas te conosçiesen en Roma como te conosçe esta triste Bohemia, verían quån diferentes son las palabras que dizes a las entrañas que tienes, y que si por las escripturas que compones meresçes nombre de philósopho, por las maldades que inventas meresçes renombre de tyranno.

Dizes que nunca viste en muger conçierto en el amar ni fin en el aborresçer. Yo tengo gran gloria que en pensar que otras romanas de Roma sin mí de tus poquedades tienen notiçia. Mira, Marco, quiérote desengañar, porque tú eres tal, que ni meresçes iamás te comiençen amar ni iamás te dexen de aborresçer. ¿Quieres tú conçierto en los amores, no siendo tú fiel en los serviçios? ¿Quieres tú servir de burla y que te amen de veras? ¿Quieres tú gozar de la persona sin costa de tu hazienda? ¿Quieres tú ayan fin nuestras queexas no atajando tú tus maliçias? Mal conosçes mugeres. Hágote saber que ni somos tan locas como pensáis ni vosotros tan cuerdos como hos loáis. Hasta agora más hombres hemos visto dexarse al querer de mugeres que mugeres al querer de los hombres. Mill vezes lo he visto, y aun tú y yo platicado, que un hombre no tiene coraçón para apoderarse con tres mugeres cuerdas, y una muger le tiene para acoçear a trezientos livianos.

Dizes que estás espantado de mi liviandad: verme dexar a Roma y quererme ir contigo a la guerra. Grande es el amor de la patria, pues muchos dexan muchos bienes que tenían en tierra agena y biven en estrecha pobreza en su tierra propria; pero mayor era mi amor, pues dexava a Roma con todos sus plazeres y te yva a buscar a tierras estrañas entre batallas tan crudas. ¡O!, maligno Marco, ¡o!, amigo desconosçido: si yo quería dexar a Roma, era por ir a buscar a mi

coraçón, que estava allá contigo en la guerra. Y por çierto muchas vezes, pensando en tu ausencia, me tomavan desmayos, y como el coraçón no estava conmigo, iamás me podía aprovechar de algùn remedio. No pensé yo que eran nuestros amores como el de los animales, que gozan sus plazeres sin quererse en sus voluntades. Yo te iuro por la diosa Vestal y la madre Bereçinta más me debes por el amor que en un día te tuve que por los serviçios que en veinte y dos años te hize. Mira, malvado Marco, cuánto yo te quería, que en presençia siempre te mirava, en ausencia siempre en ti pensava; entre sueños te soñava, tus trabajos yo los llorava y tus plazeres yo los reya; y finalmente todos mis bienes quise para ti y todos tus males tomava para mí. Dígote una cosa: que agora no siento tanto las persecuçiones que me hazes como el desconoscimiento que me muestras. Gran dolor es del avaro ver sus bienes perdidos, pero sin comparación es mayor el del enamorado ver sus amores mal empleados. Lástima es que siempre lastima, pena es que siempre pena, dolor es que siempre duele y muerte es que nunca acaba. ¡O!, si conosciédes los hombres quán de veras aman las mugeres quando han de amar, y quán de coraçón aborresçen quando comiençan aborresçer. Yo te iuro que nunca las comunicásedes con amor, o si las amásedes, nunca las dexásedes por miedo de su temor. Y como nunca aya gran aborresçimiento sino donde hubo primero mucho amor, por eso tú no serás muy aborresçido, porque iamás fuiste de veras de señoras amado. La triste Bohemia te amó veinte y dos años de su vida: ella sola te aborresçerá hasta después de su muerte.

Dizes que me dexé comer en agraz y que me quiero vender agora por vino. Yo conozco que erré como moça y liviana, y quando conocí aver errado el camino, ya mi desdicha no llevaba remedio. Aquélla es grave pérdida, la qual sin otras pérdidas mayores no se puede remediar aquella pequeña. Yo erré como muger y flaca, mas tú como hombre y fuerte. Yo erré con la ignorançia simple, mas tú con malicia pensada. Yo erré no sabiendo que errava, mas tú sabías lo que hazías. Yo me fié en la fee de tus palabras como de cavallero, y tú me engañaste con mill mentiras, como mentiroso. Dime: ¿tú no buscaste ocasión de entrar en casa de mi madre Getulia por sonsacar a mí, su hija Bohemia? ¿Tú no prometiste a mi padre de enseñarme a leer en un año, y tú leýasme el libro de *Amores* de Ovidio? ¿Tú no iuraste de ser mi marido y después alçástete a tu mano como malo y adúltero? ¿Tú no sabes que ni tú hallaste vileza en mi persona ni yo verdad en tu boca? A lo menos no podrás negar que no ayas sido a los dioses reo, a los hombres infame, a las romanas odioso, a los buenos escándalo, a los malos exemplo y finalmente a mi padre traidor y a mi madre fementido y a la triste de Bohemia enamorado desconosçido. ¡O!, Marco maligno, ¿tú no me cortaste en hoja, offresciéndote a mis padres de guardarles su viña segura? Muy mal se pueden fiar los pollos del milano, las ovejas del lobo y las colmenas del osso; pues muy peor eras tú quando criavas hijas de buenos, ¡o!, maligno Marco. Donoso viñadero avían hallado las matronas romanas para sus hijas en ti. Yo te iuro que no escapó razimo ni parra que no fuese o comida o picada. Tú me comiste en agraz, yo te iuro que te haga mala dentera.

Dízeme que me maduraron a poder de pulgadas como breva. No me pesa tanto por lo que dizes como por lo que me das ocasión de dezirte. Es tu vergüençia tan desvergonçada, y tu maldad tan descomedida, que no puedo responderte a tu propósito sin lastimarte en lo muy bivo. Pregúntote: quando te casaste con Faustina, ¿hallástela verde o madura? Bien sabes tú, y también lo sé yo, que otro ençentó la cuba y tú beves las hezes; otro vindimió primero la viña y tú andas a la rebusca; otro la comió en agraz y a ti te hechó la dentera. ¡O!, Marco maligno, mira cuántas son tus maldades, y cómo los dioses te dan iustos castigos, que ni siendo moço mereçiste ser querido

de tus amigas, ni agora merescés te guarden fidelidad tus mugeres. Para vengarme yo de tu persona no he menester yo más de verte casado con Faustina. Por la madre Bereçinta te prometo que si tu poca cordura alcançase a conosçer por entero lo que de ti y della dizen en Roma, de verdad que llorases de día y de noche la vida de Faustina, y dexases a la triste Bohemia. ¡O!, cuitado de ti, Marco, y quán desplomados están los juizios nuestros de los pensamientos tuyos, porque con tu gran doctrina tu casa de día está hecha escuela de philósophos y la lascivia de tu Faustina la tiene hecha de noche burdel de rufianes. Iusto juizio es de los dioses que, pues basta para emponçoñar a muchas buenas tu sola maliçia, la maldad de una sola muger sea bastante a derrocar tu fama. Una differençia ay de mí a ti y a tu Faustina: que mis cosas son de sospecha, pero las vuestras de hecho; las mías son secretas, pero las vuestras públicas; yo tropeçé, pero vosotros caístes; de una cosa merezco castigo, mas vosotros por ninguna merescéis perdón; mi deshonra murió con mi culpa y enterróse con mi emienda, mas vuestra infamia nasció de vuestros deseos, crióse con vuestras maliçias y bive con vuestras obras; y finalmente por eso vuestra infamia nunca morirá, porque vosotros nunca biviréis. ¡O!, Marco maligno, ¿con quanto sabes no sabes que, perdiéndose la vida buena, se cobra la fama mala, y acabándose la vida mala comiença la fama buena? No cesas tú de dezir maliçias solo con sospecha que te dan tus falsos juizios ¿y quieres tú que callemos lo que vemos con nuestros ojos? De una cosa está seguro: que a ti y a tu Faustina no hos levantarán falso testimonio, porque son tantas las verdades, que no ay neçessidad de inventar mentiras.

Dizes que vieja querella es en las enamoradas romanas que, tomando de muchos, seamos más pobres que todos, porque faltándonos el crédito seamos honradas por el fausto. Cosa es çierta que de las çarças no hemos de esperar sino rampojos; de las enzinas, avellotas; de las ortigas, ronchas; y de tu boca, maliçias. Curiosamente lo he mirado, que iamás te vi sino dezir mal de todos, ni jamás sentí quererte bien alguno. ¿Qué mayor castigo quiero yo de tus maldades, ni mayor vengança de mis iniurias, sino ser çierta que a todas las señoras romanas les pesa con tu vida y a todas les plaze con tu muerte? Maldito el hombre cuya vida lloran muchos y en cuya muerte se ríen y gozan todos. Propriedad es de mezquinos e ingratos como tú olvidar lo mucho que resçiben y çaherir lo poco que ellos dan. Los coraçones generosos, quanto se regalan y glorían en dar a otros, tanto se afrentan en resçebir serviçios, porque dando se hazen señores y resçibiendo se tornan esclavos. Pregúntote: ¿qué es lo que me diste, o qué es lo que tú de mí resçebiste? Yo aventuré mi fama, dite la possession de mi persona, hízete señor de mi hazienda, desterréme de mi patria, puse en peligro mi vida, ¿y en galardón de todo esto çayéresme agora con una miseria? Nunca cosa me diste de coraçón, ni yo la resçebí de voluntad, ni iamás me hizo provecho. Y como todas las cosas cobren nombre no por la obra pública que vemos, sino por la intençión secreta con que la obramos; y tú, malvado, me querías no por gozar mi persona, sino por cohecharme mi pecunia; llamarte hemos no enamorado polido, sino ladrón cossario y mañoso.

Un anillo tenía tuyo: acordé de echarle en el río, y una vestidura que me diste luego la quemé en el fuego. Y si supiese lo que en mi cuerpo se ha augmentado quando tu pan comí, la carne cortaría estando sana y la sangre me sacaría sin calentura. ¡O!, Marco maligno, tu offuscada maliçia no te dexó entender mi clara letra, porque yo no te embiava a pedir dineros para sobrellevar mi pobreza y soledad, sino conosçimiento y agradescimiento para satisfacer a mi coraçón y voluntad. Los hombres vanos y codiçiosos como tú se contentan con dones, que los coraçones encarniçados en amores poco les satisfazen dineros, porque el amor sólo se paga con

amor. El hombre que no ama como hombre de razón, sino como bruto bestial, y la muger que no ama por ser amada, sino por interesse a su persona, a los tales ni han de creer sus palabras, ni querer sus personas, porque el amor della se acaba quando a él se le acaba la hazienda, y el amor dél quando a ella se le pierde la hermosura. Si el amor tuyo sólo procedía de la hermosura de mi cara, y el mi amor sólo se movía por el dinero de tu bolsa, iusta cosa es que no nos llamen cuerdos enamorados, sino livianos alivianados. ¡O!, Marco maligno, nunca te amé por tu hazienda, aunque tú me amavas porque era hermosa; de corazón te amé entonces y de todo corazón te aborresco agora.

Dizes que usaron los dioses gran piedad conmigo en darme pocos hijos y a ellos muchos padres. La mayor maldad en las mugeres es ser desvergonçadas, y la mayor ruindad en los hombres es ser deslenguados. Muchas cosas se han de suffir por la flaqueza de las mugeres, las cuales no se permiten en la cordura de los hombres. Esto digo porque jamás vi en ti templança para encobrir las maldades propias, ni cordura para dissimular las flaquezas ajenas. Tú dizes que mis hijos tienen muchos padres. Pues yo te iuro que los hijos de Faustina, aunque tú mueras, no queden huérfanos. Y de verdad, si los dioses dizes que fueron piadosos con mis hijos propios, no menos lo eres tú con los hijos estraños, porque a ti Faustina no te tiene sino por escusa de sus errores y por ayo de sus hijos. ¡O!, Marco maligno, bien puedes perder tu cuidado, que tus hijos propios no han menester casamiento. De una cosa te somos en cargo, y es el exemplo que nos das a todos de suffrimiento, que, pues tú suffres a Faustina tantas infamias públicas, no es mucho te sufframos a ti algunas secretas.

Y al presente no digo más, sino que doy fin a esta carta deseando el fin a tu persona.

CARTA XVI

Embiada por Marco Emperador a Macrina, donzella romana, de la qual se enamoró viéndola a una ventana

Marco, el muy deseoso, a ti, Macrina, la muy deseada.

No sé si en dicha de mi desdicha o en desdicha de mi dicha, pocos días ha te vi a una ventana, donde tenías tus braços tan cogidos como yo mis ojos despegados. Malditos para siempre sean, porque, en mirando ellos tu rostro, luego de ti quedó mi corazón captivo. El principio de tu conoçimiento fue fin de mi razón y sentido. De huir de un trabajo vienen a los hombres infinitos trabajos. Dígolo porque, si yo no estuviera oçioso, no saliera de casa; y no saliendo de casa, no passara por tu calle; y no passando por tu calle, no mirara a tu ventana; y no mirando tu ventana, no deseara tu persona; y no molestando tu persona, no pornía en tanto peligro tu fama, ni yo arriscara la vida, ni daríamos qué dezir a toda Roma.

Por çierto, señora Macrina, en este caso a mí condemno, pues te quise mirar, y a ti no salvo, pues quesiste ser mirada. Pues te pusiste por blanco, no es mucho assestase yo con las saetas de mis ojos a tu terrero. Alcoholicar los ojos, çerçenar las pestañas, entresacar las çejas, enterneçer el rostro, encarnar los dientes, colorar los labrios, descrinar los cabellos, entornijar las manos, estirar la garganta y vestirse mill maneras de ropas, traer las bolsas llenas de olores, las muñecas

y orejas llenas de bugerías; pregunto: una muger con todas estas cosas, ¿qué es su fin ponerse a las ventanas? Por agora, hasta que más piense en ello digo que, pues nos mostráis vuestros cuerpos públicos en público, devéis querer conoscamos vuestros deseos secretos en secreto, y si assí es, como affirmo que assí es, parésceme, señora Macrina, debes querer a quien te quiere, amparar a quien te busca, responder a quien te llama, y sentir a quien te siente, y entender a quien te entiende, pues me entiendes que te entiendo y te entiendo que me entiendes.

Acuérdome que, yendo a la vía Salaria ver iustiçiar unos ladrones, a unas ventanas te vieron mis ojos, de la qual quedaron ahorcados todos mis deseos. Más iustiçia heziste tú de mí que no yo hize de aquellos, porque, siendo yo iustiçia, iustiçiaste a la iustiçia sin osarte ninguno dar pena. No fue tan cruda la horca con aquellos que iamás supieron sino malhazer como tú conmigo, que no pienso sino en qué te puedo servir. Ellos padesçieron una muerte y tú házesme padesçer mill. Ellos en un día y una hora acabaron su vida, y yo cada momento trago la muerte. Ellos padesçieron culpados, mas yo padezco innoçente. Ellos en público, yo en secreto. ¿Qué más quieres que te diga? Por çierto, ellos lloravan con los ojos lágrimas porque murían y yo lloro con el coraçón gotas de sangre porque bivo. Ésta era la differençia, que ellos tenían derramados los tormentos por todo el cuerpo y yo los tengo iunctos en el coraçón. ¡O!, cruel Macrina, no sé qué iustiçia es ésta, que maten a los hombres que hurtan dineros y dissimulen con las damas que roban coraçones. Pues cortan las vidas a los que cortan las bolsas, ¿por qué perdonan a las damas que desentrañan nuestras entrañas? Por tu nobleza te ruego, y por la diosa Venus te coniuero, o respondas a mi deseo o me restituyas el coraçón que me tienes robado.

Bien quisiera que quisieras, señora Macrina, conosçieras antes la fee muy limpia de mi coraçón que no la carta borrada de mis pulgares. Si mi dicha en esto fuera tan grande, y tu amor tan comedido, esperara yo con la vista ganar lo que sospecho por la carta perder. La razón de esto es porque oyrás mis malas razones leyendo la carta, y si me vieses, verías mis crudas lágrimas que te offresçe mi mala vida, ¡O!, si los rabiosos males los supiese assí pregonar la boca como lo sabe sentir el coraçón, yo te iuro, señora, que el grave dolor mío despertase al mucho descuido tuyo; y como tu hermosura y mi affiçión me hizieron tuyo proprio, tu conosçimiento y mi passión te harían mía sola. Querría yo que mirases los prinçipios y por ellos guiases los fines. Por çierto, en aquel día que desde el omenaje de tus ventanas agarrochaste mis deseos, no tuve menos flaqueza para vençerme que tú fuerça para forçarme, y más fue el poder tuyo para quitarme de mí que no mi razón para quitarme de ti.

Agora, señora Macrina, no te pido mercedes, sino que nos declaremos nuestras voluntades; pero en este caso ¿qué quieres que diga que espero que me dirás, sino que tuviste tanto poder en mí y yo tan poco en mi libertad, que, no queriendo, mi coraçón no puede ser sino tuyo, y el tuyo, pudiendo y queriendo, no quieres declararle por mío? Y pues ya no puede ser que no sea estar condenada mi vida al fisco de tu serviçio, sey tan çierta de mi fee como yo soy dubdoso de tu esperança, que por mayor bien avré por ti perderme que por ninguno ganarme.

No te quiero por agora más dezir, sino que de mi perdiçión tú hagas cuenta, de mi muerte saques vida, de mis lágrimas pregones gozo, y porque yo en tu fee terné mi fee y en tu esperança nunca desesperaré, ay te embío unas diez sortijas de oro con diez piedras de Alexandría, y por los dioses immortales te coniuero que, quando las pusieres en los dedos, a mí pongas en tus entrañas. Marco, el muy amoroso, te escribe de su propria mano.

CARTA XVII

Embiada por Marco Emperador a la sobredicha Macrina, en la qual le manifiesta cada día por ella tener mayor pena

Marco, vezino de Roma, a ti, Macrina, su muy dulce enemiga. Llámote dulce porque es justo por ti morir, y llámote enemiga porque no me acabas ya de matar. No sé en qué está esto: desde la fiesta de Iano acá te he escripto tres cartas, en respuesta de las quales quisiera ver siquiera tres letras. Si te sirvo, no te quieres servir; si te hablo, no me quieres hablar; si te miro, no me quieres mirar; si te llamo, no me quieres responder; si te visito, no me quieres ver; si te escribo, no quieres responder; y lo peor de todo, que si otros te dizen mis ansias, échaslas todas en burlas. ¡O!, si yo tuviese tanto saber para de ti quejarme como tú poder para quejoso hazer a mí, no menos sería loada mi sabiduría entre sabios que tu hermosura entre locos.

Mucho te ruego no mires los desconçiertos de mis razones, mas mires la fee de mis lágrimas, las quales por testigos de mis males te doy. No sé qué bien de mi mal te puede venir, ni qué ganancia de mi pérdida puedes esperar, ni qué seguridad de mi peligro puedes sacar, ni sé qué plazer de mi despesar puedes tener. Diéronme por respuesta de la embaxada que sin ser leída por tus manos fue hecha pedaços mi carta. Bastar deviera pensar quán hecha quartos tienes mi persona. Mucho quisiera, señora Macrina, leyeras aquellos pocos ringlones porque por ellos vieras quán turbados están mis pensamientos. Estremadas sois las mugeres, que por una parte una sola muger se compadesce de todos los hombres en general, y por otra todas iunctas sois crueles para uno en particular. En público perdonáis a todos la vida y en secreto procuráis a todos la muerte. Yo no tengo en nada lo que, señora Macrina, heziste; pero quéxome de lo que con Valerio, tu vezino, me embiaste a dezir. Una cosa querría que tuvieses en la memoria y no la pusieses en olvido, y es que, pues fue tan poca mi libertad y tan grande tu poder, para que siendo todo mío me tornase todo tuyo, pensases que quando iniurias a mí más iniurias a tí, pues ya yo en tí muero como tú en mí devrías bivar. En tan mal propósito no perseveres, porque aventuras la vida de entrambos, dañas la condiçión tuya y destruyes la salud mía, y al fin al fin has de venir a la melena.

Perdonadme, señora Macrina, porque hos quiero dezir una malicia, y es ésta: sé yo que deseáis las mugeres una cosa y queréisnos hazer encreyente que ni hos passa por pensamiento della. Bien solías tú ser acondiçionada, y a lo menos, si no lo eras en la obra, tenías dello la fama, y fama antigua no se deve perder con ingratitud nueva. Bien sabes tú quán contrarios son el desagradesçimiento y la virtud en casa del virtuoso, y que no puedes virtuosa dezirte sin agradescida llamarte. No ay cosa en qué mas se mire la ingratitud que es en el desamor. Que te visite y no me visites no es nada; que te hable y no me hables no es nada; que te conosca y me desconoscas no es nada; que yo llore y tú te rías no es nada; que te pida y lo niegues no es nada; que me devas y no me pagues no es nada; pero que te ame y no me ames esto es mucho, lo qual ni ojos pueden dissimular, ni coraçón sufrir. Todos los viçios en los mortales es razón se perdonen porque se cometen según naturaleza, sino el desamor en las mugeres y la ingratitud en los hombres, que se cometen por malicia. Pues muchos serviçios por mí a ti hechos y muy mayores deseos para adelante hazer, tú sola, señora Macrina, con una sola cosa me puedes pagar.

Ruégote no seas agora escasa en darme el remedio, pues yo no lo fui en offresçerme al peligro. Si dizes que Patroclo, tu esposo, de ti tiene la propiedad, a lo menos resçíbeme a prueba. Yo pretender la possessión, y de esta manera en la vanagloria de ser tuyo se embevería el daño de no ser mío. Maravillado me tienes cómo para merçed tan pequeña puedes suffrir importunidad tan larga. Por çierto muchas cosas otorgamos a un importuno que no las otorgaríamos a un hombre templado. Si esperas, señora Macrina, vençerme, yo me doy por vençido; si perderme, yo me doy por perdido; si matarme, yo me doy por muerto, porque en el gasto que llevo por tu puerta y en los suspiros que doy en mi casa conosçerás cómo el mucho resistir mío y el bravo combatir tuyo son edifiçios más para aplazar la muerte que no para defender la vida. Si quieres que escape de este daño, no me niegues el remedio, porque mayor virtud te sería matarme que fealdad remediarme. Y no es iusto por tan poco preçio perder la fee de tan gran serviçio. No sé para hazer a mí deudor y a ti pagadora qué pueda dezirte. Y lo peor de todo, ni sé qué diga, ni en qué açierte, porque yo no nascí para açertar en mi provecho, sino para ser çierto en tu serviçio. Y pues fiastes de quien sabes la embaxada secreta, del mesmo fío esta letra pública y mi respuesta secreta.

Aý te embío un joyel de perlas y un pesante de oro. A los dioses pido y a ti ruego con aquella voluntad tú lo resçibas con que yo te lo presento. Marco, el orador, a ti, Macrina, la inexorable.

CARTA XVIII

Embiada por Marco Emperador a Libia, hermosa dama romana, de la qual se enamoró viéndola en el templo de las vírgines vestales

Marco, el muy cuidadoso, a ti, Libia, la muy descuidada. Si tu descuido se passase en mí y mis ansias se aposentasen en ti, allá verías quán pequeña es la querella que doy respecto del tormento que passo. Si las llamas saliesen de fuera como el fuego me arde de dentro, al çielo tiñería con humo y a la tierra haría una brasa. Si bien te acuerdas, la primera vez te vi en el templo de las vírgines vestales, en el qual estando en pie tú rogavas a la diosa por ti y yo de rodillas a ti rogava por mí. Sabes tú y sélo yo que azeite y miel offresçías a los dioses y yo a ti offresçía muchas lágrimas y suspiros. Pues iusto es que se dé más por lo que se offresçe de las entrañas que no por lo que se saca de las colmenas, acordé con acuerdo muy desacordado escrevirte esta letra por ver si eras servida las saetas de mis deseos assesten al blanco de tu serviçio.

¡O!, triste de mí, que la calma presente me amenaza con la tempestad futura. Quiero dezir que el çierto desamor tuyo haze dubdosa la esperança mía. Mira qué desdicha: yo avía perdido una carta y torné al templo en busca della; y, hallada la letra en que yva muy poco, perdíme a mí mesmo, en que yva muy mucho. Considerando mi poco meresçimiento, bien veo que mis ojos las escalas de mi fee en tan alto muro pusieron que no menos çierta está la caída que dubdosa la subida. Abaxando tú las hojas de tus altos meresçimientos y poniéndome yo de puntas con muy continuos serviçios, tomaré para mí la fructa y darás a quien mandares la hoja. Por los dioses immortales te iuro que estoy de mí muy maravillado, porque pensava yo que en el templo de las vírgines vestales no venían a los hombres tentaçiones. Agora hallo por experiençia que aquella muger es más bivamente combatida la que con muchas guardas presume ser muy guardada. Todos los daños corporales primero son oýdos que conosçidos, y conosçidos que vistos, y vistos

que sentidos, y sentidos que gustados, si no es el passador del amor, del qual primero se siente el golpe donde hiere que el traquido de donde suelta. No es tan repentino el rayo, que no le pregone primero el trueno; no caen tan súbito las paredes, que antes no se desmoronen algunos terrones; no viene con tan gran sobresalto el frío, que nos nos aperçiban con algún voçezo: sólo el amor no es sentido hasta que en las entrañas está apoderado.

Sepan los que no lo saben, y tú, señora Libia, si lo quieres saber, que el amor duerme quando velamos y vela quando dormimos; ríe quando lloramos y llora quando reímos; él assegura prendiendo y prende quando assegura; habla quando callamos y calla quando hablamos; y finalmente es de tal condiçión, que por darle nuestro querer nos haze en pena bivir. Yo te iuro que, quando mi voluntad se hizo tu sierva y tu hermosura te causó ser mi señora, quando yo fui al templo y a ti halle en el templo, ni tú orando te acordavas de mí, ni yo desdichado me acordava de ti. ¡O!, cuitado de ti, mi coraçón, que estando entero te partieron; estando sano, te hirieron; estando bivo, te mataron; siendo mío, te robaron; y lo peor de todo, que, no ayudándome a la vida, consientes que acometa la muerte. Muchas vezes, señora Libia, considerando que mis pensamientos son altos y mi fortuna es baxa, querríame apartar de ti; pero mirando que mis trabajos son bien empleados en tus serviçios, digo que, aunque puedo, no quiero apartarte de mí.

No quiero negar una cosa, y es que de todas las cosas el maldito amor nos quita el gusto, y de aquellas solas nos pone appetito, las quales nos hazen muy mal provecho. Ésta es la prueba del que de coraçón ama: que más quiere un disfavor de lo que ama, que todo el favor de esta vida. Pienso, señora Libia, te espantarás que, viéndome todos de fuera como philósopho, tú me conozcas en secreto enamorado. Mucho te ruego no me descubras, porque si los dioses me dan larga vida, tengo voluntad de emendarme, y como agora soy moço loco, a la vejez seré viejo cuerdo. Los dioses saben lo que yo deseo, y aun la fuerça que a mis fuerças hago; pero como la carne es flaca, el coraçón tierno, las ocasiones muchas, los virtuosos pocos, el mundo sutil y la gente maliçiosa, esta primavera pássomela en flores, con esperança que a la otoñada terné algunas fructas. ¿Piensas tú, señora Libia, que los philósophos muy sabios no son heridos de amores crueles, y que debaxo de sus vestiduras ásperas no están sus carnes muy blandas? Por çierto, so la çeniza fría están las ascuas muy bivas; entre el hueso muy duro se cría la cañada muy blanda; so las espinas agudas nasce la castaña muy tierna. Quiero dezir que debaxo del vestuario áspero está el amor verdadero.

Yo no niego que nuestra flaca naturaleza no se recuta con nuestra virtud; yo no niego que los iuveniles deseos no se repriman con virtuosos propósitos; yo no niego que el brío de la moçedad no se enfrene con el freno de la razón; yo no niego que lo que la carne procura muchas vezes cordura se lo estorva; pero también confieso que hombre que no es enamorado no puede ser sino neçio. ¿Y tú no sabes que, si somos sabios, que por eso no dexamos de ser hombres? ¿Y tú no sabes que quanto deprendemos toda nuestra vida no abasta para saber domeñar la carne por sola una hora? ¿Y tú no sabes que en los hombres sabios, en este caso han aconteçido mayores yerros? ¿Y tú no sabes que a esta carne maldita ni ay ley que la encamine, ni temor que la sojuzgue, ni pena que la lastime, ni razón que la encamine? ¿Y tú no sabes que fueron y son muchos los maestros de virtudes, y muchos más fueron y son los acoçeados de viçios? ¿Pues de qué te espantas, si te espantas de mí solo? No lo digo fingido, sino que de verdad lo confieso, que nunca tuve el iuyzio tan claro como quando me aventava con sus alas Cupido.

Jamás hubo hasta mis tiempos hombre notado por sabio que no fuese agarrochado del amor de Cupido. Thales, el filósofo griego, fue enamorado de Thamires; Solón Salamina, dador de leyes, fue enamorado de una griega; Píthaco Mithelino, dexada su muger propia, se enamoró de una esclava que truxo de la guerra; Cleóbolo el Curiano, al cabo de ochenta años de su edad y quarenta y cinco que leyó filosofía, escalando la casa de una su vezina, cayó y murió de una escalera; Periandro, príncipe de Achaya y gran filósofo de Grecia, por ruego de sus amigas mató a su muger propia; Anacharses, filósofo scythia de padre y griego por parte de madre, tanto amor tuvo con una amiga suya thebana, que le enseñó quanto sabía y, quando él estava malo en la cama, ella leía por él en la Academia; Epiménides cretense, el qual dormió quinze años sin despertar, aunque fue gran cultor de los dioses diez años, estuvo desterrado de Athenas por amor de mugeres; Arquita tarentino, maestro de Platón y discípulo de Pythagoras, más se ocupó su juicio en inventar género de amores que no sus pulgares en doctrinas y virtudes; Gorgias Elleonteno, natural de Tinacria, más concubinas tenía en su casa que libros en la Academia. Todos estos fueron sabios y vemos que fueron al fin al fin de la carne vencidos; pues no culpes a mí solo, que, como cuento estos pocos, podría armar una flota de otros muchos.

Por cierto, muchas cosas ha de tener el que por ser curioso enamorado hemos de sentenciar: ha de tener los ojos tan despegados en pos de quien ama, tan alterado el juicio en lo que piensa, tan turbada la lengua en lo que dize, que en mirar ciegue, en pensar se desmaye y en hablando se turbe. ¡O!, señora Libia, los amores de burla, de burla se pasan; mas donde de veras el corazón está fistolado, y no de burla, el amor derrama su ponçoña, el cruel Cupido hasta las plumas frecha su frecha, allí los ojos lloran, el corazón sospira, las carnes tiemblan, los nervios se descoyuntan, los poros se abren, el juicio se embota, la razón se desploma y todo por tierra se allana; finalmente el triste, morando en sí, no tiene nada de sí.

Todo esto digo porque, si no me falta saber para saber enseñar al enamorado, sey cierta no me faltarán obras para obrarlas en tu servicio. Y pues ya en la desdicha de verte fue mi dicha de conocerte, no te pido sino que me ames de veras, pues yo no te amo de burla. Y si oyeres que del corazón estoy malo, pídotte le hagas allá algún beneficio, que pues tú sola le tienes contigo, iusto es tú sola le busques remedio. Además, fui muy consolado quando Fabio Carlino me rogó de tu parte por un preso: yo hize sin embargo lo que mandaste porque tú algún día hagas libremente lo que yo te rogare. Y mira, señora Libia, que la muger que se sirve con servicios, indicio es que dende a poco recibirá ruegos. Y si mis fuerças no han de desquiciar la puerta de tu propósito, ¿por qué no quieres del dechado de mi demanda sacar tan erradas labores para tu fama?

Ruégote que no me descubras lo uno y no me trayas engañado lo otro, porque tú ya vees que el otorgar remedia, el desconfiar consuela, el prometer engaña, la dilación pelagra y el entretener enlaza. Bien veo que entre discretos el presuroso pedir merece espaciosa respuesta; pero yo no quiero que quieras, sino que como te quiero me quieras. Torno de nuevo a pedir: de mí que soy todo tuyo, y de mí que soy nada mío, de mí para ti en todo y por todo te quieras servir de mí. Y mira, señora Libia, que es tan honesto para ti como provechoso para mí que buelvas al revés tus deseos y desordenes el orden de tus propósitos, porque ya tú vees que es mejor temprano guarescer que tarde con muerte salir. Todas las mugeres tenéis un daño, y es éste: que jamás recibís consejo aunque hos le den en algún gran caso. Y si assí es, paréçeme que, pues te

preçias de hermosa, te preçies de aconsejada; y de esta manera, caso que mi daño sea mucho y tu sufrimiento sea poco, a mí llamarán sabio en darte el consejo y a ti agradeçida en ponerle por obra. Una cosa te digo, y perdóname porque te la quiero dezir: que estáis tan infamadas las mugeres en no querer tomar consejo, que las que le tomáis asseguráis tanto vuestra fama en errar por el paresçer ageno, quanto la aventuráis en açertar por el vuestro proprio. Parésçeme, si a ti te paresciere, y querríalo, si tú lo quisieses, que una por una hizieses lo que yo te consejo, y si mal te hallases, alçáste a tu mano.

No quiero más dezirte, señora Libia, sino que te presento mis ansias como desdichado, mis sospiros de desesperado, mis serviçios como de siervo tuyo, mis dolores de atribulado, mis palabras de philósopho y mis lágrimas de enamorado. Ay te embió una çinta de oro; con tal condición te la doy, que en ella pongas los ojos y en mí emplees el coraçón. Ruego a los dioses que a ti den a mí y a mí den a ti. Marco, el que es philósopho público, te escribe está en mucho secreto.

CARTA XIX

Embiada por Marco Emperador a Pyramón, su pariente y amigo muy antiguo suyo, en la qual le consuela en un gran desconsuelo que tenía

Marco, orador romano, oriundo del monte Çelio, a ti, Piramón de Lugduno, mi espeçial amigo, desea salud a la persona y esfuerço contra la siniestra fortuna.

En las tres calendas de Iano resçebí una letra tuya, y por ella paresçe tú aver resçebido otra letra mía. No hago cuenta de tus palabras, pero tengo en mucho lo que quieres dezir por ellas. Pues sin declararte te declaro, y sólo por señas te entiendo, razón sería que por lo mucho que te he escripto ya me huvieses entendido; pero eres tan torpe, que ni llamándote oyes, ni hiriéndote sientes. Viniendo, pues, al caso, ya sabes tú, Piramón, quán propinquos somos en el parentesco, quán antiguos en la amistad, quán firmes en el amor, quán tiernos en los coraçones, y quán probados en todo lo que se pruevan los verdaderos amigos. Bien te acordarás quándo, quánto y cómo estuvimos en Rhodas, donde en una casa moramos, en una mesa comimos; lo que tú pensavas yo lo ponía por obra, lo que yo quería tú no lo contradezías. Por çierto, tú en mi coraçón y yo en tus entrañas; tú siendo yo y yo siendo tú; siendo dos al paresçer, no teníamos más de un querer.

¿Qué es esto, mi Piramón? ¿Escrives que estás triste y no escribes por qué estás triste? ¿Quéxaste que estás a la muerte y no dizes quién te quita la vida? Si no me quieres dar parte de tus hados malos por ser mi amigo, hágote saber te lo pediré por derecho. Si no lo sabes, sábelo, que los dioses piadosos han determinado que todos los plazeres y provechos se aparten de mi casa y todos los daños y tristezas se registren en mi persona. Pues soy el príncipe de todo hombre atribulado, aunque quieres, no puedes escapar de mi señorío, porque si tú te quexas ser desdichado en dichas, yo me preçio ser dichoso en desdichas. Pregúntote una cosa: ¿quándo me viste harto, estando tú hambriento? ¿Quándo yo dormía, estando tú velando? ¿Quándo tú trabajavas, estando yo holgando? Por çierto, aunque las personas y haciendas eran proprias, los trabajos y desdichas siempre fueron communes. Una cosa has de hazer, si en mi amistad has de

perseverar: que mis bienes sean tuyos y tus males sean míos, pues tú nasciste para regalo y yo bivo para trabajo; y esto no lo digo fingido, pues tú lo has en mí experimentado, que quando murió Ianuaria, tu hermana, la qual era no menos virtuosa que hermosa, bien viste quando la enterravan muerta a mí sepultavan bivo, y que al son de mis lágrimas dançavan tus ojos.

Pues tienes tanta seguridad de mi persona, seguramente me puedes descubrir tu pena. Todas las vezes que te lo he preguntado, jamás razones fingidas te han fallado. Mucho te ruego y te torno a rogar, y por los dioses te ruego, y por esos mismos te coniuero, la buxeta de tus angustias deposites en mis entrañas. Por el camino que fueres no saldré ni un passo solo: si caminares, caminaré; si parares, pararé; si trabajares, trabajaré; si descansares, descansaré; y si tú quieres la muerte, bien te es a ti conosciendo que no querré yo la vida. Escoge lo que quisieres, mi Piramón, y reparte como mandares, porque tus males y los míos sólo un corazón atormentan. Pues si quisieres pesar, ageno será de mí todo plazer; si quisieres llorar, dende aquí iuro jamás reír; si quisieres descargar de tu pena, dende aquí la tomo toda por mía; si quisieres andar sólo, yo maldigo la compañía; si quisieres compañía, luego desecho la soledad. ¿Pues qué quieres que yo quiera, que todo lo que quisieres querré? ¿Quéxaste que entre tantos trabajos ni hallas pariente que te remedie ni amigo que te consuele? A ley de bueno te iuro, mi Piramón, que de estas dos cosas ay tanta pobreza en mi casa como tristeza en la tuya. Bien sabes tú que el remedio ha de venir de los ricos y la consolación de los sabios, y como por mis tristes hados pereza me quitó el saber y fortuna no me permite alguna cosa tener, sey çierto que estoy llorando la mucha miseria tuya y el poco remedio mío.

Dizes por tu carta tus vezinos y amigos al prometer te prometieron muchas cosas y al dar no te dan ninguna. De esto yo no me maravillo, porque la mano cuerda no está obligada a hazer todo lo que parla la lengua loca. Por çierto, si nuestros pies dançasen y nuestras manos obrasen al son de la lengua, en pocos días se acabaría la vida y en muchos menos la fama. Officio es ya muy antiguo, y entre los hijos de vanidad muy usado, la lengua hablar apriessa y las manos obrar de espacio. Hablando, pues, más en particular, no te debes congoxar porque halles tú en pocos lo que hallaron muchos en ti solo. Costumbre es resçibir presto y alegres y dar tarde y muy tristes, en lo uno presurosos y en lo otro perezosos.

Los griegos dizen que es buen amigo el que promete, aunque cumpla tarde. Los romanos dezimos que es mejor el que luego niega y al que pide desengaña. En este caso yo digo que el que pudiendo dar y no da es claro enemigo, y el que promete luego y cumple tarde es sospechoso amigo. ¿Qué menester son con nuestros amigos palabras, pues los podemos socorrer con las obras? No es iusto que a quien nos da el corazón, que lo mejor de sus entrañas demos la lengua, que es lo peor de nuestras vidas. Por çierto, ni lo quieren los dioses, ni se suffre en ley de amistades, que quando yo pido a mi amigo un remedio de súbito, él se assiente de espacio a darme un consejo muy largo.

Dezía en sus *Leyes* el divino Platón: «Mandamos que en nuestra poliçía a los prósperos porque no cayan den consejo y a los tristes porque no desesperen den remedio.» Por çierto, debaxo de estas palabras están muchas y muy graves sentençias. Ya sabes tú, mi Piramón, que al corazón tribulado poco consuela la palabra dulce y senzilla si no va embuelta en alguna buena obra. No quiero negar que a los que dimos nuestras voluntades en el tiempo nuestro próspero no estén obligados a darnos sus haciendas y favores en el adverso; pero pregunto una cosa: ¿por qué

tienes tú presumptuosa liçençia en el pedir y reprehendes en otros la libertad en el negar? Por çierto, assí como el vergonçoso en pedir pone obligaçión a ninguna cosa le negar, por semejante el descomedido e importuno de toda merçed es indigno. Sabe, si no lo sabes, mi Piramón, que alcançar todo lo que se pide es sólo de los dioses, dar todo lo que se pide es señal de siervos, negar algo de lo que se pide es de libres, llorar por lo que se niega es de tirannos, desagradesçer lo que se da es de bárbaros, tener ánimo por lo que se niega es de romanos.

Una de las cosas en que Cayo César mostró ser de muy alto coraçón fue que entonçes tenía mas alegría quando en el Senado alguna cosa le era negada. Muchas vezes dezía él: «No ay cosa en que Roma me dé mayor gloria y a mi persona fama, que quando yo me mostrare más presuroso en el pedir, ellos se oppongan más rezios en el negar, porque después conozcan quánta fue mi potençia en alcançarlo y quán poca su fuerça para resistirlo.» Parésçeme, si te paresçiese, sería mejor sobrar a los dioses dioses con virtudes que indignarlos más con querellas. Para dar contentamiento a tu reposada voluntad, quando te vieres atribulado, y de lo que pides a los dioses y a los hombres despedido, debes medir con derecha vara y pesar con iusta balança lo mucho que te han dado y lo poco que no te han conçedido. ¡O!, quán ingratos somos a los dioses y desconocidos a los hombres, que el reçibo desminuimos con olvido y lo que se niega engrandesçemos con quexas.

Si no me engaño, mi Piramón, tú has çinqüenta años, en los quales nunca has hecho sino resçebir dones, y por todos no te he visto hazer un día de serviçios. No cabe, por çierto, en razón te quexas tú de ocho días malos de fortuna siendo tú çinqüenta años ingrato a ella.

Dízeme por tu carta tienes mucha pena porque conosçes en tus vezinos tenerte todos embidia. Por çierto de tu pena tengo yo mucha pena y de tu maravillarte estoy maravillado, mas porque toda admiraçión no proçede sino de sobrar la ignorançia o faltar la experiençia. Está ya tan bivo el juizio de los hombres, y es tan regalada la vida de los mortales, que no sueña venir el trabajo, quando tienen a mano luego el remedio. Si han hambre, comen; si frío, escaliéntanse; si sueño, duermen; si cansançio, assiéntanse; si enferman, cúranse; si están tristes, regálanse; de manera que toda la triste vida se nos passa a unos en hazer garrochas y a otros armar talanqueras; a éstos inventar ingenios y aquéllos reparar baluartes. Quiero dezir que el mundo y la carne no se ocupan sino en combatir, y nosotros todo el tiempo avemos menester para dellos nos defender.

Todos estos remedios se entienden contra los trabajos de la carne, pero ¿qué haremos, que aquí no se entiende entre éstos la maldita de la embidia? ¡O, malaventurada hazienda, de la qual todos tienen embidia! Por çierto, contra la embidia ninguno tiene fortaleza donde se defienda, cueva donde se asconda, cumbre donde se encumbre, montaña donde se acoga, bosque donde se embosque, navío con que se escape, cavallo con que se acoga, dinero que le rescate. La embidia es una serpiente tan enconada, que jamás hubo ni avrá mortal entre los mortales que de sus dientes no fuese mordido, de sus uñas arañado, de sus pies acoçeado y de su ponçoña entoxicado. Yo te iuro, mi Piramón, por los dioses immortales, que aquellos que la fortuna sublimó con mayores riquezas, como cruel les dio ella mayores dentelladas. Tórnote a iurar otra vez, y no te descuides, que la malvada embidia para los que están reposando en muchos regalos tiene ella guardados unos secretos colmillos. Tórnote y tórnote avisar otra vez que es la embidia tan embidiosa, que a los que della están más descuidados, a ésos da ella más crudas coçes. Yo he leído muchos libros hebreos, griegos, latinos y caldeos, y aun he hablado con hombres muy

sabios por ver si hallara algún remedio contra el hombre embidioso. Confiéssote una verdad: que todo leído lo que se avía de leer, y mirando lo que se avía de mirar, y preguntando lo que se avía de preguntar, no hallo otra cura para el mal de la embidia sino despedirnos de la próspera y assentarnos con la adversa fortuna.

¡O, malaventurados los prósperos, y tristes los de altos estados, que no pueden huir de Scylla sin caer en Caribdim, no pueden escapar el peligro sin que hechen en la mar su thesoro! Quiero dezir que la enfermedad de embidia no les escapará de la muerte, y la mediçina que le applicamos no le assegurará la vida. No sabría determinarme cuál es mejor o, por mejor dezir, es menos peor: estremada miseria sin baibenes de fortuna o mediana prosperidad que amenaza siempre caída. En este caso por ser tan estremado por agora no me determino, pues en lo uno peligra la vida y en lo otro no está segura la fama. Diréte, mi Piramón, lo que dezía el muy sabio Çiçerón quando veía que de muchos era perseguido en Roma. Dezía, pues, él: «Mirad, romanos, no hos tengo a vosotros por tan buenos, ni a mí por tan malo, que en todo digáis verdad, y yo en todo tracte mentira. Yo soy çierto que no tenéis embidia porque yo no soy vosotros; sino porque vosotros no podéis ser yo. Y en tal caso más quiero que mis enemigos me tengan embidia que no mis amigos manzilla.»

Por çierto este orador habló al appetito de los prósperos, dexando de dar remedio a los tristes. Pues yo te iuro, mi Piramón, que después que vio Çiçerón los campos de Pharsalia, él tomara qualquier consejo y remedio en Roma, porque si César le otorgó la hazienda y la vida, no le tornó su crédito y fama. No sé, por çierto, mi Piramón, qué remedio te dé contra la embidia, pues vees que está todo el mundo lleno de embidia. Veo que somos hijos de embidia, nascemos con embidia, bivimos con embidia y morimos con embidia, y quien dexa mayor hazienda dexa mayor embidia. Los antiguos sabios aconsejavan a los ricos que no tuviesen cabe sí pobres, y amonestavan a los pobres que no morasen iuncto a los ricos; y por çierto tenían razón, porque en la riqueza del rico haze su sementera la embidia del pobre, y de lo que falta al pobre y de lo que sobra al rico se cría el escándalo en el pueblo. Por los dioses immortales, mi Piramón, te iuro (aunque los malos querrían iurase falso) que quantos ricos y regalados crían la cobdiçia tantos embidiosos y verdugos della ha de criar la embidia.

Conséjote una cosa, y es que no es buen consejo para huir la embidia te apartes de la verdad, que es contraria a ella. Dize Homero que en su tiempo fueron dos griegos en todo extremo estremados: el uno muy estremado en hazañas, pero muy perseguido de embidia, y fue Achilles; el otro notado en maldades, y jamás hombre le tuvo embidia, y fue Thesites. Por çierto, yo más querría ser Achilles con embidia que no Thesites sin ella. Bien sabes tú, Piramón, que los romanos no buscamos sino descanso para la vida y honra para después de la muerte. Y pues que assí es, no es possible sino que hombre de quien todos tienen embidia deve tener encumbrada su fama, y en reposo su vida; y si estas dos cosas vemos en ti tus amigos, poco se nos da murmuren de ti tus enemigos.

Escrívesme que allá en Lugduno todos estaban buenos y alegres, sino tú, que estás malo y triste. Pues ellos no me muestran plazer de tu pesar, no me muestres tú pesar de su plazer, porque podrá ser que algún día ellos estén tristes como tú estás agora alegre, y así ternéis igual la sangre. En un malo no puede aver mayor maldad, y en bueno mayor falta, que es pesarle del bien estraño y plazerle del mal ageno. Y caso que todos nos hagan daño con la embidia, pero mucho más el

amigo que no el enemigo; porque del enemigo guárdome y con el temor apártase, mas el amigo con el amistad engáñame y yo por la fidelidad descuídome. Entre todos los mortales enemigos no ay peor enemigo que es el amigo que de mi felicidad es embidioso. Concluyo, mi Piramón, que si te velas de los enemigos estraños te desveles entre los tuyos domésticos.

No sé qué más te escriba, sino que de todo corazón de tu mal me pesa. Ya sabrás cómo tu sobrina Brixa la mató su marido de una puñalada: yo tengo compassión a la vida que perdió y a la fama que dexó. A Flavio Prisco, tu tío, le han criado agora çensor de nuevo. El pleyto de tu hermano Fornión con Butrio ya se determinó por el Senado. Plázeme que son amigos, y cada uno dellos me dixo que yva contento. El libro intitulado *Consolación de tristes* ya le tengo acabado y en el Capitolio puesto. Escrivíle en griego; por eso no te le embío. Una espada muy rica y una çinta muy hermosa te embío. Mi Faustina te saluda, y ay te embía para tu muger dos esclavas. Los dioses sean en mi guarda, y a ti consuelen en la presente angustia. Marco, el no bien fortunado, a ti, Piramón, el muy desconsolado.

Aquí acaba el segundo libro llamado Áureo, el qual es epistolario de Marco Aurelio, XVII Emperador de Roma. Fue traduzido por el Reverendo Padre fray Antonio de Guevara, Predicador en la Capilla de la Sacra, Cessárea, Cathólica Magestad.